



Beati Misericordes

Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXVIII

Noviembre 2005

n.º 11

SUMARIO

La Voz del Prelado

Actividades del Sr. Obispo 924

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General. Nombramientos 926

Vicaría de Pastoral. Presentación del documento «Pastores dabo vobis». Ponencias 929

Delegación Diocesana de Misiones. Actividades 965

IGLESIA EN ESPAÑA

LXXXV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española 967

Declaración de la Conferencia Episcopal Española en apoyo a la campaña sobre la deuda externa promovida por las organizaciones eclesiales Manos Unidas, Cáritas, Confer, Justicia y Paz y Redes 977

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE

Ángelus 980

Audiencias generales 985

Carta de Su Santidad Benedicto XVI al presidente de la Comisión para las Relaciones

Religiosas con el Judaísmo con ocasión del XL Aniversario de la «Nostra Aetate» 991

Discurso del Papa Benedicto XVI a una delegación de la Federación Luterana Mundial 993

Discurso del Papa al final de la ceremonia de beatificación de tres siervos de Dios 995

Discurso del Santo Padre a los participantes en la Conferencia sobre el Genoma Humano celebrada en el Vaticano 997

Discurso a representantes de la O.N.U. para la Alimentación y la Agricultura (FAO) 1000

Homilía de Su Santidad Benedicto XVI 1002

Mensaje del Papa Benedicto XVI a un congreso internacional sobre el teólogo

Hans Urs von Balthasar 1005

CRÓNICA DIOCESANA

Noviembre 1007

LA VOZ DEL PRELADO

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

NOVIEMBRE

- Día 1:** Preside la Misa Pontifical en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours en la Solemnidad de Todos los Santos.
Visita los cementerios de la ciudad: As Caldas, Santa Mariña y San Francisco.
- Día 3:** Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 4:** Santa Visita Pastoral a la Parroquia de San Juan de Chás, en el Arciprestazgo de Caldelas.
Inaugura el Ciclo de Conferencias de Liturgia que tienen lugar en el Liceo de Ourense con la primera de ellas titulada «Vivencia y Espiritualidad de la Eucaristía», pronunciada por la Hna. Lic. Dña. Concepción González.
- Día 5:** Santa Visita Pastoral a las Parroquias de San Mamede de Forcas, Santa María Magdalena de Paradellas y Santiago de Edrada, en el Arciprestazgo de Caldelas.
- Día 6:** Santa Visita Pastoral a las Parroquias de Santa María de Chandrexa, San Martín de Sacardebois y San Lorenzo de Barxacova, en el Arciprestazgo de Caldelas.
- Día 7:** Asiste al Ciclo de Conferencias de Liturgia que tienen lugar en el Liceo de Ourense con la segunda de ellas titulada «El domingo, día del Señor y señor de los días. ¿Cómo vivirlo por parte de los cristianos?», pronunciada por el Dr. D. Aurelio García Macías.
- Día 9:** Asiste a un retiro espiritual extraordinario que tuvo lugar en el Seminario Mayor.
Clausura el Ciclo de Conferencias de Liturgia que tienen lugar en el Liceo de Ourense con la tercera de ellas titulada «La tercera edición del Misal Romano, fuente de la Eucaristía del siglo XXI», pronunciada por el Dr. D. Ramiro González Cougil.

- Día 10:** Preside la Celebración Eucarística de Clausura de los Ejercicios Espirituales a los alumnos del Seminario Menor.
- Día 11:** Solemne Concelebración Eucarística en la S. I. Catedral Basílica en la fiesta de San Martín de Tours, Patrono de la Catedral, de la Ciudad y de la Diócesis de Ourense.
- Día 12:** Preside la Celebración Eucarística a los formadores, profesores y seminaristas del Seminario Mayor en la fiesta del Divino Maestro, Patrono del Instituto Teológico.
- Día 13:** Santa Visita Pastoral a las Parroquias de San Martín de Piedrafita, Santa María de Sistín y Santiago de Medorra en el Arciprestazgo de Caldelas.
- Día 15:** Inaugura las VI Jornadas para Rectores de Santuarios de las Diócesis de Galicia en los Milagros.
Asiste a la inauguración y bendice el nuevo Centro Social de Caixanova.
- Día 17:** Preside la Presentación del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica en el salón de actos del Liceo Recreo de Ourense.
- Día 19:** Santa Visita Pastoral a las Parroquias de San Vicente de Paradela, Santa Tecla de Abeleda, San Vicente de Abeledos y al pueblo de A Teixeira, en el Arciprestazgo de Caldelas.
- Día 20:** Santa Visita Pastoral a las Parroquias de San Salvador de Lumeares y Santa María de Abeleda, en el Arciprestazgo de Caldelas.
- Días 21-25:** Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

NOMBRAMIENTOS.

El Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de la Diócesis ha tenido a bien realizar los siguientes nombramientos

Con fecha uno de octubre de 2005 ha nombrado a los siguientes sacerdotes ARCIPRESTES por cuatro años:

ARCIPRESTAZGO DE:

Allariz	Rvdo. D. José Canal Sánchez
Avión - Leiro	Rvdo. D. Emilio Álvarez Pérez
Bande	Rvdo. D. Álvaro Selas Gómez
Carballiño	Rvdo. D. José Benito Sieiro González
Castrelo de Miño	Rvdo. D. Laureano Conde Santamaría
Cea	Rvdo. D. José Rodríguez Novoa
Celanova	Rvdo. D. Cesáreo Iglesia Grande
Cortegada	Rvdo. D. Benito Fernández Ferreiro
Cualedro	Rvdo. D. Fernando Rodríguez Piñeiro
Chaos de Amoeiro	Rvdo. D. Rafael Nogueiras Gómez
Gudiña -Riós	Rvdo. D. Ángel Manuel Pérez Cobelas
Limia (A)	Rvdo. D. Tomás Delgado Gándara
Maceda	Rvdo. D. Manuel Cid Cid
Maside - Castela	Rvdo. D. Manuel Lorenzo Argibay
Merca (A)	Rvdo. D. José Luis Forneiro Arce
Monterrey	Rvdo. D. José Caseiro Suárez
Ourense - Norte	Rvdo. D. Luis Pérez González
Ourense - Sur	Rvdo. D. Luis Rodríguez Álvarez
Ourense - Este	Rvdo. D. Manuel Domínguez González
Ourense - Oeste	Rvdo. D. Antonio Fernández León
Rabeda	Rvdo. D. Sergio Fidalgo Fernández
Rairiz de Veiga	Rvdo. D. Manuel Fernández Vidal
Ramirás	Rvdo. D. José López Gil
Ribadavia	Rvdo. D. Joaquín Pérez Mostaza
Terra de Aguiar	Rvdo. D. Mateo Miranda López
Toén	Rvdo. D. Manuel Armada Rodríguez
Verín - Laza	Rvdo. D. Manuel Sulleiro Martínez.

Con fecha 15 de Noviembre de 2005:

- Rvdo. D. José Ramón Domínguez Castro
Consiliario de Manos Unidas en Ourense

- D^a María Luisa Rivas Garrido
Presidenta del Movimiento «Vida Ascendente» en Ourense

Con fecha 18 de Noviembre de 2005:

- Rvdo. D. José Manuel Méndez Fernández
Capellán de la Comunidad de Religiosas Misioneras del Divino Maestro; del Colegio «Divino Maestro» del Veintiuno en Ourense.

Vicaría de Pastoral

Reunión del Colegio de Arciprestes.

23/11/2005. Seminario Mayor.

Presentación do documento «Pastores Dabo Vobis»

por D. José Antonio Gil Sousa.

1.- Pastores Dabo Vobis:

INTRODUCCION

CAPÍTULO I: tomado de entre los hombres

La formación sacerdotal ante los desafíos del final del segundo milenio

CAPITULO II: me ha ungido y me ha enviado.

Naturaleza y misión del sacerdocio ministerial

CAPITULO III: el espíritu del señor esta sobre mi.

La vida espiritual del sacerdote

CAPITULO IV: venid y lo veréis.

La vocación sacerdotal en la pastoral de la iglesia

CAPITULO V: instituyo doce para que estuvieran con el.

Formación de los candidatos al sacerdocio

I.- Dimensiones de la formación sacer≤dotal

II.- Ambientes propios de la formación sa≤cerdotal

III.- Protagonistas de la formación sacer≤dotal

CAPITULO VI: te recomiendo que reavives el carisma de dios que esta en ti.

Formación permanente de los sacerdotes

CONCLUSIÓN.

2.- Cuestionario de la Revista Surge trabajado por los Srs. Arciprestes de Ourense:

1.- A los 13 años de «Pastores dabo vobis»; ¿Cuál es tu valoración del Documento? ¿ Qué aspectos consideras hoy más sobresalientes?

- Teóricamente es rico, llano y asequible
- Procurouse coñecer na diocese.
- Foi calando pouco a pouco nos sacerdotes.
- A Caridade Pastoral
- A Formación permanente nas súas catro ramas.
- A Espiritualidade Sacerdotal.

- A comunión como maneira de incorporación a Igrexa.
- A Vocación Sacerdotal no sacerdocio de cada día
- En Galicia a Formación Permanente iniciouse en Ourense.

2.- *¿Existen, a tu juicio, aspectos del Documento que no están encontrando suficiente acogida e integración en los sacerdotes? ¿Cuáles son? ¿Por qué?*

- Dadas as circunstancias nótase que hai un certo desalento e desbordamento.
- Non estamos preparados para os retos do mundo de hoxe.
- A nosa propia identidade sacerdotal parece que se vai diluíndo.
- Hai certa constatación da marxinación do relixioso na nosa xente e nas nosas comunidades(os sacerdotes non sempre rezamos ca nosa xente e non sempre valoramos os rezos da nosa xente).
- A vida espiritual queda moi arrinconada: exercicios, retiros, encontros, liturxia das horas.
- Constátase pouca participación e ilusión nas xorandas de foramiación diocesanas.
- Hai moito pasotismo e bastante apatía.
- Na formación permanente críticase que sexa demasiado teórica, pouco achegada ás zonas, Ten que ser máis participativa por parte de tódolos sacerdotes.
- A F. Permanente debe abarcar máis campos que o meramente intelectual.
- A Plan diocesano nótase unha apatía grande a nivel de participación e de compromiso.

3.- *Una palabra sobre la actualidad de «Pastores dabo vobis»: Según tu experiencia: ¿Qué eco encuentra hoy entre nosotras? ¿Por qué?*

- Désuelle moita importancia, abriu camiños novos, iniciou a F. Permanente.
- Un influxo moi positivo.
- Hoxe xa está moi esquecido: hai que releelo de novo, ou lelo por primeira vez.
- Hai un avance no aspecto pastoral e comunitario, pero últimamente moi ralentizado.
- Motivos: Falta a ilusión, polos anos, pola xuventude. Un documento que só é para ós sacerdotes. Está un pouco esquecido.

CURSILLO SOBRE: «PARROQUIA EVANGELIZADORA»

Seminario Mayor; 19/11/05

A petición de los Srs. Sacerdotes publicamos las ponencias presentadas por D. Fernando Gonzalo-Bilbao Fernández, Vicario General de Vitoria, en el cursillo sobre parroquia evangelizadora que se celebró en el Seminario Mayor.

LA PARROQUIA EVANGELIZADORA

Presentación

1. En estas dos charlas abordamos un tema amplio y complejo. Un Cursillo sobre la Parroquia Evangelizadora, para poder desarrollar todos sus elementos con cierta profundidad, requeriría de un tiempo mucho mayor del que disponemos en esta jornada. Lo que hoy podemos plantear es, tan sólo, una aproximación al tema.

2. Desconozco la realidad parroquial de la Diócesis de Ourense. Esto ha supuesto, por mi parte, una limitación a la hora de seleccionar entre los posibles contenidos del tema aquellos que son especialmente significativos para esta realidad. Pero en todo caso no tengo la intención de ofrecer «recetas» pastorales -que no existen- sino algunas pistas o referencias que puedan ser útiles para la concreción, por vuestra parte, de opciones y compromisos para la renovación evangelizadora de la parroquia.

3. Podréis apreciar, en los guiones de estas charlas y en el desarrollo de las mismas, que planteo un desarrollo del tema «en espiral», como describiendo círculos concéntricos. Por ello algunas cuestiones aparecen en el tema de forma recurrente, aunque contempladas desde distintos aspectos.

4. Los contenidos de estas charlas recogen en buena parte ricas aportaciones y sugerencias de Cartas pastorales conjuntas publicadas, a lo largo de más de veinticinco años, por los Obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria. Diversos fragmentos de algunas de esas cartas (La Iglesia comunidad evangelizadora, de 1983; Evangelizar en tiempos de incredulidad, de 1994; Al servicio de una fe más viva, de 1997; Transmitir hoy la fe, de 2001; Vivir la experiencia, de la fe, de 2003; Renovar nuestras comunidades cristianas, de este mismo año 2005) están integrados como piezas de un mosaico en el conjunto del tema que os presento.

PRIMERA PONENCIA

PARROQUIA EVANGELIZADORA

- Primera aproximación
- Un cambio de «época» en la pastoral
- Elementos de teología pastoral de la parroquia
- Coordinadas para situar la parroquia:
- La Evangelización

- La Iglesia diocesana
- Rasgos fundamentales de la parroquia
- Globalidad de la misión parroquial
- Territorialidad y evangelización
- Maternidad cristiana de la parroquia.
- Claves para la renovación evangelizadora de la parroquia
 - Una pastoral situada: encarnada en la realidad humana del entorno
 - Una pastoral comunitaria: cimentada en la escucha de la Palabra, la celebración compartida de la Eucaristía, la práctica del amor fraterno
 - Una pastoral misionera
 - Una pastoral corresponsable y participativa
 - Una pastoral que personalice la fe y forme cristianos comprometidos
 - Una pastoral de servicio preferencial a los pobres
- Nuevas unidades pastorales para la evangelización

PARROQUIA EVANGELIZADORA

• *Primera aproximación*

Desde la situación concreta en la que nos encontramos cada uno de nosotros podemos percibir algunos datos que invitan a reflexionar sobre la necesaria readaptación de la parroquia a los nuevos contextos social y eclesial de nuestro tiempo con una nueva perspectiva evangelizadora.

Entre esos datos podemos apreciar los siguientes:

- * Factores sociales en evolución:
 - *Cambios importantes en la población*
 - *Concentración de población en núcleos urbanos*
 - *Población decreciente y envejecida en los núcleos rurales*
 - *Modificación de los modos de vivir*
 - *Cambios en la vida familiar*
 - *En el trabajo y la actividad económica*
 - *Mayor movilidad de las personas*
 - *Notable transformación de la cultura y vida social*
 - *Evolución de los centros de interés, valores y costumbres*
 - *Sociedad fuertemente secularizada*
 - *Influjo creciente de los medios de comunicación*
- * Rasgos de la realidad eclesial:
 - *Influjo en la vida eclesial de los cambios sociales*
 - *Persistencia de una demanda religiosa «sociológica»*
 - *Disminución del número de católicos practicantes*
 - *Ausencia de generaciones jóvenes*
 - *Anonimato de los creyentes en la vida pública*
 - *Disminución del número de sacerdotes y religiosos*

- *Profunda renovación de la fe y de la acción cristiana en algunos sectores*
- *Desarrollo de la corresponsabilidad laical.*
- *Necesidad de una pastoral evangelizadora y misionera*
- *Revalorización de la comunidad parroquial y el arciprestazgo*

Cada uno de nosotros podría completar esos datos refiriéndolos a la situación concreta en que se encuentra y procurando descubrir en la realidad social y eclesial tanto su lado positivo como negativo, sus luces y sus sombras.

• ***Un cambio de «época» en la pastoral***¹.

En pocos años ha cambiado profundamente el clima religioso entre nosotros. Muchos viven hoy su vida al margen de Dios y cualquier referencia cristiana. La cultura dominante está impregnada de indiferencia religiosa, modelando así el pensamiento y la forma de vida de muchos hombres y mujeres de todas las edades. Los cambios sociales y culturales producen un debilitamiento de la fe en muchos cristianos.

Estamos asistiendo al nacimiento de una nueva etapa histórica para la Iglesia. Hasta hace poco, hemos vivido en el interior de una cultura nacida o modulada más o menos directamente por la fe cristiana. Pero parece que está concluyendo un ciclo cultural en el que la fe cristiana se vivía, se enseñaba y transmitía de una forma casi espontánea. A nosotros nos toca comenzar una nueva etapa, no se trata sólo de nuevos métodos pastorales, sino de una nueva calidad de Evangelización y una nueva síntesis creadora entre el Evangelio y la vida de hoy.

Hemos de ponernos en condiciones de comunicar el Evangelio de Jesucristo a los hombres y mujeres de hoy, revitalizar nuestra Iglesia para que sea «signo e instrumento» eficaz de evangelización en la sociedad actual. No podemos ceder a la tentación de pensar que el hombre de hoy es incapaz de escuchar la llamada de Dios pues su Espíritu está actuando también en esta cultura antes de que nosotros organicemos nuestra pastoral evangelizadora. No podemos olvidar que la verdadera evangelización es siempre participación en la acción salvadora que el Espíritu de Dios está llevando a cabo en la historia.

Necesitamos recuperar la conciencia misionera y aprender a evangelizar -no sabemos cómo dialogar con los increyentes y cómo anunciar a Jesucristo a los indiferentes- en esta sociedad, un día tradicionalmente cristiana y hoy indiferente en gran medida a Dios. Nos encontramos ante una fase abierta y creativa, llena de retos y posibilidades estimulantes.

La indiferencia religiosa de nuestro tiempo no es, por lo general, fruto de una decisión personal ni conclusión de un razonamiento teórico. Es más bien el resultado práctico de un clima donde lo religioso se ha ido tornando irrelevante al ir perdiendo importancia y prestigio sociales.

La situación espiritual de esta sociedad está impregnada de la cultura posmoderna². Una cultura de la «intrascendencia» que encadena a las personas al aquí y al ahora haciéndoles vivir para lo inmediato, sin necesidad alguna de abrirse a la Trascenden-

cia, haciéndoles vivir en el olvido de las grandes cuestiones que lleva en su corazón el ser humano. Una cultura del «tener» que desarrolla el espíritu de posesión, incapacitando a las personas para todo aquello que no sea el disfrute inmediato. Una cultura que se desliza del pluralismo al relativismo y la indiferencia.

La indiferencia religiosa actual «no procede, en lo fundamental, de la extensión de la mentalidad científico-técnica, ni de la difusión, de las clásicas críticas a la religión, propias de la filosofía moderna, ni del auge del anticlericalismo; *se deriva; más bien, del tipo de vida cotidiana en la que nos movemos y de las experiencias personales que, este tipo, de existencia, hace posibles*. Este género de vida, que dificulta la apertura a la trascendencia, está originado por múltiples factores tecnológicos, económicos, políticos, sociales y culturales, ninguno de los cuales, aisladamente, es determinante para el desarrollo de la sensibilidad religiosa pero que, en conjunto, generan el ambiente espiritual de indiferencia que caracteriza nuestra época³.»

A. ELEMENTOS DE TEOLOGÍA PASTORAL DE LA PARROQUIA

Para impulsar la renovación evangelizadora de nuestras comunidades parroquiales conviene tener presentes las referencias fundamentales que hoy no ofrece la teología pastoral sobre la Parroquia. Considero especialmente significativas las aportaciones de la 2ª ponencia del Congreso sobre Parroquia evangelizadora: «*Parroquia, comunidad y misión*», de ella extracto los siguientes elementos:

1. Coordenadas para situar a la parroquia hoy:

- **La evangelización:** como tarea e identidad de la Iglesia. En el mundo de hoy la función de la parroquia debe contemplarse de un modo nuevo al servicio de la evangelización.
- **La Iglesia diocesana:** de ella reciben las parroquias su eclesialidad y ella es la que encomienda a las parroquias su tarea concreta de evangelizar y edificar la Iglesia⁴.

2. Rasgos fundamentales de la parroquia:

2.1 Globalidad de la misión parroquial:

• La comunidad parroquial se caracteriza por la **globalidad de su misión** y es la **unidad pastoral básica de la Iglesia particular**. Para pertenecer a la parroquia no es necesario pertenecer a otra forma de comunión que no sea la estrictamente **fundada sobre la profesión de fe**. Por eso la parroquia lleva la carga de cristianos cuasi-catecúmenos, de no practicantes y de alejados que, sin embargo no rompen definitivamente su vinculación eclesial.

• La parroquia es el lugar concreto donde se realiza la **pertenencia eclesial**, pertenencia siempre referida la Iglesia particular. Esto no quiere decir que la eclesialidad se realice exclusivamente en la parroquia. La eclesialidad se realiza en la Iglesia particular, y la parroquia ofrece, cercana y concretamente, esta eclesialidad global y necesaria.

- El núcleo esencial de la parroquia no son los grupos selectos de la misma sino **«el común del pueblo cristiano»**. Ellos son, fundamentalmente los que deben ser evangelizados desde lo común y radical cristiano y los que deben evangelizar con su vida pobre y humilde.

- La parroquia tiene un **carácter público**, porque concretiza ese signo e instrumento que es la Iglesia ante los pueblos y desde la globalidad d lo cristiano. Público es opuesto a privado y público es sinónimo de publicado. La parroquia publica y anuncia el mensaje insertando su vivencia en la configuración de la sociedad, penetra en él ámbito histórico concreto y lo remodela dejándose remodelar a su vez: La parroquia se define en su entorno por la **oferta pública y abierta del Evangelio**.

2.2 Territorialidad y evangelización:

- El territorio es un criterio de delimitación muy apto por las características que ha de reunir la comunidad parroquial -su tarea global- pero no es la parroquia; la **parroquia es la comunidad que se convoca y reúne** en él.

- De hecho la territorialidad que conocemos contiene acentos propios del régimen de cristiandad: cuando existía un pueblo cristianizado, la división del territorio era un modo de racionalizar la atención pastoral y de delimitar la responsabilidad del pastor.

- La parroquia remodelada desde la evangelización no puede ser un ámbito jurisdiccional sino el polo de referencia de la misión situada e un territorio. La territorialidad juega como llamada a la salida, como factor de humildad necesario en la evangelización. **El territorio es un memorial de lo que queda por hacer** en cuanto a la evangelización se refiere.

2.3 Maternidad cristiana de la parroquia:

- Todas las fases de la evangelización están presentes en la acción de la parroquia, pero centradas en ese proceso de engendrar nuevos cristianos que es **la iniciación**. La orientación misionera de la misma parroquia y de otras comunidades depende en gran medida de que la iniciación conduzca al catecúmeno al encuentro con Cristo como Enviado a evangelizar, o se quede simplemente, en una preparación a los ritos sacramentales. **De la iniciación surge el cristiano evangelizador** o una caricatura de cristiano que condicionará negativamente la tarea evangelizadora.

- La parroquia **comunión misionera**, promueve, admite e integra comunidades con estilo y calidad propias. La parroquia es el lugar de encuentro de las comunidades evangelizadoras y de sus compromisos que, de esta manera dejan de ser elementos aislados y se convierten en manifestaciones de una vida unitaria y nacida de la comunión, **«comunión de comunidades»**.

- La comunión le comunidades se realiza y significa de modo especial en la **Eucaristía dominical** de la parroquia: un encuentro de comunidades evangelizadoras que reciben, ofrecen, dinamizan, sus acciones vitales en el Espíritu del Resucitado. En la Eucaristía, culminación de la iniciación y permanente profundización de la

misma, la parroquia se va haciendo hogar de un cristiano que vuelca su acción hacia el exterior, pero encuentra permanentemente sus raíces vitales en ella

• La vida parroquial, centrada en la Eucaristía, ofrece un **testimonio de caridad** interna: el milagro de la convivencia de distintas opciones políticas y sociales en la fe común y compartida; ese es el certificado de credibilidad que tiene que presentar ante una sociedad rota y dispersa. Y ese testimonio vivido es la base inicial de su acción transformadora: la parroquia será una **comunidad humanizadora del territorio**.

La segunda evangelización se enfrenta a un problema muy hondo de **discernimiento sobre la celebración evangelizadora de los sacramentos**. La parroquia es una comunidad de discernimiento de los signos de los tiempos, de las necesidades básicas del entorno, de los dones del Espíritu, de la práctica sacramental... El discernimiento es la condición de posibilidad de su «maternidad responsable» (parte de la acogida, no se hace en una decisión aislada sino en un proceso de seguimiento paciente, es acción corresponsable de todos sus...) El discernimiento no puede hacerse en virtud de opciones peculiares de la parroquia, por el contrario tiene que fraguar en una **comunicación con las restantes parroquias, ministerios y comunidades de la Iglesia particular presidida por el Obispo**.

El carácter de matriz cristiana, empujará a la parroquia al cuidado especial y a la responsabilidad, también especial, sobre todas las **vocaciones cristianas** particulares. La pastoral familia... Las vocaciones laicales darán el paso a la militancia... La llamada la vocación religiosa... **La oferta de candidatos al ministerio ordenado es la normal colaboración de la parroquia hacia el presbiterio que la sirve...** En colaboración-activa con la acción misionera, en sentido estricto, de la Iglesia universal...

B. CLAVES PARA LA RENOVACIÓN EVANGELIZADORA DE LA PARROQUIA

Desde la perspectiva de conjunto de la Iglesia diocesana, podemos identificar los rasgos básicos de unas parroquias capaces de ser hoy una mediación eficaz para la evangelización.

La Iglesia diocesana para cumplir eficazmente su misión evangelizadora necesita contar con **parroquias** que sean capaces de impulsar y desarrollar:

- una pastoral encarnada en la realidad humana del entorno
- una pastoral comunitaria
- una pastoral misionera
- una pastoral corresponsable y participativa
- una pastoral que personalice la fe y forme cristianos comprometidos
- una pastoral de servicio preferencial a los pobre

1. Una pastoral situada, encarnada en la realidad humana del entorno

Evangelio y sociedad deben estar en diálogo permanente. Por ello la Iglesia tiene la misión de vivir en continuo intercambio con la sensibilidad de cada época y favorecer el encuentro entre la cultura de cada lugar y el mensaje cristiano.

El interés por la sociedad, por los hombres y mujeres y los diversos grupos que la integran, por sus problemas y su suerte, es propio de la misión de la Iglesia. El compromiso de encarnación en las realidades humanas concreta debe hacer de la misma Iglesia una realidad dinámica cuyas comunidades vivan abiertas al ritmo de los cambios sociales. Con la mirada puesta en su Señor, guiada por su Espíritu y en diálogo y contraste con la sociedad, va buscando continuamente una configuración más adecuada para testificar a Jesús en cada situación histórica y en cada área cultural.

La misma vocación de servicio a la comunidad humana exige de la comunidad cristiana una atención cuidadosa a su propia construcción para garantizar la calidad de su servicio a la sociedad.

Las **parroquias** se han situado en referencia a una realidad humana concreta y localizada. Aun teniendo presentes dos rasgos característicos de la vida social actual, el pluralismo y la movilidad, tiene validez el componente territorial de las **parroquias**. El territorio no debe ser contemplado como una demarcación geográfica sino como el espacio de encuentro y relación que genera un sentido de común pertenencia entre las diferentes realidades humanas que conviven en él.

La localización de la parroquia representa su compromiso eclesial de asumir como propias las alegrías y los sufrimientos, los problemas, las inquietudes y las esperanzas, de los hombres y mujeres de cualquier clase y condición, pero sobre todos de los pobres, cuya vida se desgrana día a día en el espacio concreto de un barrio o un pueblo, un valle o una comarca. *«A través de la parroquia la diócesis expresa su propia dimensión local. La parroquia es la forma histórica privilegiada de localización de la Iglesia particular»⁵.*

La referencia territorial de las **parroquias** sólo puede ser hoy entendida como una llamada a la evangelización de todas las realidades humanas presentes en ese espacio de convivencia social. Por eso lo fundamental de la parroquia no es el territorio sino la comunidad cristiana que toma de él sus peculiares señas de identidad humana, sociales y culturales.

2. Una pastoral comunitaria⁶: cimentada en la escucha de la Palabra, la celebración compartida de la Eucaristía, la práctica del amor fraterno

La comunión en la Iglesia consiste fundamentalmente en que todos sus miembros compartimos el mismo y único Espíritu, el mismo que el Señor resucitado. Esa comunión se expresa y alimenta en la confesión de la misma fe, en un compromiso común de vida cristiana y en el compartir una misma celebración. Se manifiesta especialmente en una vida comunitaria animada por el amor y la corresponsabilidad.

Las comunidades eclesiales están llamadas a ser un espacio de encuentro fraterno y gratuito en el que los creyentes tienen ocasión de un mayor conocimiento mutuo; un ámbito propicio para su maduración cristiana; un cauce de corresponsabilidad y de creatividad. En ellas nos reunimos para escuchar la palabra, analizar los aconte-

cimientos a la luz de la fe, asumir y revisar en común nuestros compromisos de vida, compartir en caridad nuestros bienes y celebrar juntos la Eucaristía.

Sólo unas comunidades fuertes, de vida intensa e incluso exigente, podrán ser para la gran mayoría de creyentes, hogar que los alimente para la tarea del vivir cotidiano en condiciones difíciles para la fe. Sólo una participación activa en estas comunidades podrá sostener y fortalecer la adhesión y el sentido de pertenencia eclesial. Sólo una experiencia de fe compartida en comunidad mantendrá en los creyentes la viva conciencia de haber recibido una «buena noticia» y la ilusión por testificarla en sus ambientes sin orgullo y sin complejos.

La vida litúrgica de una comunidad es probablemente su signo más visible, ya que está al alcance de muchas personas, de un número sensiblemente más amplio que el de los que participan habitualmente en ella. La vitalidad de las celebraciones es un buen indicador del vigor cristiano de la comunidad. Una celebración orante, participativa, cuidada, animada por el canto, enriquecida con la palabra precisa que ilumina la vida, cuajada en gestos de sintonía con los problemas humanos, es una verdadera experiencia de Iglesia que robustece la adhesión y cohesión de los creyentes y puede suscitar en los demás inquietudes o interrogantes. Por el contrario; una celebración desgana, rutinaria, carente de ritmo y de tensión oracional, extraña a las inquietudes del entorno, favorece la desconexión de los participantes o la piedad individualista e induce en los demás una imagen fosilizada, extraña y residual de la comunidad eclesial.

Las **parroquias**, constituidas como comunión de comunidades, hacen posible la existencia de grupos comunitarios de talla humana que, puedan ser referencia concreta de lo que significa hoy y aquí vivir evangélicamente. Desde esa referencia harán posible una nueva forma de iniciación cristiana y de acompañamiento espiritual de los creyentes.

Las **parroquias** ofrecen al conjunto de los grupos comunitarios el espacio necesario para el desarrollo de las tres modalidades fundamentales de la misión eclesial: anuncio, celebración, servicio.

3. Una pastoral misionera.

Entre nosotros constatamos como una realidad confirmada la afirmación del Concilio Vaticano II: *«Con frecuencia y por diversas causas, los grupos en que vive la Iglesia se transforman totalmente de suerte que pueden crearse situaciones enteramente nuevas. Entonces la Iglesia tiene que pensar detenidamente si dichas situaciones no exigen de nuevo una acción misionera»* (A.G. 6)

No podemos resignarnos a una privatización total de nuestra fe, como si la experiencia cristiana debiera permanecer secretamente enterrada en la intimidad personal, sin influencia sobre la realidad del mundo y de la sociedad. La comunidad cristiana no tiene como finalidad el conservarse a sí misma, sino el servicio a la sociedad, introduciendo en ella los valores del Reino de Dios. Este servicio se desarrolla en el anuncio explícito del Señor, en un testimonio coherente con ese anuncio, en el compromiso transformador y en la denuncia profética.

Conscientes de que hoy existen condiciones objetivas, sociales y culturales, que hacen especialmente laboriosa la evangelización, es preciso abordar con creatividad y coraje iniciativas de acercamiento, escucha, testimonio y anuncio del Evangelio en amplios sectores de nuestra sociedad. Estamos llamados a proponer el Evangelio no como un contraproyecto político o social, sino como una contribución a la voluntad de vivir de nuestra sociedad. Queremos aportar la fuerza de renovación del Evangelio que invita a todos los hombres y mujeres a vivir desde la libertad de los hijos de Dios.

Debemos superar la tentación eclesiocéntrica en nuestros programas y acciones pastorales. La tarea de autoconstrucción de la Iglesia tiene, en todo caso, como objetivo ofrecer mejor al mundo nuestro servicio evangelizador⁷.

Las **parroquias** procuran poner a las comunidades cristianas y a cada uno de sus miembros en estado de misión, impulsando y ayudando a todos a dar testimonio en los ambientes de su propia esperanza. Cuidan el apoyo y acompañamiento del compromiso transformador de los cristianos en la sociedad. Poniéndose al nivel de la gente sencilla, buscan la forma de anunciar, con hechos y palabras, el mensaje evangélico en un lenguaje comprensible para la sensibilidad de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Las **parroquias** promueven proyectos y compromisos de evangelización misionera integrando la acción de grupos comunitarios, asociaciones o movimientos laicales y comunidades religiosas con la mayor participación posible de todos ellos en la preparación y desarrollo de los mismos.

4. Una pastoral corresponsable y participativa

La vida y la misión de la comunidad requieren establecer, en todos y entre todos los grupos eclesiales, una corriente creciente de participación corresponsable. En medio de una cultura vigorosamente democrática como la nuestra se nos pide abrir con amplitud los cauces de participación de todos en la vida y misión de la Iglesia.

La verdadera corresponsabilidad se distingue de la simple colaboración por dos rasgos fundamentales: porque asocia a los participantes en el proceso de gestación de las iniciativas y acciones eclesiales, y no sólo en el momento de su ejecución; y además, porque induce en cada uno de los que participan una preocupación por la totalidad de las acciones eclesiales, no sólo por la parcela de acción que cada uno realiza.

La corresponsabilidad es una praxis de comunión y de misión compartida. Supone releer juntos el Evangelio -en nuestras circunstancias concretas y actuales- aplicándolo a nuestras vidas con coherencia y ponernos juntos al servicio del mundo para evangelizarlo.

La corresponsabilidad no significa transferencia de responsabilidades, sino distribución de las mismas dentro de la tarea común. Requiere un clima de unidad; implica asumir y coordinar eficazmente la propia responsabilidad con la de los demás. Exige: saber escuchar y dialogar, reconocer la responsabilidad de los demás,

colaborar y trabajar en equipo. Todo ello supone sentido de verdadera fraternidad, apertura y acogida de los otros; capacidad de asumir y mantener los propios compromisos con gratuidad en el servicio; confianza en los demás y especialmente confianza en el Espíritu.

Las **parroquias** promueven la participación de todos en diferentes compromisos y actividades; impulsan el desarrollo ministerial de las comunidades, desde el reconocimiento efectivo de los diversos carismas; favorecen una comunicación fluida entre grupos y comunidades; enriquecen la vida de los Consejos pastorales; fomentan el trabajo en equipo entre presbíteros, diáconos, religiosos y laicado de este modo hacen realidad en nuestra Iglesia el ejercicio de la corresponsabilidad.

5. Una pastoral que personalice la fe y forme cristianos comprometidos

La comunicación de la fe resulta hoy en día difícil en amplios sectores de nuestra sociedad. Ello nos invita a valorar especialmente la experiencia personal de la fe, sin contentarnos con lo que hemos recibido por herencia por muy rico que sea.

Muchos miembros de la Iglesia se han encontrado en la vida siendo «cristianos» sin que se hayan planteado nunca por qué creen y sin que la fe les haya llevado a experimentar nada especialmente gozoso y salvador en su existencia. Su fe no ha sido fruto de una decisión personal, respuesta agradecida al don de Dios. Bastantes se han ido deslizando, poco a poco, de una «religión sociológica» hacia una «increencia sociológica». Se han ido desprendiendo de la religión más por mimetismo que por razones personales convincentes⁸.

Vivir la experiencia personal de la fe implica hoy para muchos cristianos, incluso para bastantes practicantes, un cambio profundo en su forma de comprenderla y asumirla. La fe no puede reducirse a una tradición religiosa susceptible de ser utilizada para fines o intereses personales, culturales, sociales o políticos. Necesitamos saber acoger el don de Dios en condiciones nuevas y encontrar el camino para impulsar la evangelización en nuestro tiempo: la propuesta sencilla y decidida del Evangelio de Jesucristo.

Toda nuestra Iglesia debe ponerse en estado de iniciación, percibiendo y acogiendo con mayor determinación la novedad del Evangelio para poder ella misma anunciarlo. Se trata de una labor permanente de formación y reapropiación de nuestra fe de la que no podemos dispensarnos.

Las **parroquias** afrontan especialmente el gran reto de la iniciación cristiana hoy. Además buscan nuevos cauces para proseguir la formación de los creyentes hasta su madurez. Procuran, en colaboración con otras instancias de la Iglesia diocesana, los medios y apoyos necesarios para una formación que capacite para el ejercicio de los servicios y ministerios en la comunidad y de los compromisos cristianos en la vida social y pública. Las parroquias aportan al proceso de formación permanente de los creyentes la metodología propia de la acción y la experiencia cristiana compartida en sus grupos comunitarios.

6. Una pastoral de servicio preferencial a los pobres

Desde los pobres, Jesús sigue interpelando hoy a la comunidad cristiana. Estos hombres y mujeres nos confrontan al realismo evangélico para preguntarnos si nuestro seguimiento a Jesús no es excesivamente conformista. ¿Qué evangelio se escucha en nuestras Iglesias si los primeros beneficiarios no son los más pobres y olvidados de nuestra sociedad? ¿Cómo puede ser creíble el mensaje de fraternidad de Jesús que anunciamos, si no estamos al lado de los pobres, compartiendo sus problemas y angustias, defendiendo sus derechos, y comprometidos en sus aspiraciones por una vida más humana y liberada?

La preferencia evangélica por los pobres sólo se cumple verdaderamente cuando estos dejan de ser contemplados únicamente como potenciales beneficiarios de las «obras benéfico-sociales», y son considerados como auténticos iguales, verdaderos hermanos nuestros. La Iglesia debe aprender a transformarse cada vez más en esa comunidad evangélica en la que marginados y olvidados de la sociedad ven reconocida su dignidad de miembros activos del cuerpo de Cristo.

El acercamiento real a los pobres nos puede ayudar a descubrir que la eficacia evangélica no coincide con cualquier tipo de eficacia. Nuestra acción pastoral y evangelizadora no está llamada a competir por el éxito social, sino a contribuir al crecimiento lento pero esperanzado de una sociedad más fraterna. Hemos de concretar los pasos a dar hoy en nuestras comunidades para no caer en la dinámica propia de los poderosos de esta sociedad, que nos distancia del mundo real de los pobres.

La opción por los pobres nos ayuda a distanciarnos cada vez más de compromisos ambiguos, oportunismos o privilegios sociales en los que perdemos libertad evangélica. La preocupación y el acercamiento a los pobres nos hacen comprender que las diversas formas de poder que se pueden dar en la Iglesia y los bienes que la Iglesia puede tener, sólo se justifican si están al servicio del Evangelio y, por tanto, al servicio de los más necesitados.

Las **parroquias** han de ayudarnos a poner efectivamente a los últimos de la sociedad entre los primeros que son objeto de nuestra atención y servicio. Hemos de ofrecerles una acogida evangélica desde la gratuidad, en actitud cercana, aceptación incondicional, escucha sosegada y ofrenda generosa de nuestro tiempo y nuestros bienes. Todos nuestros servicios deben llevar la «marca de origen» de la auténtica comunidad cristiana: la motivación evangélica, la apertura a los más desheredados y la sencillez. Será difícil encontrar un signo eclesial más auténtico y más regenerador de la imagen social de la Iglesia.

C. NUEVAS UNIDADES PASTORALES PARA LA EVANGELIZACIÓN⁹

Si toda realidad eclesial se justifica desde la evangelización, hay que ver cuáles son hoy las plataformas o instancias evangelizadoras de la Iglesia en cada lugar. En algunas zonas son las parroquias la única presencia eclesial, pero en muchas otras la Iglesia se hace presente además a través de una comunidad religiosa comprometida en ámbitos de exclusión social, de un movimiento, asociación o grupo cristiano que

vive en medio de la secularidad, de un centro de enseñanza, de una residencia de mayores, de una comunidad de vida contemplativa o de otras múltiples formas...

La parroquia como célula de la diócesis, destinada a convocar y congregarse a todos los bautizados de su demarcación y enviada por la Iglesia a todos los ciudadanos que viven en ella, es aún hoy una estructura pastoral sumamente apta y relevante para la evangelización.

Es figura privilegiada de la cercanía de la Diócesis y de la Iglesia a los creyentes e increyentes de una porción de la sociedad. Es «*la Iglesia misma que vive en medio de las casas de sus hijos e hijas*»¹⁰. Esta cercanía la hace muy apta para acoger cordialmente y favorecer, sin excluir a nadie, relaciones de familiaridad y proximidad entre sus miembros. Tiene las antenas, levantadas para registrar lo que sucede en su entorno, para detectar las necesidades y sufrimientos de la gente y para establecer diálogo y colaboración con grupos e iniciativas cívicas próximas a ella. Si antes el territorio vivía a la sombra del campanario, hoy la parroquia se siente urgida a situarse en los diversos «territorios» de la vida de las personas. Si no existieran las parroquias, la Diócesis, su vida religiosa, sería inmensamente más pobre.

Pero la **parroquia es hoy tan necesaria como insuficiente**. Se ha acabado el tiempo de la parroquia auto-suficiente. Las parroquias, incluso las más vivas, no son hoy capaces de ofrecer por sí solas toda la variedad de servicios y estímulos para nutrir la fe y la eclesialidad de los practicantes, alimentar su compromiso cívico y alumbrar iniciativas misioneras. Por la movilidad característica del actual modo de vivir, los límites parroquiales se desdibujan. Este fenómeno hace más necesaria la acción concertada de las parroquias. La autarquía parroquial es no sólo un fenómeno que contradice a la comunión corresponsable de las parroquias entre sí, sino que compromete su eficacia pastoral.

La evangelización requiere una auténtica articulación de parroquias y centros análogos que vaya más allá de una buena vecindad y de puntuales ayudas mutuas. Tal articulación no pretende laminar las parroquias ni los centros no parroquiales, sino potenciarles al hacerlos converger. Complementándose mutuamente responden a su naturaleza y a su misión mucho mejor que pretendiendo ser autosuficientes.

Para responder a estas insuficiencias de la parroquia, mejorar la calidad evangelizadora y aprovechar al máximo los mermados recursos pastorales, muchas diócesis se han planteado la creación de Unidades Pastorales supra-parroquiales que articulen entre sí en una unidad mayor varias parroquias, y también -en algunos casos- centros eclesiales de pastoral, colegios, obras de religiosos y asociaciones apostólicas.

Una **Unidad Pastoral** no es un simple conglomerado de parroquias yuxtapuestas a las que hoy atienden pastoralmente uno o dos presbíteros porque la penuria de los sacerdotes así lo requiere. Es un **conjunto articulado de parroquias y otros centros eclesiales** que se integran entre sí para **complementarse y realizar unidas** lo que no pueden realizar por separado. Y para hacerlo con **un estilo nuevo**: espiritual,

comunitario, evangelizador, corresponsable, personalizado, preocupado de la preparación de los evangelizadores. Tiene un territorio definido, un presbítero coordinador, un equipo pastoral, un proyecto.

Las Unidades Pastorales no suplantán a los Arciprestazgos, que siguen cumpliendo las funciones que les asigna la legislación de la Iglesia (cfr. can. 533 ss.). Tales funciones no llegan hoy a cubrir las insuficiencias de las parroquias ni a optimizar la eficacia pastoral que pueda extraer de ellas un organización menos extensa y más cercana, como la Unidad Pastoral.

Las Unidades Pastorales reclaman una adaptación flexible tanto a los responsables pastorales de las parroquias y de otros centros como a los feligreses. A estos les resulta laborioso apearse de su fuerte sentimiento de pertenencia exclusiva a «su parroquia», asumir también la movilidad a la que les obligan en ocasiones los cambios introducidos y pasar de su condición de simples destinatarios de los ministerios pastorales a activos colaboradores. Algunos presbíteros desconfían de la suerte futura de estas nuevas estructuras. A algunos otros les cuesta compartir con otros la responsabilidad de «su» parroquia, entrar en la disciplina de un equipo. Son resistencias comprensibles y superables.

El **equipo pastoral o ministerial** es pieza clave en la estructura y el funcionamiento de la Unidad Pastoral. El obispo transmite a un grupo de creyentes presididos por un presbítero el encargo de ofrecer a toda la Unidad Pastoral los servicios necesarios para su vida y misión. El equipo se compone de presbíteros, laicos y religiosos que asumen, según su condición y sus carismas, diversos ministerios para construir la comunidad e impulsar la misión. Está presidido por un presbítero, habilitado por el sacramento del Orden para representar a Cristo Pastor y, por tanto, para ser coordinador de los servicios de la Palabra, el Culto y la Caridad.

La **misión del presbítero coordinador** es capital. A él corresponde especialmente ser el eje de la comunión y procurar que todos sean reconocidos y se sientan miembros apreciados y valorados en el equipo. Lejos de realizar un seguimiento minucioso de las tareas encomendadas a cada uno de los componentes del equipo, ha de saber confiar en ellos, sin dejarse llevar por un movimiento espontáneo de responsabilidad desmedida que pretende tenerlo «todo bajo, control». Las funciones asumidas por los miembros del equipo no deben tampoco confinarle en los trabajos de coordinación ni separarlo del trato directo con los feligreses y sus problemas. El consejo personal y el cultivo de nuevas vocaciones para diversos ministerios (sin olvidar las vocaciones al presbiterado y a la vida consagrada) han de ocupar una parte notable de su tiempo y de su corazón de pastor.

D. CONCLUSIÓN

Como Iglesia evangelizadora somos herederos de una tradición multiseccular y colaboradores del Espíritu en esta nueva etapa de la Historia de Salvación. Nos disponemos a atender la llamada del Espíritu que nos habla en los signos de los tiempos y desde la experiencia de la Iglesia; queremos responder con fidelidad,

generosidad y prontitud. Necesitamos renovar las estructuras y reorganizar los recursos -eficaces en otros tiempos y circunstancias- para dar una respuesta pastoral adecuada a la nueva situación que vivimos. Necesitamos plantear esta renovación, que afecta a la vida y misión de nuestra Iglesia, mediante el discernimiento en las comunidades y en clima de oración; anticipándonos a las necesidades previsibles, con realismo, de forma racional y participativa; siendo conscientes de nuestras posibilidades y limitaciones.

NOTAS

1. Cfr. Evangelizar en tiempos de increencia nn 7-8
2. Cfr. J. Martín Velasco, *Ser cristiano en una cultura posmoderna*, PPC, Madrid 997.
3. Pedro José Gómez Serrano, *Jóvenes sin preguntas religiosas: una cuestión de «teocomunicaciones»*.
4. «La parroquia es una determinada comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular, cuya cura pastoral, bajo la autoridad del Obispo diocesano, se encomienda a un párroco, como su pastor propio» (c. 515 & 1)
5. Conferencia Episcopal Italiana. *Il volto missionario delle parrocchie in un mondo che cambia 2004*
6. «La parroquia ofrece un modelo clarísimo de apostolado comunitario, porque reduce a unidad todas las diversidades humanas que en ella se encuentran y las inserta en la universalidad de la Iglesia» (AA 10b)
7. «Como el pueblo de Dios vive en comunidades, sobre todo diocesanas y parroquiales, en las que de cierto modo se hace visible, a ellas corresponde también dar testimonio de Cristo delante de las gentes» (AG 37)
8. Cfr Carta pastoral Cuaresma-Pascua 2002. «Vivirla experiencia de la fe»
9. Cfr *Renovar nuestras comunidades cristianas* nn. 78-80
10. JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, n. 26

2ª PONENCIA.

PISTAS PARA UNA COMUNIDAD PARROQUIAL QUE BUSCA EN LA EVANGELIZACIÓN SU «IDENTIDAD MÁS PROFUNDA»

- Al servicio de una fe más viva
 - Renovar la Iniciación cristiana
 - Impulsar procesos catequéticos
 - Enseñar a orar
 - Promover la lectura de la Palabra de Dios
 - Atención pastoral a la familia
- Construir la parroquia como «casa y escuela de comunión»
 - Cultivar la espiritualidad de comunión
 - Crear espacios de relación comunitaria
 - Cuidar la acogida pastoral
 - Avivar la celebración de la comunidad
 - Cercanos y solidarios con los pobres
 - Desarrollar la «ministerialidad»
 - * *Resituar al ministerio pastoral de los presbíteros*
 - * *Impulsar el ministerio de los diáconos*
 - * *Reconocer y promover los ministerios laicales*
- Un nuevo impulso misionero
 - La acción de toda la comunidad
 - * *Testimonio vivido*
 - * *Compromiso transformador*
 - * *Anuncio explícito: centrado en lo fundamental*
 - Evangelizar lo cotidiano
 - El anuncio a los alejados
 - Acompañar la presencia y compromiso laical en los ambientes
 - Hacia un proyecto misionero en la parroquia

PISTAS PARA UNA COMUNIDAD PARROQUIAL QUE BUSCA EN LA EVANGELIZACIÓN «SU IDENTIDAD MÁS QUE BUSCA PROFUNDA»

En la renovación evangelizadora de la comunidad parroquial está en juego el ser verdadera Iglesia de Cristo: «ella existe para evangelizar». La evangelización constituye la «identidad más profunda» de la Iglesia como continuadora de la misión de Jesús.

Hoy, en una situación de profundos cambios sociales y culturales, hemos de asumir en nuestras parroquias el reto de perfilar una nueva forma de vivir la fe compartida en comunidades evangelizadoras de una Iglesia al servicio del mundo.

Luis González-Carvajal se refiere a esta situación como «El reto de la diáspora» y afirma que: «somos 'los últimos testigos de una cierta manera de ser cristiano'. Se

ha terminado el cristianismo convencional nunca han faltado en la Iglesia creyentes auténticamente convencidos; pero seguramente no exagero si digo que para la mayor parte de los bautizados el cristianismo se convirtió, en un convencionalismo que daba a toda su existencia una sensación de seguridad y resguardo Pues bien eso es lo que ha terminada en occidente quizá para siempre»¹.

Este mismo autor apunta como rasgos del cristianismo futuro los siguientes:

- *Personas con experiencia de Dios*, capaces de interpretar religiosamente lo que están viviendo.
- *Radicalidad evangélica*. Todos los seguidores de Jesús estamos llamados a alcanzar la plenitud de la vida cristiana; no es posible ser cristiano sin serlo apasionadamente.
- *Comunidades de contraste*. En las que existe una fe compartida y calor humano que sostienen y acompañan el testimonio personal de vida cristiana.
- *Una Iglesia para los demás, continuadora de la misión de Jesús*, germen y principio del Reino de Dios en el mundo.

A. AL SERVICIO DE UNA FE MÁS VIVA

Hace ya unas décadas Karl Rahner pronosticó: *«El hombre religioso de mañana será un místico, una persona que haya experimentado algo, o no podrá ser religioso, pues la religiosidad del mañana no será ya compartida en base a una convicción pública, unánime y obvia»*. Aquél mañana al que se refería el gran teólogo alemán; para nosotros ya es «hoy».

Para vivir como auténtico creyente en esta situación ya no basta una pertenencia más o menos pasiva a la Iglesia, ni la supuesta adhesión a un conjunto de verdades religiosas -transmitidas tradicionalmente; no es suficiente la aceptación de unas, normas de conducta ni la práctica social de unos ritos. Para vivir en esta nueva situación son necesarias personas con experiencia de Dios, capaces de interpretar religiosamente lo que están viviendo.

El futuro de la fe está ligado al cultivo de la experiencia personal de Dios. El cristianismo futuro será el de aquel que sabe por experiencia lo que habla y confiesa; del que ha experimentado de alguna manera la presencia cercana del Dios de Jesús. Tendrá un carácter personalizado, acentuando la búsqueda y la experiencia personal. Esa experiencia consiste en descubrir en la hondura de los acontecimientos cotidianos de nuestra existencia, leídos a la luz de la Escritura, la presencia discreta de Dios. Él se manifiesta, siempre en penumbra, en el corazón de nuestras experiencias humanas. En un tiempo de pluralismo religioso, donde no sirve de protector la fuerza social de los grandes números, lo determinante será la confianza que arraiga en la experiencia interior².

Este modo de vivir la fe tiene que estar encarnado en la profundidad de lo humano. No hay que salirse del mundo para encontrar a Dios. Aunque ser creyente va a significar, cada vez más, asumir unos valores y una concepción de la vida que se sitúan a contracorriente de los mayoritarios. En una sociedad como la nuestra, hemos

de asumir el valor *contracultural* de la fe cristiana; y es que la vida cristiana es una *proposición alternativa* y no un modo de socialización en el orden establecido. La opción por la calidad, la profundidad y la solidaridad es la forma de afrontar con radicalidad evangélica la experiencia de la vida frente a la dinámica de las rebajas, la superficialidad y el individualismo. El cultivo de las raíces de la experiencia religiosa y el desarrollo del espíritu crítico forman parte de los requisitos necesarios para permanecer en la fe³.

1. Renovar la iniciación cristiana

Debemos revisar a fondo los procesos de iniciación cristiana en nuestra Iglesia diocesana para adecuarlos a las condiciones de vida del creyente en la sociedad actual. Será necesario, en muchos casos, plantear una «re-iniciación» de muchos bautizados, incluso practicantes, para que puedan asumir su identidad cristiana y su responsabilidad evangelizadora en el nuevo contexto cultural y social. Todos los seguidores de Jesús estarnos llamados a alcanzar la plenitud de la vida cristiana; para un cristiano, hoy más que nunca, «*sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial*»⁴.

Se vuelve urgente reforzar y actualizar una praxis eclesial que durante muchos siglos ha forjado generaciones y generaciones de creyentes: la iniciación cristiana. Una verdadera iniciación es algo mucho más rico que un simple adoctrinamiento. Iniciar es despertar a la experiencia de la fe y desde ella enriquecer sus contenidos, orientar la vida moral, familiarizar con la Palabra de Dios y con los grandes símbolos de la liturgia, cultivar el sentido comunitario, abrir la sensibilidad para servir a la sociedad⁵.

2. Impulsar procesos catequéticos⁶

En una situación de cristiandad es normal que la Catequesis de los niños polarice fuertemente la atención de la parroquia, pues son ellos los únicos que, se considera, no conocen la fe. En una sociedad como la actual, este planteamiento catequético requiere una profunda revisión. No se trata de descuidar la atención a los niños -en muchos de ellos hay que despertar la fe y la experiencia religiosa que no han conocido en su hogar-, pero es necesario ampliar el horizonte de los servicios catequéticos de la parroquia.

De la misma manera que nuestras parroquias han implantado la catequesis infantil, con su proceso, sus métodos y su estructura, hemos de dar pasos concretos para establecer la catequesis de la iniciación cristiana para adultos como un servicio permanente en cada parroquia.

Se trataría de un proceso abierto a cristianos de fe vacilante (practicantes o no), orientado a suscitar o despertar una fe más personalizada, más vivida y experimentada, mejor compartida en la comunidad, más encarnada en el mundo y más confesante. Necesitamos aprender métodos nuevos. Pero no dudamos de que éste es un objetivo claro que ha de perseguir toda parroquia responsable de cara al futuro.

Esta acción pastoral tiene que dirigirse también a las nuevas generaciones, sin dar por supuesto que son cristianas o que pueden iniciarse por sí mismas a la fe. Si no logramos llevar el anuncio cristiano hasta los jóvenes de hoy, muchos de ellos quedarán para siempre sin Evangelio.

Es el momento de dejar a un lado recelos y aunar esfuerzos, parroquias y escuelas cristianas, catequistas y educadores, con un objetivo común: evangelizar a los jóvenes.

Para impulsar esa evangelización de los jóvenes, unos objetivos precisos:

- Concentrar los esfuerzos en una llamada clara y explícita a la conversión a Jesucristo: en algún momento han de tomar los jóvenes la decisión fundamental que oriente su vida en una dirección cristiana o no.

- Introducir de manera más efectiva la experiencia religiosa (oración, escucha de la Palabra, testimonio de otros creyentes, Eucaristía, interiorización del Padre nuestro): al joven posmoderno no se le evangeliza sólo con una proposición de verdades cristianas.

- Iniciarlos en la Eucaristía de la comunidad y facilitarles su participación en la celebración cristiana del domingo: sin una vinculación a la comunidad cristiana, su fe no logrará enraizarse.

3. Enseñar a orar

Dentro del itinerario de la iniciación cristiana, aprender a orar es decisivo para la experiencia y práctica de la fe. La oración es lugar privilegiado para discernir acerca de nuestra vida a la luz de la fe y descubrir, muchas veces entre sombras, lo que Dios pide de nosotros. Sin orar asiduamente el cristiano languidece.

«Nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas «escuelas de oración», donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el «arrebato del corazón». Una oración intensa, que, sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, los abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios.

... Se equivoca quien piense que el común de los cristianos se puede conformar con una oración superficial, incapaz de llenar su vida. Especialmente ante tantos modos en que el mundo de hoy pone a prueba la fe, no sólo serían cristianos mediocres, sino «cristianos en riesgo». ...Correrían el riesgo de que su fe se debilitara progresivamente... Hace falta, pues, que la educación en la oración se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral»⁷.

Cada vez es mayor la preocupación de las parroquias para promover la oración personal o en grupo. Pero, en general, todavía es poco e insuficiente lo que hacemos para enseñar a orar. Las personas más inquietas que buscan el encuentro con Dios se dirigen a monasterios y comunidades que están ofreciendo en estos momentos un

servicio inestimable. Pero mucha gente sencilla que nunca dará esos pasos se encuentra desasistida para aprender a orar.

¿Qué podemos hacer en las parroquias? Antes de nada, recuperar la iglesia parroquial como casa de oración. No siempre es fácil. Pero es mucho lo que se puede hacer: acondicionar alguna capilla u oratorio para la oración personal o del grupo reducido; cuidar las imágenes, símbolos y ambientación musical; poner a disposición de los fieles oraciones, libros sencillos, textos, salmos que ayuden a orar; tener el templo abierto, al menos algunas horas, al atardecer. Todo es posible cuando en la parroquia hay un grupo dispuesto a cuidar esta dimensión. La parroquia tiene que ofrecer hoy un espacio donde las personas puedan hallar silencio y paz para encontrarse con Dios y reconstruir su mundo interior.

Hemos de saber convocar a los creyentes no sólo para celebrar la Eucaristía dominical sino para orar juntos, para escuchar la Palabra de Dios con sosiego, para alimentar la vida interior. Estos encuentros pueden ser de naturaleza diversa: para jóvenes, para personas de tercera edad, para padres, para agentes de pastoral. Pueden configurarse en torno a elementos variados: escucha de la Palabra de Dios, silencio, oración con los salmos, plegaria espontánea, oración ante el sagrario. La animación de estos encuentros de oración no tiene por qué estar en manos de los presbíteros. El ideal sería contar con un grupo permanente que promueva esta oración e invite a otros⁸.

4. Promover la lectura de la Palabra de Dios

Descubrir la Palabra de Dios es «*hacemos contemporáneos a ella para que ella se haga contemporánea a nosotros*» (card. Ratzinger). La alegría y la fortaleza que este descubrimiento produce es esperanzadora. La atracción hacia la Palabra de Dios, suscitada por el Espíritu Santo, está reclamando y generando en nuestras Iglesias grupos de lectura creyente de la Biblia.

La lectura creyente de la Biblia nos invita a entrar en diálogo con Dios confrontando lo que nos dice discretamente en los acontecimientos de la vida cotidiana con aquello que nos da a conocer en las páginas de la Escritura: los testimonios de la experiencia creyente de nuestros antepasados en la fe.

Dios nos habla a través de la Biblia. Sus palabras no son sólo del pasado y para el pasado, sino que nos ayudan a interpretar y a entender lo que hoy nos sucede, tienen una palpitante actualidad. Con su ayuda podemos conocer la voluntad y el plan de Dios para nosotros⁹.

Para un creyente la lectura de la Biblia ha de ser siempre una confrontación entre la palabra divina que se nos ofrece en la Escritura y la palabra que se nos revela en la experiencia cotidiana de la vida. Por eso, cada vez que escuchamos la palabra de Dios, abiertos a la conversión en actitud de fe, confrontando nuestra propia vida con la palabra proclamada, podemos decir que «Hoy se cumple...» esa palabra, porque se actualiza en nuestra situación concreta.

La vitalidad de la palabra de Dios se manifiesta en la capacidad de los creyentes para releerla y reinterpretarla en cada nueva situación. En esto consiste el «discernimiento», en llegar a conocer cuál es la voluntad de Dios en el momento y la situación presentes. Ese encuentro profundo con Dios, en la escucha de su Palabra, nos proporciona una nueva mirada sobre nosotros mismos, sobre el ser humano y sobre el mundo.

La Sagrada Escritura nos ofrece las claves para comprender situaciones personales y comunitarias, tomar decisiones, rectificar errores, asumir responsabilidades, pedir perdón, impulsar la justicia, crecer en solidaridad, ser voz de los «sin voz», denunciar injusticias y servir a la verdad... La Palabra de Dios nos presenta muchas veces una alternativa de vida, nos abre un camino de conversión.

La meditación y la contemplación, tras la escucha de la Palabra, no son una evasión de la realidad sino una penetración más profunda en ella desde el plan de Dios. Nos mueven a la acción y al compromiso para vivir según el Evangelio, seguir a Jesucristo, y hacer presente en el mundo el proyecto de Dios. *«La palabra de Dios, palabra viva y eficaz, obtiene su verdadero cumplimiento y su pleno significado sólo mediante la transformación realizada por el/a en aquel que la recibe»* (H. de Lubac)

5. Atención pastoral a la familia

«El descenso visible de la fe a lo cotidiano apenas se produce, con aceptación social, fuera del ámbito de la familia. Nos preguntamos en qué grado y por cuanto tiempo. De un modo u otro es importante tenerlo en cuenta para un mejor y más adecuado desarrollo de la pastoral familiar»¹⁰.

Según las encuestas y sondeos de opinión la familia sigue siendo hoy en día la realidad social más valorada en general y también por los jóvenes.

La familia es el ámbito de relación que se constituye como espacio de la socialización primaria de la persona; en el que se adquieren y desarrollan los componentes básicos del «imaginario» sobre el que se va evolucionando en un proceso de identificación y afirmación personal¹¹. Constituye el marco en el que se viven y comparten experiencias que son hitos fundamentales de la historia personal.

La vida familiar es una realidad vinculada al lugar de residencia (el hogar, el domicilio) adecuada a la acción de una plataforma territorial de evangelización como es la parroquia. Entraña un complejo de relaciones interpersonales diversas que han de contemplarse no sólo en su conjunto sino también es su especificidad: matrimonio, padres-hijos, mayores,...

Destacamos dos dimensiones importantes de la pastoral familiar:

- Ayudar a los matrimonios a compartir su fe: *«Una de las tareas permanentes de la vida matrimonial es procurar crecer en el conocimiento y comprensión mutuos lo que no es posible sin llegar a compartir también las experiencias personales de la fe».*

- Ayudar a los padres a educar a sus hijos en la fe: *«Hoy en día muchos padres no encuentran el modo de transmitir con naturalidad la fe a sus hijos. En algunos*

casos necesitan clarificar y purificar su propia experiencia creyente de dudas .o incoherencias. En otras ocasiones precisan ahondar en su propia vida de fe, pasando de unas ideas y conocimientos, o de unos sentimientos elementales y unas prácticas tradicionales, a una verdadera vivencia comprometida de la fe. Necesitan la ayuda de la comunidad eclesial para madurar como cristianos y poder asumir con garantías la responsabilidad de educar a sus hijos en la fe»¹².

Algunas sugerencias concretas en la atención pastoral a la familia:

— Cuidar la formación prematrimonial de los jóvenes como una oportunidad evangelizadora.

— Impulsar movimientos matrimoniales y familiares, enraizados en la parroquia. Ofrecer acompañamiento (materiales y servicios) para ayudar a los padres en el despertar religioso de sus hijos de 0 a 6 años.

— Implicar más activamente a los padres en el proceso parroquial de catequesis de infancia.

B. CONSTRUIR LA PARROQUIA¹³ COMO «CASA Y ESCUELA DE COMUNIÓN»

*«Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo».*¹⁴

Un creyente difícilmente puede vivir hoy su fe de forma aislada o individual sin el apoyo y acompañamiento de unas comunidades cristianas en las que exista una fe compartida y calor humano que sostienen el compromiso personal de vida cristiana. Para recrear y transmitir una experiencia de vida se el Evangelio hemos de tratar de renovar y fortalecer las comunidades cristianas, de modo que sean lugar para compartir y testimoniar el mensaje cristiano y así, poder convocar a otras personas a la fe.

En medio de un mundo de masas, frío y despersonalizador, urge crear comunidades -fraternidades- que ofrezcan acogida y protección, al mismo tiempo que dejen a los individuos su libertad y responsabilidad. La verdadera fraternidad deja ser y crecer a cada persona; no crea dependencias ni minorías de edad.

Hemos de recuperar la confianza en el Espíritu, que habita en todos los miembros de la comunidad, para que todos puedan contribuir a descubrir las llamadas actuales de Dios y los caminos para vivir un cristianismo más auténtico en nuestra época. Necesitamos crear o recrear espacios de auténtica comunión donde exista una *comunicación interactiva*. Escuchar, dialogar, buscar juntos, compartir, facilitar la participación y la expresión, son actitudes ineludibles para convertir las comunidades de la Iglesia en signo convincente de comunión en el mismo Espíritu¹⁵.

La comunión eclesial no puede ser explicada con categorías sociológicas. Tampoco es suficiente explicarla o entenderla como una mera coincidencia en la doctrina, la moral o la práctica de los ritos sacramentales realizados. La comunión con Jesús, de la cual deriva la comunión de los cristianos entre sí, es condición absolutamente indispensable para dar fruto: *«Separados de Mí no podéis hacer nada»* (Jn 15, 5)

La comunión eclesial ahonda sus raíces en la *experiencia compartida del Resucitado*. La comunión se concreta en un tejido de verdaderas relaciones interpersonales con Dios al fondo. La «*comunión*» pide que la Iglesia se construya realmente como un verdadero tejido de relaciones interpersonales. Los valores de unidad de la doctrina, de los sacramentos, de las estructuras de la Iglesia, aunque necesarios, no pueden sustituir ni hacer olvidar la verdadera comunión de vida que se establece por la comunicación interpersonal de la experiencia de Cristo. No se trata sólo de una mera comunión humana: Dios está al fondo.¹⁶

1. Cultivar la espiritualidad de comunión¹⁷

Necesitamos cultivar la espiritualidad de la comunión para poner «alma» a la marcha de las cosas que a todos nos afectan. Se necesita que exista una comunicación fluida, que se colabore con la palabra libre y la escucha atenta, que se avive el respeto entre los miembros y el clima de serenidad e incluso de cordialidad. Debemos hacer de las comunidades cristianas, en Palabras de Juan Pablo II «*la casa y la escuela de la comunión*».

Antes de programar iniciativas concretas, *hace falta promover una espiritualidad de la comunión*.

- Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado.

- Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.

- Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente.

- En fin, espiritualidad de la comunión es saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Gal. 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias.

No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento.

2. Crear espacios de relación comunitaria

Los espacios de comunión han de ser cultivados y ampliados día a día, a todos los niveles, en el entramado de la vida de cada Iglesia.

Hablando de la parroquia la Conferencia Episcopal Italiana decía recientemente que en un contexto social que favorece la dispersión y la sequedad de las relaciones, es vocación de las parroquias «*practicar la acogida sin exclusiones, vivir relaciones de proximidad, cultivar vínculos concretos de conocimiento y amor, celebrar la Eucaristía y hacerse cargo de los habitantes del lugar, sintiéndose enviados a ellos*»¹⁸.

El seguimiento de Jesús implica esencialmente una incorporación y participación en la comunidad de seguimiento. De algún modo el seguimiento de Jesús ha de ser vivido comunitariamente, la experiencia de comunidad es una dimensión esencial de la experiencia cristiana integral; el cristianismo no se puede vivir de forma exclusivamente individual:

A pesar del camino pastoral recorrido desde hace tiempo por bastantes de nuestras parroquias no es fácil equipararlas sin más a una comunidad. Todavía las personas que acuden de forma habitual a la práctica cultural lo hacen con una buena dosis de individualismo, pues apenas se conocen entre sí. Apenas se fomenta la participación más activa y las relaciones personales. *«La parroquia es para muchos feligreses poco más que un espacio físico en el que coinciden a las mismas horas con otros fieles para participar en las mismas prácticas religiosas, o una oficina a la que se acude para reclamar ciertos servicios. Pero la vida apenas es compartida. Cada uno tiene que bandeárselas como puede con sus propios problemas este modelo de parroquia no consigue mostrar de forma práctica en que consiste pertenecer a la Iglesia y participar en la vida de la Iglesia»*¹⁹.

En muchos lugares nuestra Iglesia es deficitaria en espacios comunitarios que ayuden a los creyentes a compartir en grupos de talla humana, la experiencia personal de la fe y del compromiso cristiano encarnado en la vida cotidiana. Entre la realidad amplia y abierta de las celebraciones y servicios de nuestras parroquias y la situación particular de cada individuo creyente no existen en la mayoría de los casos suficientes grupos intermedios en los que desarrollar de forma más activa y participativa una experiencia de comunidad cristiana cercana y significativa. Tal vez, por eso, la Iglesia se percibe más como una realidad lejana y difusa a la que se recurre ocasionalmente en demanda de servicios que como una auténtica comunidad de creyentes.

La parroquia puede ser hoy matriz viva de grupos de talante comunitario. Bastantes parroquias van siendo, a través de sus diversos grupos, un espacio de encuentro fraterno y gratuito en el que los creyentes tienen ocasión de conocerse personalmente, escapando así al anonimato y al empobrecimiento de las relaciones humanas que son propias del estilo de vida de nuestro tiempo. Incluso en las parroquias rurales se buscan, entre muchas dificultades, formas más comunitarias de vida cristiana.²⁰

Muchos grupos de formación o de trabajo apostólico de nuestras parroquias van adquiriendo algunos caracteres comunitarios: se reúnen para escuchar la palabra y comentarla, analizan los acontecimientos a la luz de la fe, asumen y revisan en común sus compromisos, comparten en mayor o menor medida sus bienes y celebran juntos la fiesta de la Eucaristía.

3. Cuidar la acogida pastoral

Muchas personas distantes de la Iglesia acuden a comunidades e instituciones eclesiales para solicitar de ellas diversos servicios asistenciales, educativos o pastorales. La acogida que les dispensamos es ya un primer signo de la comunidad

cristiana. En medio de una sociedad acostumbrada a la acogida desganada «del funcionario» y a la acogida interesada «del vendedor», la acogida evangélica guarda, por el hecho mismo de ser un bien escaso, una capacidad de sorprender y de predisponer favorablemente los espíritus hacia la comunidad en cuyo nombre acogemos.

El rasgo fundamental de la acogida evangélica es la gratuidad. Se manifiesta en la actitud cercana, en la aceptación incondicional, en la escucha sosegada y en la ofrenda generosa de nuestro tiempo. Deberíamos cuidar con mayor esmero este signo valioso. Las obras eclesiales deberían dedicar a esta tarea personas capaces y preparadas.

Nuestros servicios pastorales deben llevar la «marca de origen» de la auténtica comunidad cristiana. Los rasgos de esta marca son la motivación evangélica, la dedicación, la competencia, la apertura a los desheredados, el espíritu participativo y la sencillez. Tales rasgos deberían permitirnos distinguir nuestras obras de otros servicios sociales semejantes. Cuando así sucede, sale beneficiada la credibilidad de la comunidad entera.

4. Avivar la celebración de la comunidad

La fe se fortalece por medio de la celebración cristiana y especialmente en la Eucaristía²¹. En ella se hace más intensa y perceptible la misteriosa relación que nos vincula tan estrechamente con Dios Padre por medio de Jesucristo y con los hermanos. En ella se renueva el don del Espíritu que viene en nuestra ayuda.

La Eucaristía tiene un lugar central en la vida y misión de la comunidad cristiana, *como fuente y cumbre: de la actividad de la Iglesia, de la vida cristiana, de la vida de la comunidad, de toda evangelización*²². La celebración de la Eucaristía dominical hace especialmente visible ante el mundo a la comunidad eclesial. La comunidad que se reúne en el domingo es convocada para vivir el Evangelio, para llevarlo al mundo, para encontrar en la celebración la fuerza y la razón de hacerlo.

Una auténtica celebración de la fe nunca puede convertirse en refugio o huida ante los retos y dificultades de la vida cotidiana. Es precisamente nuestra propia vida la que ha de servir de plataforma de encuentro con Dios y los hermanos en la fe. Nuestras celebraciones litúrgicas necesitan hoy incorporar más activamente las realidades de la vida de cuantos toman parte en ellas.

Sólo de este modo la experiencia de encuentro con Dios podrá resultar significativa para una fe constituida en eje y centro de toda nuestra existencia.

La Eucaristía como acción de la comunidad eclesial demanda la participación plena, consciente, activa y fructuosa de todos sus miembros en la celebración. Y es necesario educar para esta participación.²³ La celebración de la comunidad contribuye a que sus miembros realicen en su vida y manifiesten a los demás «*el misterio de Cristo y la naturaleza de la Iglesia*»²⁴.

Hoy en algunas de nuestras celebraciones litúrgicas están también presentes cristianos de fe muy débil o apagada e, incluso, personas alejadas de la fe o no

evangelizadas (funerales, bodas...). Por ello hemos de aprender a celebrar la liturgia en clave más evangelizadora. No se trata de desvirtuar la celebración ni de instrumentalizarla para fines extraños a la misma, sino de cuidar que esas celebraciones puedan ser anuncio evangelizador.

Las parroquias tienen que estudiar detenidamente esas celebraciones y ver qué elementos hay que introducir para que resuene en ellas el anuncio del Evangelio: contenido de la predicación, llamada a la primera conversión a Dios, estilo interpelador de las moniciones, silencios significativos, selección de cantos... Una pastoral evangelizadora, nos está exigiendo introducir en esas celebraciones una mejora que es posible y puede tener en no pocos una eficacia evangelizadora. Una celebración vivida de manera auténtica, con una participación sentida por parte de los creyentes, puede tener un impacto evangelizador más fuerte que muchas palabras.

No olvidemos que «el Espíritu Santo, es agente principal de la evangelización». Nuestra tarea es preparar con esmero la celebración, extremar la acogida, potenciar la fuerza expresiva de los signos y los gestos, intensificar la participación interna y externa del núcleo de creyentes, cuidar el lenguaje, la homilía, las moniciones y los cantos de manera que conecten con la sensibilidad actual y ayuden a abrirse a Dios.

No podemos descuidar las posibilidades evangelizadoras de la Eucaristía dominical. Según el Concilio Vaticano II ella es «la fuente y la cumbre de toda evangelización». Esa celebración de la Eucaristía, sí es confesión gozosa de la fe en el Resucitado y se cuida la escucha viva de la Palabra, la comunión con Cristo, la profesión responsable del credo, la invocación sincera a Dios, la asamblea fraterna, se convierte en la experiencia religiosa más fundamental de la parroquia, que va creando poco a poco un estilo de comunidad más consciente de su fe, más gozosa y más capaz de testimonio evangelizador. Nuestras eucaristías nos «congregan» en asamblea pero no nos «disgregan» hacia la evangelización²⁵.

(Lo expresado sobre las celebraciones eucarísticas de la comunidad es también digno de tenerse en cuenta en relación con las CELEBRACIONES DOMINICALES EN AUSENCIA DE PRESBITERO. ADAP)

5. Cercanos y solidarios con los pobres

«Es la hora de la nueva «imaginación de la caridad», que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno».

En nuestro tiempo existe una sensibilidad social ante las situaciones y testimonios de solidaridad y compromiso por la justicia. El compromiso de caridad personal y comunitario de buena parte de la Iglesia tiene un valor incontestable. Constituye una de las pocas realidades eclesiales que ocasionalmente encuentran un eco favorable en los medios de comunicación.

En el origen de muchas ONGs y de gran parte del voluntariado que participa o colabora con ellas se encuentra una raíz de compromiso con el Evangelio. Sin

embargo en bastantes casos se produce un cierto debilitamiento de la identidad evangélica de grupos y personas comprometidas en ese tipo de organizaciones por falta de acompañamiento adecuado.

La mayoría de los miembros de la comunidad cristiana delega -con su simple colaboración económica- en unos pocos «especialistas» su compromiso de servicio a los pobres. Las organizaciones eclesiales al servicio de los pobres y excluidos de la sociedad corren el riesgo de «tecnificarse o burocratizarse» en aras de la «eficacia social» de sus acciones, sobre todo cuando acentúan su autonomía respecto del conjunto de la comunidad.

El «label» de radicalidad evangélica de la caridad cristiana consiste en la acogida y el encuentro personal. Hemos de examinar cuál es el lugar que ocupan actualmente los pobres en nuestras comunidades parroquiales. Siempre atentos para reconocer nuevos rostros de la pobreza y la exclusión que emergen en nuestros días.

«Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como «en su casa». ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la Buena Nueva del Reino? Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aún siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de las palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las obras corrobora la caridad de las palabras»²⁶.

6. Desarrollar la «ministerialidad»

La misión de la Iglesia en el mundo es la misma misión de Jesús, compartida hoy para todos los miembros del Pueblo de Dios con funciones y tareas diferenciadas, con ministerios y carismas diversos. La acción evangelizadora alienta el reconocimiento de la aportación propia de cada uno a la misión común, el descubrimiento de la complementariedad en la variedad de dones, el impulso de la coordinación en la pluralidad de servicios. Necesitamos situar en un nuevo contexto de comunión y misión eclesial los ministerios, tareas y carismas, propios de los pastores, de la vida religiosa y de los laicos.

La Iglesia, en cuanto continuadora de la misión de Cristo, es esencialmente servicio. La Iglesia existe como servicio al Evangelio, como servicio al Reino de Dios inaugurado por Jesús. Ese ser de la Iglesia es participado por todos sus miembros. No hay cristiano que no participe de esa misión eclesial y que no esté unido a sus hermanos en la misma tarea de servicio a Dios y a los demás.

Según el Nuevo Testamento, es ley de la existencia cristiana el que todos estén al servicio de todos, según la particularidad de los dones de cada uno. El servicio es tarea de todos, y por lo tanto también lo es la ministerialidad. La ministerialidad fundamental de la Iglesia se debe a su ser como comunidad, no sólo para el servicio entre sus miembros, sino también para el servicio a la humanidad entera. Esta ministerialidad se concreta en la pluralidad de servicios y ministerios necesarios para el cumplimiento de la misión, según la diversidad de dones y carismas, y en atención a las necesidades concretas de la comunidad.²⁷

El desarrollo ministerial de la comunidad cristiana responde a la misión y enriquece la significatividad sacramental de la Iglesia ante el mundo actual. Contribuye a modificar la falsa imagen social de la Iglesia -hoy tan extendida- que la identifica tan sólo con la jerarquía y ayuda a percibir mejor el sujeto eclesial completo, constituido por todos los miembros del Pueblo de Dios que son corresponsables, en diversas formas de servicio, de la misión eclesial.

7. Resituar el ministerio pastoral de los presbíteros

Es necesario que el presbítero desarrolle con especial dedicación las funciones propias de su ministerio. A él le corresponde de modo especial la presidencia de la comunidad, la función coordinadora y animadora de la misma, a la que lógicamente va unida la presidencia de la Eucaristía, pues por la ordenación significa sacramentalmente a Cristo como Cabeza del Cuerpo que es la Iglesia. Está, además, al servicio a la totalidad de los carismas, en orden a la comunión fraterna, de todos los miembros y le corresponde cuidar la apostolicidad de la comunidad, tanto en la fidelidad de la fe a sus orígenes y en la edificación de la comunión, como en su dinamismo misionero.

Hoy muchos presbíteros viven implicados en una acción pastoral intensa y dispersa, solicitados por múltiples demandas, aunque bastantes de las actividades que desarrollan son propias de los diáconos o de los laicos y se pueden distribuir en diversos ministerios.

Para resituar el ministerio de los presbíteros de forma más adecuada a la situación eclesial y a las necesidades pastorales actuales no debe perderse de vista que:

- El presbítero no puede reducir su atención exclusivamente al culto y a los sacramentos. Tampoco puede dedicarse sólo a la organización y coordinación pastoral. Debe mantener su servicio vinculado a la Palabra y a la comunión-animación de la vida de la comunidad.

- El presbítero no debe desconectarse de las personas, ha de estar en relación directa y sosegada con ellas. Aunque su tarea, en algunos casos le requiera hoy cierta «movilidad» debe animar y acompañar a personas y comunidades con estabilidad.

- El presbítero ha de estar disponible para el trabajo en equipo, con otros sacerdotes, diáconos, religiosos y laicos, y para la coordinación en la pastoral.

La floración de ministerios confiados a los laicos no puede oscurecer la necesidad de promover la pastoral vocacional al ministerio presbiteral. «*Sin la presencia de Cristo representado por el presbítero, guía sacramental de la comunidad, ésta no sería plenamente una comunidad eclesial*». ²⁸

8. Impulsar el ministerio de los diáconos

El diaconado nació en la primera Iglesia para responder a la necesidad de distribuir entre los necesitados los bienes de la comunidad. Floreció durante los cinco primeros siglos del cristianismo y más tarde permaneció -reducido en sus funciones al ámbito de la celebración litúrgica- como un grado del sacramento del

orden previo a la recepción del presbiterado, ejercido sólo por un breve periodo de tiempo.

El Concilio Vaticano II restableció «*el diaconado como grado propio y permanente de la jerarquía*»²⁹ y, señalando sus diversas funciones ministeriales. en la liturgia, el servicio de la palabra y de la caridad, subrayó su dedicación a los oficios de caridad y administración, tal y como fue instituido en los primeros tiempos de la Iglesia.

La recuperación del diaconado como un ministerio ordenado permanente está llamada a tener en nuestras iglesias diocesanas un desarrollo más amplio que el actual. Ello irá vinculado sin duda al reconocimiento práctico de su función propia en la vida y misión de la comunidad eclesial, de modo que no se contemple como una simple ayuda «en funciones de suplencia» del ministerio pastoral de los presbíteros.

En medio de una sociedad que genera constantemente nuevas formas de exclusión y pobreza, nuestras Iglesias deben impulsar un ministerio que ayude a toda la comunidad a dar una respuesta servicial **-con una nueva imaginación de la caridad-** haciendo realidad la opción preferencial por los pobres.

9. Reconocer y promoverlos ministerios laicales

Tal como hicieron las primeras comunidades cristianas, hoy las iglesias locales deben pensar en una organización ministerial adecuada a sus necesidades de comunidad y de misión. En consecuencia han de indagar sobre las necesidades de su tarea evangelizadora e instaurar aquellos ministerios que crean oportunos. Esto supone que la Iglesia discierne las necesidades misioneras y busca una respuesta adecuada.

El Papa Juan Pablo II señalaba: «***Es necesario, pues que la Iglesia del tercer milenio impulse a todos los bautizados y confirmados a tomar conciencia de la propia responsabilidad activa en la vida eclesial. Junto con el ministerio ordenado, pueden florecer otros ministerios, instituidos o simplemente reconocidos, para el bien de toda la comunidad, atendiéndola en sus múltiples necesidades: de la catequesis a la animación litúrgica, de la educación de los jóvenes a las más diversas manifestaciones de la caridad.***»³⁰

Hoy únicamente existen en la Iglesia dos **ministerios laicales instituidos** (lector y acólito) según lo dispuesto por Pablo VI en Ministeria quaedam el año 1972, ambos están relacionados con la acción litúrgica de la comunidad. Pero, según las necesidades de las Iglesias particulares se puede promover el **reconocimiento de otros ministerios** para el desarrollo de la vida y misión de la comunidad eclesial.

La diversidad de campos en que es posible el desarrollo de los ministerios es muy amplia (Cfr. *Evangelii Nuntiandi* 73; *Christifideles laici* nn. 37-52 y *Novo millennio ineunte* 46). Los ministerios laicales no se circunscriben únicamente a la vida interna de la comunidad cristiana ni tampoco sólo al ámbito de su acción misionera, se despliegan simultáneamente en ambas dimensiones. Sólo una comunidad consciente y activamente corresponsable de su misión es el lugar adecuado para el desarrollo de los ministerios laicales.

La comunidad eclesial ha de impulsar en su seno un doble proceso de discernimiento:

- la determinación concreta de los servicios necesarios para su vida y misión que pueden ser reconocidos públicamente como ministerios
- la designación de los miembros de la comunidad —hombres o mujeres- dotados de las cualidades y formación necesarias, a quienes se confía por un tiempo el ejercicio de tales ministerios.

Estos procesos han ser impulsados, orientados y coordinados por el Obispo - diocesano en la Iglesia particular.³¹

Los ministerios laicales no pueden pensarse ni nacer como una mera ayuda de los presbíteros, ni tampoco como un movimiento de reivindicación frente a los mismos. Estarían falseados de raíz tanto en un caso como en el otro. *«Los pastores, por tanto, han de reconocer y promover lo ministerios, oficios y funciones de los fieles laicos, que tienen su fundamento sacramental en el Bautismo y la Confirmación, y para muchos de ellos, además en el Matrimonio».* (Ch. Laici 23)

C. UN NUEVO IMPULSO MISIONERO

Una Iglesia continuadora de la misión de Jesús, germen y principio del Reino de Dios en el mundo, ha de ser una Iglesia *«para los demás»*. La Iglesia es evangelizada para evangelizar; para salir de sí misma y situarse en actitud misionera al servicio del mundo.

La Iglesia debe estar dispuesta a dejarse interpelar por la realidad, en la que ha de descubrir y realizar la voluntad de Dios. Ha de situarse en actitud de apertura y de diálogo, para poder captar así las llamadas de Dios a través de la realidad de nuestro mundo. *«El pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios».*³²

1. La acción de toda la comunidad

Ya no es posible en nuestra sociedad contemplar hoy la fe cristiana como constitutiva de una cultura que es intrínsecamente pluralista. *«Ha pasado ya, incluso en los países de antigua evangelización, la situación de una ‘sociedad cristiana’, la cual, aún con las múltiples debilidades humanas, se basaba explícitamente en los valores evangélicos. Hoy se ha de afrontar con valentía una situación que cada vez es más variada y comprometida,... conuna nueva acción misionera, que no podrá ser delegada a unos pocos «especialistas» sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios»*³³.

Hoy muchos hombres y mujeres parecen «estar de vuelta» en relación con la fe cristiana, creen conocer el contenido del Evangelio de Jesucristo pero no han llegado a experimentarlo como «buena nueva». Han recibido por diversos cauces algunos conocimientos o normas de conducta cristiana, pero no han descubierto en su vida la

presencia cercana del Dios de Jesucristo. Por ello resulta especialmente difícil proponerles como nuevo lo que ya creen saber.

La imagen de Dios que muchos arrinconan no es ciertamente la de aquél en quien nosotros confiamos, sino una visión deformada que es necesario desenmascarar. Pero también otros se cierran indiferentes a la fe en Jesucristo resucitado e ignoran el rostro de Dios que él nos ha revelado como Padre. También son bastantes los que reconocen como dignos de tenerse en cuenta por su profundo sentido humano algunos valores evangélicos, aunque no llegan a asumirlos en su dimensión religiosa y creyente.

La increencia tiene hoy unas fronteras muy difusas en nuestra sociedad y, con frecuencia, los que llamamos alejados de la fe están muy cerca de nosotros compartiendo nuestra vida diaria. Por ello el anuncio misionero del Evangelio puede tener lugar en el ámbito de la convivencia familiar, en el marco de los contactos laborales o profesionales, en las relaciones vecinales, en las actividades culturales y de tiempo libre, en el compromiso político o social.

El nuevo anuncio del Evangelio o lo hace la Iglesia entera o no se hará. Hay que despertar la conciencia y el potencial de las personas y los grupos cristianos para anunciar el Evangelio hoy. La responsabilidad de anunciar el Evangelio recae sobre todos los creyentes. Todos hemos recibido el don del Evangelio y también la responsabilidad de transmitirlo sin que nadie pueda ser sustituido por otro en esa responsabilidad. Esto no significa que todos tengamos que realizar la misma tarea, pero sí que todos y cada uno estamos llamados desde la propia vocación y servicio a ser testigos que anuncian a Jesucristo y fermento del Reino de Dios en la sociedad.³⁴

2. Testimonio vivido

Anunciar el Evangelio es hacer presente en la vida de los hombres, en la sociedad, en la historia humana, a Jesucristo y la fuerza salvadora que se encierra en Él y en su Evangelio. De ahí también la necesidad de realizar signos eficaces de su amor incondicional al hombre.

Proponer el Evangelio de Jesucristo como una noticia que pueda ser experimentada como buena, no es sólo anunciar una verdad, ofrecer una doctrina, sino comunicar con hechos y palabras algo que pueda ser recibido realmente como buena nueva. Sabemos que «*El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio*». ³⁵ Hemos de superar una concepción excesivamente doctrinal de la evangelización como si anunciar el Evangelio fuera exclusivamente transmitir la doctrina de Jesucristo. Sin duda, anunciar significa hablar, predicar, transmitir verbalmente un mensaje. Pero el Evangelio no es sólo una doctrina.

El anuncio evangelizador ha de brotar del testimonio que es «*un elemento esencial, en general el primero absolutamente en la evangelización*». Un anuncio reducido a palabras difícilmente puede comunicar la Buena Nueva del Dios vivo. Hoy es especialmente necesario el testimonio de unos creyentes que viven su fe de

manera gozosa y responsable, Hemos de recuperar la conciencia de que ser cristiano es ser testigo, anunciador del Evangelio, comunicador de la fe.

3. *Compromiso transformador*

Y no basta el testimonio de cada creyente es necesario el de la comunidad cristiana. Nuestras comunidades serán hoy evangelizadoras si realmente son factor de convivencia y vida más humana. Si son lugares donde se promueve la solidaridad, la búsqueda de paz, la sana austeridad, la ayuda al necesitado, el diálogo; el perdón, la oración, la esperanza de vida eterna y tantos valores y actitudes que parecen olvidarse e la sociedad actual.

El compromiso por transformar la sociedad promoviendo en ella el Reino de Dios pertenece al mismo ser de la evangelización. Consiste en acoger y realizar bajo las condiciones de la historia lo que se anuncia y se espera en la consumación final: el Reino de Dios, reino de amor, justicia y fraternidad. Es hacer que el amor de ese Dios salvador pueda ser percibido en signos y obras reales.

Difícilmente se puede proclamar de manera creíble la Buena Nueva de Dios para la vida eterna sin que, de alguna manera, se pueda captar ya su contenido salvador en las condiciones limitadas y precarias de esta vida. Es imposible anunciar a un Padre bueno «a quien no vemos» y desentendernos del bien del hermano «a quien vemos».

4. *El anuncio explícito*

«El mensaje del Evangelio es ciertamente humanizador y saludable para todos. Pero no es éste el motivo decisivo de su anuncio. La evangelización no busca primariamente «recuperar el terreno perdido», sino responder fielmente a esta convicción: «Dios quiere darse a conocer a través de nosotros, que formamos su Iglesia»³⁶. Evangelizar es decir sí a este deseo y colaborar con Él»³⁷

No hay evangelización plena si no hay anuncio explícito del Reino de Dios. La evangelización no es muda. No puede reducirse a presencia testimonial silenciosa o compromiso transformador callado. Al «silencio de Dios» en la sociedad moderna no podemos responder con el silencio los que creemos en él.

El anuncio cristiano ha de estar orientado hoy de manera preferente a despertar la fe o a reavivarla. El anuncio ha de ayudar de diversas maneras a que afloren a la conciencia las cuestiones y aspiraciones más hondas del ser humano, despertar la sed de trascendencia y suscitar la relación personal con el Dios vivo.

— *Centrado en lo fundamental*

Aunque la presentación del mensaje y de la vida cristiana ha de tener siempre en cuenta la situación concreta de las personas, el anuncio se ha de centrar en el núcleo de la fe cristiana: Dios Creador y Padre, origen y destino último de la humanidad; Jesucristo, Hijo encarnado de Dios, muerto y resucitado por nuestra salvación; la Iglesia, cuerpo visible de Cristo, animada por la acción del Espíritu Santo y la moral fundamental del Reino.

— *En actitud dialogante*

El anuncio cristiano ha de brotar de una actitud amistosa y dialogante que sólo es posible cuando los creyentes sabemos compartir los problemas e interrogantes del hombre de hoy sin colocarnos secretamente al margen o por encima de los que no creen. Escuchar para compartir y comprender su punto de partida, si preguntas, sus críticas y su búsqueda.

5. *Evangelizar lo cotidiano*

«En medio de los actuales cambios la Iglesia tiene necesidad de la parroquia como lugar donde es posible comunicar y vivir el Evangelio dentro de la vida cotidiana»³⁸

En la investigación desarrollada por Andrés Tornos y Rosa Aparicio sobre ¿Quién es creyente en España hoy?³⁹

Se ponen de relieve unas constataciones interesantes:

* Las creencias personales apenas se manifiestan, se dejan ver o aparecen, en la vida cotidiana en contextos que no sean específicamente religiosos.

* No se considera normal y corriente que la fe baje a la vida diaria espontáneamente. Lo normal o sensato parece ser mantener separadas la vida diaria y las creencias religiosas.

* Las creencias se consideran algo íntimo, por lo que lo más apropiado parece callarlas al menos hasta que no exista un cierto nivel de intimidad en la relación.

* «Hacer ver la fe» en la vida diaria se considera signo de cierto fanatismo propio de sectas. No se considera de buen tono que aparezcan las creencias. No se comprende el «dejar ver la fe», sólo lo de «hacerla ver» lo que se interpreta como una pretensión de enseñar, «dar lecciones».

* Los espacios religiosos, en los que el creyente practica y manifiesta sus creencias se identifican como «cortes» en la vida cotidiana, no parte de ella.

* La tolerancia religiosa que se considera normal acepta que uno viva su fe en espacios acotados, pero hay una fuerte reticencia a hacerla visible fuera de ellos. Fuera de los contextos tipificados se tiene por inoportuno exteriorizar lo que uno cree.

* Se ve normal el ocultar -no dejar ver- las propias convicciones o creencias por respeto a los que no las comparten; «da corte» aparecer como creyente ante los que no lo son.

Precisamente por ese contexto nos parece hoy especialmente necesario *reevangelizar la vida cotidiana*. Porque a los ojos de muchos de nuestros contemporáneos hemos convertido la fe en algo casi superfluo, referido tan solo al ámbito específico de lo religioso y de las cuestiones últimas. Lo religioso no llega a interesar porque se percibe alejado de los asuntos cotidianos. La vida personal y comunitaria de los creyentes ha de manifestar que, en Jesús, se descubre con claridad que la experiencia de Dios tiene enormes consecuencias prácticas que afectan a toda la persona: es capaz de inspirar un estilo de vida radicalmente nuevo y una práctica solidaria eficaz. Para poder comunicarlo hemos de emplear *lenguajes comprensibles*,

tanto simbólicos como verbales. Tenemos que saber usar un lenguaje que, confesando con claridad lo que creemos, no resulte anacrónico, se refiera a experiencias normales de la vida y sea comprensible para la mayoría⁴⁰.

6. *El anuncio a los alejados*

Hemos de estar abiertos a cuantos están en proceso de búsqueda, para acogerlos y caminar con ellos. Tenemos que comenzar ayudando a reconstruir la experiencia religiosa desde lo más fundamental, acompañando en un proceso religioso que les lleve a la acogida gozosa y agradecida de Dios como experiencia decisiva desde donde todo cobra sentido, orientación y esperanza.

No se trata, pues, de un proceso de instrucción ni de enseñanza catequética, sino de suscitar las preguntas, proponer el Evangelio y crear las condiciones que ayuden a cada uno a escuchar la invitación personal de Dios, y que permitan ese encuentro salvador con Jesucristo.

Esto exige un tipo de relación donde la comprensión de cada situación personal, la escucha sincera de las dudas y prejuicios, el testimonio de la propia fe del evangelizador, la oración de búsqueda, la escucha directa de las palabras de Jesús en los evangelios, el análisis de la propia vida y el anuncio de un Dios gratuito y liberador, ocuparan el lugar más importante.

En esa nueva acción misionera de las comunidades no tienen sentido las leyes de los «grandes números»; no puede haber procesos ni programas preestablecidos, el ritmo y el contenido lo marcan las personas, sus actitudes, sus inquietudes y necesidades; se trabaja en las distancias cortas, en el tú a tú. Se trata de llegar a las personas concretas para transformar «desde dentro» con la fuerza del Evangelio. «*El contacto personal indispensable*» es el principal medio de evangelización misionera: «¿Hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otro la propia experiencia de fe?»⁴¹.

Hemos de aprender a comunicar nuestra experiencia personal, como los discípulos de Emaús, que «*contaron lo que les había sucedido por el camino*» (Lc 24,35). Lo más valioso consiste precisamente en referir con sencillez las experiencias de nuestra vida personal en las que hemos descubierto a Dios como alguien especialmente cercano.

Narrar nuestra experiencia de Dios es manifestar cómo vivimos su presencia en nuestras alegrías o en las penas, cómo recurrimos a Él en nuestras necesidades, cómo confiamos y esperamos en Él en la dificultad, cómo buscamos su luz en la oscuridad, cómo encontramos su paz en la zozobra.. o cómo nos inquieta su silencio. No debemos ocultar nuestras limitaciones, vacilaciones e incoherencias, si queremos ofrecer a los demás un servicio sincero. La fe no nos hace perfectos, ni impecables, pero sí nos exige ser humildes y sinceros.

Hemos de ir aprendiendo y experimentando poco a poco encuentros con personas en búsqueda donde sea posible una presentación explícita, sencilla, testimonial de la fe cristiana. No hemos de pensar en cosas complejas. Los primeros pasos serán modestos y se moverán, sobre todo, en el terreno del diálogo, la escucha sincera, el

testimonio y la narración de la propia fe. La experiencia de estos contactos nos enseñará a dar nuevos pasos de manera más sistemática.⁴²

Hoy no se nos pide sólo evangelizar de nuevo, sino evangelizar de otra manera. El ministerio del acompañamiento personal adquiere hoy un relieve extraordinario y puede resultar decisivo incluso para el encuentro de bastantes con la fe. Hay hombres y mujeres que tienen aptitudes especiales para esta tarea porque intuyen bien cada situación, empatizan fácilmente y tienen sensibilidad espiritual y sensatez. Es preciso, además, preparar a estos acompañantes para cumplir tal ministerio⁴³.

7. Acompañar la presencia y el compromiso laical en los ambientes

La secularidad de la Iglesia, entendida como su presencia en la historia humana de cada momento y de cada lugar, arranca de su vocación de ser signo eficaz de la acción transformadora de Dios en nuestro mundo. Y es que toda la Iglesia es secular en el sentido de que, nacida del plan de salvación de Dios, comparte la historia de Dios con la humanidad.

El Concilio Vaticano II nos urge a escuchar las voces que se elevan desde los diversos ámbitos de la existencia para acoger la verdad escondida en ellos y recuerda a la Iglesia *«cuánto tiene continuamente que madurar todavía en el cultivo de su relación con el mundo»*.⁴⁴

Desde la perspectiva de una Iglesia consciente de su secularidad es como mejor se comprenden la personalidad y la tarea propias del laicado, su peso específico en una Iglesia toda ella enviada al mundo: *«El carácter secular es propio y peculiar de los laicos (...), a quienes corresponde, por propia vocación, buscar el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios»*.⁴⁵ La inculturación y el diálogo de la Iglesia con el mundo ha de realizarse sobre todo por medio del laicado.

A los laicos corresponde hacer presente el anuncio evangélico con su palabra, con su testimonio y con su compromiso transformador en todos los problemas, especialmente los más candentes de la vida del mundo. La tarea primera e inmediata que corresponde al apostolado de los laicos es *«poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo»*.⁴⁶ Su servicio apostólico típico se realiza llevando la vida eclesial a la sociedad e introduciendo en la comunidad las cuestiones y preocupaciones del mundo. Esto ha de conducir a una nueva figura de la Iglesia que se caracterice por la corresponsabilidad y donde se escuche y se valore como propia la voz de todos los miembros del Pueblo de Dios.⁴⁷

Es necesario el reencuentro de la parroquia y las asociaciones de laicos (superando celos o antagonismos). Ambas tienen sus limitaciones y sus posibilidades evangelizadoras.

El modelo de la Acción Católica es adecuado para la parroquia porque:

- tiene la evangelización como nota característica;
- tiene presente su relación con el ministerio pastoral;
- atiende la presencia en los ambientes desde los movimientos especializados.

El dinamismo de los movimientos facilita la existencia de grupos apostólicos que sean auténticas comunidades de referencias cercanas y estables donde el laico pueda compartir y contrastar la experiencia de fe vivida en el compromiso cotidiano. Ofrecen espacios para animar la vivencia personal de la fe y acompañar la presencia y acción misionera en los ambientes.

Con su metodología estas asociaciones laicales pueden ayudar a sus miembros a:

- madurar en una adhesión personal a Cristo desde las experiencias compartidas;
- asumir el protagonismo y la corresponsabilidad en la misión;
- desarrollar su formación por la acción y para la misión;
- flexibilizar la creatividad evangelizadora adaptándose a la realidad;
- asumir el compromiso cívico-político en la vida social;
- ampliar la presencia pública de la Iglesia.

El Arciprestazgo puede ser una plataforma adecuada para la implantación y desarrollo de un asociacionismo laical vinculado a la acción pastoral de las parroquias.

8. Hacia un Proyecto misionero en la parroquia

Todo lo que venimos apuntando se debería plasmar en un proyecto misionero sencillo, pero concreto, de la parroquia. Es preciso implicar en su preparación, ejecución y evaluación a los diversos miembros grupos y servicios de la comunidad.

En el proyecto se concretarían: los destinatarios a quienes en concreto se siente enviada la comunidad; los objetivos y posibles acciones dirigidas especialmente a sectores alejados de ella; los signos del testimonio comunitario; la evangelización de los jóvenes; los compromisos de carácter humanizador en el entorno social de la parroquia; la solidaridad con los necesitados...

El Consejo Pastoral parroquial tiene un papel importante en la preparación y animación de ese proyecto. Siempre que tome conciencia de que no es simplemente un organismo para organizar mejor lo que ya se viene haciendo en la pastoral ordinaria, sino **un equipo que asume con convicción la tarea de ir despertando y animando la conciencia misionera de toda la comunidad parroquial.**

NOTAS

1. Cfr. Luis González-Carvajal. Los cristianos del siglo XXI. Sal Terrae. Santander 2000. pp 89-113
2. Cfr. Carta Pastoral «Vivir la experiencia de la fe»
3. Cfr P.J. Gómez Serrano «Jóvenes sin preguntas religiosas...» en «La Iglesia y los jóvenes a las puertas del siglo XXI» Verbo divino 2001
4. Novo millennio ineunte 31
5. Cfr. Renovar nuestras comunidades cristianas n.53
6. Cfr. Evangelizar en tiempos de increencia nn.89-90
7. Novo millennio ineunte 31
8. Al servicio de una fe más viva n.93
9. Cfr. La Casa de la Biblia. La Biblia en grupo. Doce itinerarios para una lectura creyente. Verbo Divino. Estella 1997
10. Andrés Tomos y Rosa Aparicio. ¿Quién es creyente en España hoy? PPC. Madrid 1995. p127
11. Cfr VV.AA. «Fe cristiana y opción personal» PPC. Madrid 2000, pp. J.A. Estrada ¿Cristianos por nacimiento o por opción? Dimensión personal y social de la fe.

12. Cfr. «Transmitir hoy la fe» na44 y 47
13. «La comunión eclesial, aun conservando siempre su dimensión universal, encuentra su expresión más visible e inmediata en la parroquia. Ella es la última localización de la Iglesia; es, en cierto sentido, la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas» (CH L 26a)
14. Novo millennio ineunte n.46
15. Cfr P.J.Gómez Serrano «Jóvenes sin preguntas religiosas en «La Iglesia y los jóvenes a las puertas del siglo XXI» Verbo divino 2001
16. Cfr. Pedro Escartin Celaya La misión de los laicos en la Iglesia y en la sociedad
17. Cfr Novo millennio ineunte n.46
18. CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA, «Il volto missionario delle parrocchie in un mondo che cambia»
19. Cfr.: Felicísimo Martínez Díez O.P. «El seguimiento de Jesús y la experiencia integral cristiana» El seguimiento de Jesús. Ed SM 2004
20. Cfr. «La Iglesia comunidad Evangelizadora» n. 18
21. «La parroquia no es principalmente una estructura, un territorio, un edificio, ella es la familia de Dios, como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad, es una casa de familia fraterna y acogedora, es la comunidad de los fieles. En definitiva la parroquia está fundada sobre una realidad teológica, porque es una comunidad eucarística. Esto significa que es una comunidad idónea para celebrar la Eucaristía, en la que se encuentra la raíz viva de su edificación y el vínculo sacramental de su existir en plena comunión con toda la Iglesia» (CHL 26b)
22. Cfr: Sacrosanctum Concilium 10, Lumen Gentium 11, Christus Dominus 30, Presbiterorum Ordinis 5.
23. «Hay que trabajar para que florezca el sentido comunitario parroquial, sobre todo en la celebración común de la Misa dominical» (80 42).
24. Sacrosanctum Concilium 2
25. Cfr Evangelizar en tiempos de increencia nn.94-96
26. Cfr. Novo millennio ineunte 49-50
27. Cfr. Dionisio Borobio. Los ministerios en la comunidad. CPL Barcelona 1999
28. Juan Pablo 11 El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial (23-11-2001)
29. Lumen Gentium n. 29
30. Novo millennio ineunte n. 46
31. Cristianos Laicos Iglesia en & Mundo n. 39 -
Ministerios y servicios laicales. Las Iglesias particulares y las parroquias animarán la disponibilidad de los laicos - hombres y mujeres-, que son la mayoría de la Iglesia y han de ejercer la mayor parte de los servicios y ministerios de la comunidad, para ejercer aquellos que les sean confiados, y que tienen su fundamento en el bautismo y la confirmación, y, para muchos además, en el matrimonio.
 Los obispos y los presbíteros reconocerán, promoverán y confiarán a los laicos, de acuerdo con las disposiciones vigentes, aquellos servicios y ministerios laicales que requiera la animación de las comunidades.
 Los obispos animarán a las Iglesias particulares a trazar un plan de sensibilización sobre la importancia y complementariedad del ministerio ordenado y de los ministerios y servicios laicales, para alentar la vida de la comunidad e impulsar su dinamismo evangelizador; orientarán las líneas de acción para determinar los ministerios y servicios necesarios y convenientes en cada caso, y facilitarán la adecuada preparación de los candidatos, su formación permanente y dedicación.
32. Gaudium et Spes n.11
33. Novo millennio ineunte n.40
34. Cfr. Evangelizar en tiempos de increencia nn. 58-71
35. Evangelii Nuntiandi 41
36. J KEZEL, *Annoncer l'Évangile aujourd'hui.*
37. Cfr. Renovar nuestras comunidades cristianas n.63.
38. Conferencia Episcopal Italiana. Il volto missionario delle parrocchie in un mondo che cambia. 2004
39. Cfr. Andrés Tornos y Rosa Aparicio ¿Quién es creyente en España hoy? PPC Madrid 1995
40. Cfr P.J.Clómez Serrano «Jóvenes sin preguntas religiosas...» en «La iglesia y los jóvenes a las puertas del siglo XXI» Verbo divino 2001
41. Evangelii nuntiandi 46
42. Cfr. Evangelizar en tiempos de increencia n. 92
43. Cfr. Renovar nuestras comunidades cristianas n. 72
44. Gaudium et Spes n.43
45. Cfr. Lumen Gentium n. 31
46. Evangelii nuntiandi 70
47. Cfr. Joaquín Perea. El laicado: un género de vida eclesial sin nombre. Desclée de De Brouwer. Bilbao 2001 pp.345-347

Delegación Diocesana de Misiones

ACTIVIDADES

SETEMBRO:

Preparación e envío da propaganda da campaña do DOMUND.

Día 30.- Presentación da Programación para este curso no Colexio da Purísima.

OUTUBRO:

Dende o día 16 ó 23 intentouse traballar na Animación Misioneira dun xeito especial, para eso contamos coa presenza de catro Misioneiros que recorreron Parroquias, Vilas, e Colexios, comunidades, grupos de Confirmación...

Día 22: Vixilia do Domund ás 20 H. na Parroquia da Nosa Señora de Fátima, preparada polo grupo de mozos e catequistas de propia Parroquia.

Día 23: Xornada do DOMUND: «Misión: Pan partido para o mundo». En tódalas parroquias e comunidades traballouse a fondo nesta animación e sensibilización que se traduciu na xenerosidade da xente.

Valoramos a presenza nos medios de Comunicación, tanto prensa, como radio e TV. Igualmente a presenza dos rapaces nas rúas, cos seus petos, guitarras, cantos que seguen sendo un testemuño de dispoñibilidade e xenerosidade

NOVIEMBRE:

Preparando a Navidade Misioneira:

Felicitación a tódolos Misioneiros mediante un CD, con mensaxe del Sr. Bispo, noticias de la Igrexa Diocesana (D. Jorge Estévez) noticias da provincia (Juan Maceiras) mensaxe do Delegado de Misións, o misioneiro Miguel Sotelo e outras persoas cercanas ós misioneiros, con música galega e vilancicos...

Envío de 5000 revistas de Gestos y 500 de Supergesto. É unha axuda fundamental para os profesores de Relixión e unha forma continuada de facer animación e formación misioneira.

DECEMBRO:

Día 3: Festa de San Francisco Xavier, Patrón das misións e apertura do seu V Centenario.

Sementadores de Estrelas.- Abre a campaña da Infancia Misioneira 2006. Os nenos saen á rúa poñer unha nota alegre e misioneira entre a xente. Poñer un pouco

de luz, sementar esperanza e transmitir alegría nun mundo no que pasamos onda os outros sen case mirarnos. Os nenos e nenas da Infancia Misioneira queren se-los seus sementadores. Os obxectivos desta campaña son:

- Celebra-lo Nadal como un momento especial para ser estrela, para saudar, para repartir sorrisos e para ilumina-las vidas dos demais.
- Felicita-lo Nadal á xente no nome dos misioneiros que son esperanza para as persoas con quen conviven.
- Sementar estrelas con alegría e desexar á xente que viva o Nadal como a gran luz que non morre nunca.

IGLESIA EN ESPAÑA

LXXXV ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

21 – 25 Noviembre - 2005

DISCURSO INAUGURAL DEL EXCMO. Y RVDMO. SR. D. RICARDO BLÁZQUEZ PÉREZ

Obispo de Bilbao Presidente de la Conferencia Episcopal Española

Queridos Hermanos en el Episcopado,
y Miembros de la Conferencia Episcopal Española,
Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico,
Señoras y Señores,

Al inaugurar nuestra Asamblea Plenaria del otoño, les saludo muy cordialmente a todos ustedes. Doy la bienvenida, en particular, a los Señores Cardenales, Arzobispos y Obispos. Estos días trabajaremos juntos, como siempre, en favor del bien de las Iglesias que nos han sido confiadas y, en definitiva, de toda la sociedad. Agradezco la presencia del Señor Nuncio Apostólico y saludo también a nuestros colaboradores de esta Casa de la Conferencia Episcopal, así como a los periodistas que nos acompañan con su trabajo.

Me es grato comenzar mis palabras con un recuerdo, lleno de afecto y de gratitud, a la figura del Siervo de Dios, el Papa Juan Pablo II. Es la primera vez que nos reunimos todos los obispos españoles después de su muerte el pasado día 2 de abril. No dudo que interpreto los sentimientos de todos los Hermanos al manifestar nuestra acción de gracias a Dios por el don que ha supuesto para la Iglesia Católica, para todos los creyentes en Cristo y para el mundo entero la persona de Juan Pablo II. Deseo recordar aquí las palabras con las que esta misma Asamblea Plenaria evocaba en 1999 la figura de este gran Papa, al dar gracias a Dios por los dones recibidos a lo largo del siglo XX y, en particular, «por la serie tan extraordinaria de los Papas del siglo XX». Decíamos entonces: «El incansable peregrinar de Juan Pablo II a lo largo y ancho del mundo, como heraldo de la fe y de la esperanza, ha hecho del Sucesor de Pedro una figura más cercana para millones de personas, católicos y no católicos, en particular para los jóvenes. Su anuncio de Jesucristo y su defensa de los derechos humanos, también en situaciones difíciles y conflictivas, han dado frutos concretos de paz y esperanza. Sus visitas a nuestras Iglesias de España son hitos señeros para la nueva evangelización de nuestro pueblo, confiada y vigorosa, que abre el horizonte de una nueva primavera de la Iglesia en el tercer milenio».¹ La despedida que la Iglesia y el mundo tributaron a Juan Pablo II el pasado mes de abril puso de relieve, de modo llamativo, la verdad de las palabras que acabo de recordar. Juan Pablo II sigue, sin duda, acompañándonos desde el cielo.

Entretanto, el Papa Benedicto XVI se ha ganado ya el corazón de jóvenes y mayores. La solemne y sencilla celebración inaugural de su Pontificado, la inolvidable Jornada Mundial de la Juventud en Colonia y, siempre, su palabra precisa, honda y espiritual están presentes en la mente de todos nosotros. Recordamos con gratitud el Mensaje que nos envió con motivo de la Peregrinación a Zaragoza, en el Año de la Inmaculada, el pasado día 19 de mayo. Una hermosa fotografía de Benedicto XVI preside desde hoy nuestra Asamblea, como signo de nuestra obediencia y comunión. Ya expresamos, inmediatamente después de comenzar el ministerio que Dios le confió, la satisfacción que nos produciría su visita a España; manifiesto ahora este mismo sentimiento en nombre de la Conferencia Episcopal.

I. El Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía

Desde el día 2 de octubre hasta el 23 tuvo lugar en Roma la XI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos. Fue inaugurada con una solemne Eucaristía presidida por el Papa Benedicto XVI, y con otra celebración eucarística fueron clausurados tanto el Sínodo como el Año de la Eucaristía, que había convocado el Papa Juan Pablo II.

Se han cumplido con gran satisfacción para los miembros del Sínodo, más de la mitad de los cuales participábamos por primera vez, las expectativas con que fue instituido oficialmente por Pablo VI con la promulgación del Motu Proprio *Apostolica sollicitudo* del 15 de septiembre de 1965. El Sínodo de los Obispos, permítanme que lo recuerde, es un organismo permanente con el que quiso responder el Papa al deseo de los padres conciliares para mantener vivo el espíritu de colegialidad, que había constituido una experiencia intensa durante la celebración del Concilio. Con palabras de Juan Pablo II, pronunciadas en un discurso al Consejo de la Secretaría General el día 30 de abril de 1983, el Sínodo, que germinó en la tierra fértil del Concilio, es expresión e instrumento de la colegialidad y poderoso factor de comunión.

La Asamblea recientemente concluida ha tratado sobre *La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia*. Un Sínodo no es un congreso de teólogos o pastoralistas, sino una asamblea de Obispos convocada por el Papa para ayudarle con su consejo en el gobierno pastoral de la Iglesia. La Asamblea sinodal ha trabajado, con el procedimiento verificado una vez más como fundamentalmente válido, en orden a ofrecer al Papa algunas propuestas para actualizar la pastoral eucarística de la Iglesia. Intentan ayudar a fomentar y profundizar el conocimiento, la celebración y la irradiación de la Eucaristía en la vida de la Iglesia extendida por el mundo. El Sínodo ha tocado el corazón de la Iglesia, la convocatoria principal de los fieles en el Día del Señor y la meta de la iniciación cristiana.

Ha sido una experiencia inolvidable de Iglesia en forma de comunión y de colegialidad. La fraternidad ministerial de los aproximadamente 250 Obispos procedentes de 118 países, presididos por el Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, junto con un grupo de religiosos y religiosas elegido por la Unión de

Superiores Mayores, era cotidianamente una vivencia gozosa. La presencia de los invitados de otras Iglesias y Comunidades eclesiales, los llamados «delegados fraternos», nos ha recordado la hermandad ya compartida y la plena unidad visible todavía esperada. La vida de la Iglesia, una y católica, con sus avances, incertidumbres y pruebas, con sus esperanzas y sufrimientos, se ha reflejado en el Sínodo como en un espejo. A pesar de que no hayan podido acudir a la invitación del Papa, los cuatro Obispos de China han estado significativamente presentes. Las intervenciones de los Obispos procedentes de Iglesias que han padecido o padecen todavía trabas y persecuciones han recibido el aplauso de la Asamblea como signo de comunión en el Señor, de gratitud por su testimonio y de apoyo en sus dificultades. Se ha recordado muchas veces que la Eucaristía es el memorial de la cruz y de la victoria de Jesucristo actualizado en el camino de las Iglesias.

Las *proposiciones*, elaboradas atendiendo a las sugerencias de los grupos («circuli menores»), y buscando en un esfuerzo sostenido la convergencia y la comunión entre los padres sinodales, son el precipitado principal del Sínodo; en ellas, redactadas con precisión y fidelidad al sentir común de la Asamblea, se condensa el consejo entregado al Papa, que había solicitado esta forma eclesialmente relevante de asesoramiento.

El Papa ha presidido personalmente muchas veces la Asamblea sinodal; ha hablado y ha escuchado mucho; al comienzo de los trabajos animó espiritualmente a los hermanos en el ministerio con una exhortación extraordinaria; en un tono de confianza y sencillez impartió una pequeña lección teológica sobre la conexión entre la última cena de Jesús y la índole sacrificial de la Eucaristía, que desde hace más de cuarenta años venía pensando. Ha hablado varias veces, como él mismo dijo, no sólo «a braccio», esto es sin papeles, sino también «di cuore», es decir cordialmente.

Las 50 proposiciones, que no son conclusiones académicas sino sedimento de múltiples aportaciones pastorales, poseen distinto alcance y tenor. El elenco se ha articulado en tres partes: La primera contiene algunos aspectos doctrinales para la educación en la fe eucarística del pueblo de Dios; las proposiciones de la segunda parte versan sobre la participación de los fieles cristianos en la celebración eucarística; y la tercera parte se ocupa de la misión de la Iglesia alimentada por la Eucaristía. El Sínodo ha querido contribuir a que se aprecie, se celebre y se viva mejor la Eucaristía. Quienes han asistido a la gestación de las proposiciones pueden advertir el horizonte que se abre con un inciso añadido en el proceso, y también las sugerencias importantes que por no haber conseguido el grado de acuerdo requerido quedaron en el camino. El elenco de las proposiciones, votadas una tras otra por cada padre sinodal, contiene el parecer compartido amplísimamente por la Asamblea en su preocupación apostólica por todas las Iglesias.

Deseo subrayar a continuación, desde mi perspectiva personal, algunos aspectos más salientes de las proposiciones.

El centro de las deliberaciones del Sínodo ha sido la Eucaristía, que es el sacramento del misterio pascual de Jesucristo. En la celebración eucarística Jesús

por su Espíritu nos introduce en la Pascua de la nueva alianza: pasamos de la muerte a la vida, de la esclavitud a la libertad, de la tristeza al gozo. La Eucaristía debe ser un acontecimiento pascual en la vida de los participantes. Unidos a Cristo podemos vencer el odio con el amor, la violencia con la paz, el egoísmo con la generosidad, la discordia con la reconciliación, la desesperanza con la esperanza, la indiferencia hacia los necesitados con la compasión y el compromiso transformador.

La adoración eucarística desde el principio y reiteradamente fue subrayada por el Sínodo; en diversos lugares ha conocido en los últimos años un nuevo florecer también entre los jóvenes. Bastantes congregaciones religiosas -entre ellas, la familia espiritual del Beato Carlos de Foucauld, beatificado ayer hizo ocho días- han unido íntimamente la adoración eucarística y el servicio a los pobres, pues el mismo Jesús que dijo: «Esto es mi cuerpo» (Mt 26,26), dijo también: «Lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40). El culto eucarístico fuera de la Misa se recomienda encarecidamente.

Donde se refleja con mayor incidencia la escasez de presbíteros, y consiguientemente la penuria vocacional, es en la celebración de la Eucaristía; por esto, muchas comunidades cristianas al reunirse el domingo no pueden celebrar la Eucaristía, echando de menos y esperando el presbítero que las presida. La Asamblea sinodal, por su mismo dinamismo interno, ha juzgado la hipótesis de ordenar a varones casados maduros en la fe, los llamados «viri probati», como un camino que no se debe recorrer. Ha reafirmado el «don inestimable del celibato» en la vida de la Iglesia latina y ha insistido en la pastoral de las vocaciones sacerdotales, con la convicción de que sin la fe intensa no se escucha la llamada del Señor. A lo largo de esta Asamblea Plenaria, cuando tratemos sobre el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal para los próximos años, tendremos probablemente la oportunidad de compartir al respecto experiencias, esperanzas y debilidades.

También podemos profundizar en esta misma Asamblea la proposición sinodal que se refiere al puesto de la familia en la iniciación cristiana de los niños. La familia es vital para los esposos y los hijos, para la Iglesia y la sociedad; sin familia la persona está como desarbolada y expuesta a la intemperie. Es llamativo que, por una parte, los estudios sociológicos pongan siempre de relieve el altísimo aprecio de la familia en nuestra sociedad y, por otra, no se correspondan los apoyos recibidos del Estado con esta estima tan alta y con aquella necesidad fundamental. El Encuentro Internacional de las Familias, que tendrá lugar en Valencia a comienzos del mes de julio del año próximo, nos brinda ocasión de profundizar en el sentido de la familia y de promover consecuentemente su defensa y cuidado.

La reforma litúrgica actuada a partir del Concilio Vaticano II, de la que se reconoce el influjo benéfico en la vida de la Iglesia, posee todavía potencialidades sin explotar; debe proseguir por tanto el esfuerzo por lograr unas celebraciones eucarísticas mejor participadas, más bellas y respetuosas del Misterio pascual del Señor, de cuya fiel administración somos ministros los sacerdotes.

La Eucaristía, ha recordado el Sínodo de los Obispos, debe impregnar la vida diaria de los cristianos, ser fuente de evangelización, fermento de amor y escuela de paz. Entre la Iglesia, la Eucaristía y la Caridad existe una recíproca compenetración. La Palabra de Dios es camino y el Cuerpo del Señor es fraternidad. La actuación moral y social de la Iglesia se nutre de la comunión con Jesucristo, presente en la Eucaristía y en los pobres. En conexión con esto, la tercera parte de las proposiciones enseña el lugar que deben ocupar los enfermos en la vida eucarística de las parroquias, la atención social a los inmigrantes en general y la hospitalidad pastoral de los inmigrantes cristianos, la atención a los encarcelados y la solidaridad con los pobres y empobrecidos.

La información sobre el Sínodo facilitada a los medios de comunicación ha sido muy abundante. El Director de la Oficina de Información de nuestra Conferencia Episcopal, junto con otras cuatro personas de los demás grupos lingüísticos, presididos por el Director de la «Sala Stampa» de la Santa Sede, han prestado a los «mass media» este servicio de mediación. Ha sido novedad de este Sínodo el que una vez aprobadas las proposiciones se hayan comunicado en la versión italiana a los informadores. Yo confío que de esta información se hayan podido beneficiar tantos hombres y mujeres interesados en el seguimiento del Sínodo.

Como fuimos designados por ustedes, señores Obispos, para participar en el Sínodo representando a la Conferencia Episcopal, me ha parecido oportuno compartir con todos algunas apreciaciones más relevantes. Para la elaboración del Plan de la Conferencia Episcopal Española probablemente nos pueden ayudar como guía y estímulo diversas perspectivas de la Asamblea sinodal clausurada hace un mes.

II. Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal

En efecto, durante estos días dedicaremos algún tiempo a la reflexión sobre un borrador de Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal para los próximos años. Dios mediante, el eje vertebrador del mismo será precisamente el misterio de la Eucaristía, fuente y cumbre, a la vez, de la vida de la Iglesia. Juan Pablo II, el promotor y alma del Jubileo de la Encarnación del año 2000, nos ha dejado en la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* como la quintaesencia de la experiencia vivida por la Iglesia en el gran acontecimiento jubilar: Cristo está vivo en su Iglesia de un modo eminente gracias al Sacramento de su Amor, la Eucaristía. De esa su presencia, tan misteriosa como real, brota la fuerza evangelizadora de la Iglesia, se alimenta la celebración de la salvación en los sacramentos y la vida litúrgica y toma aliento siempre renovado el servicio a la Humanidad, especialmente la más débil. Poner a la Eucaristía en el centro de nuestro Plan Pastoral será un modo de profundizar en los mejores frutos del Jubileo en estos primeros años del nuevo milenio. Porque será poner a Cristo mismo en el centro de la vida de la Iglesia; o mejor, dejar que de Él, que está en el centro de la comunidad cristiana, corra por todo el organismo la savia de la Palabra, del Servicio de Dios y del servicio a los hermanos. El Plan Pastoral habrá de ser sencillo y, al mismo tiempo, con el calado teológico y espiritual necesario para inspirar el trabajo de la Conferencia Episcopal y de sus organismos durante los próximos años.

El diálogo, en que se unen la verdad y el amor, como enseñó Pablo VI en la encíclica *Ecclesiam suam*, y el Concilio Vaticano II practicó como procedimiento pastoral, nos invita a proponer el Evangelio y su verdad amablemente. La acción pastoral de la Iglesia comporta diálogo y anuncio, respeto y «parresía» para proclamar el Evangelio con atrevimiento y sin miedos, escucha atenta del otro y tomar la palabra con claridad. Confiamos en que la verdad, que tiene en sí misma su esplendor, ilumine el corazón de las personas, ya que hemos sido creados por el Logos, como ha dicho bellamente el Papa Benedicto XVI; la verdad entra suavemente en el espíritu con la fuerza que le es inherente y propia. Para que se produzca este encuentro necesitamos actitud receptiva, ya que las interferencias, los ruidos y las precipitaciones nos dificultan la percepción y la asimilación sosegada.

No queremos actuar en nuestra acción pastoral como a rebufo de las cuestiones que otros introduzcan en la sociedad ni por reacción a las iniciativas del Gobierno, ya que la Iglesia tiene su programa en Jesucristo y su Evangelio presentes en la Iglesia. Queremos que cuando tengamos que decir «no», éste sea percibido como el reverso de un «sí» grande. El Evangelio de Jesús es ante todo anuncio de vida y plenitud y por ello es también denuncia de lo que extravía y confunde, malogra y degrada. El no al aborto es el sí a la vida incipiente y en gestación, el no a la eutanasia es el sí a la vida sumamente debilitada, el no a la violencia es el sí a la paz, el no a las rupturas matrimoniales es el sí a la fidelidad, el no a llamar matrimonio a la unión de dos personas del mismo sexo es el sí a la grandeza del matrimonio inscrita en la misma naturaleza humana.

El cristianismo, la Iglesia, tiene un programa específico de salvación y de promoción del hombre. ¿Qué ofrecemos nosotros a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, conviventes y compañeros de camino, que por otra parte ansían amor y esperanza? También los jóvenes con su propio lenguaje buscan referentes en personas y en orientaciones que les señalen por dónde y cómo recorrer el camino. Estamos persuadidos de que también hoy Jesús tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6,68).

III. Cuarenta aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II

El día 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, se cumplen cuarenta años de la solemne clausura del Concilio Vaticano II. Este gran acontecimiento, sin duda el mayor acontecimiento religioso del siglo XX, significó un poderosísimo impulso de renovación interna de la Iglesia (el «aggiornamento», de que habló Juan XXIII) y de cambio en las relaciones con las demás Iglesias cristianas, con las otras religiones y con la sociedad en general. El 28 de octubre fue conmemorada en Roma la promulgación de la Declaración *Nostra aetate* que marcó el inicio de la reconciliación entre cristianos y judíos; nosotros nos unimos ese día con un acto celebrado en la sede de la Conferencia Episcopal.

El Concilio Vaticano II continúa siendo con palabras de Juan Pablo II brújula de la Iglesia en nuestro tiempo. Ha sido punto de orientación durante los decenios pasados en la manera de afrontar la Iglesia los desafíos que se le vienen planteando,

particularmente cuando estamos inmersos en multitud de cambios rápidos y presumiblemente de alcance inusitado. El Concilio significó para la Iglesia un antes y un después.

Al cumplirse los 20 años de la terminación de la magna asamblea conciliar, el Papa Juan Pablo II convocó un Sínodo extraordinario para agradecer a Dios el don inestimable del Concilio, para hacer un balance de la responsabilidad que la Iglesia tiene contraída con él y para impulsarlo con renovada esperanza. Cuando estamos a punto de recordar el cuarenta aniversario de aquellas inolvidables efemérides, queremos también en esta Asamblea de la Conferencia Episcopal celebrar y reflexionar desde nuestro contexto preciso sobre lo que el Espíritu Santo dijo entonces a las Iglesias y continúa diciéndoles.

Con este fin, el próximo jueves por la tarde, Dios mediante, tendremos en este aula un espacio para el intercambio fraterno acerca de lo que el Concilio supuso, supone y ha de suponer todavía para nuestras Iglesias. Y luego, daremos gracias a Dios por el don del Concilio mediante una solemne Eucaristía concelebrada por todos los obispos en la Catedral de la Almudena; con el señor Cardenal Arzobispo de Madrid, invitamos a todos los fieles que deseen unirse a nosotros.

Una vez más nos será muy provechoso percatarnos de la intención profunda que imprimieron al Concilio los Papas que lo convocaron y presidieron, ya que nos ayuda a sintonizar nuestro espíritu con su longitud de onda.

Juan XXIII escribió en la Constitución *Humanae salutis*, el día 25 de diciembre de 1961, por la que convocaba el Concilio: «Lo que se pide hoy de la Iglesia es que infunda en las venas de la humanidad actual la fuerza perenne, vital y divina del Evangelio». La intención fundamental del Concilio fue la evangelización del mundo contemporáneo, es decir, cumplir con el conveniente *aggiornamento* la misión confiada por Jesús a la Iglesia.

Pablo VI en el discurso pronunciado el día 7 de diciembre de 1965, la víspera de la clausura del Concilio, resumió de esta manera el significado del itinerario recorrido: «La Iglesia ha tratado de reflexionar sobre sí misma para conocerse mejor, para definirse mejor y disponer, consiguientemente, sus sentimientos y preceptos. Esto es cierto. Pero la introspección no fue fin en sí misma... La Iglesia se ha recogido en su íntima conciencia espiritual... para hallar en sí misma, viviente y operante en el Espíritu Santo, la palabra de Cristo y sondear más a fondo el misterio, o sea, el designio y la presencia de Dios por encima de sí y dentro de sí y para reavivar en sí la fe, que es el secreto de su seguridad y de su sabiduría... El Concilio ha tenido vivo interés por el estudio del mundo contemporáneo. Tal vez nunca como en esta ocasión ha sentido la Iglesia la necesidad de conocer, de acercarse, de comprender, de penetrar, de servir, de evangelizar a la sociedad que la rodea». A la distancia de cuarenta años tenemos la oportunidad de apreciar mejor el acierto y el encargo contenidos en estas palabras, y también de percibir con realismo el desafío inmenso que nos plantean.

La intención evangelizadora del Concilio fue corroborada por Juan Pablo II en 1985: «Se puede decir con toda propiedad que (el Concilio Vaticano II) representa

el fundamento y la puesta en marcha de una gigantesca evangelización en el mundo moderno, llegado a una encrucijada nueva en la historia de la humanidad, en la que tareas de una gravedad y amplitud inmensa aguardan a la Iglesia».

En el discurso de apertura del segundo periodo conciliar, una vez tomadas las riendas del Vaticano II después de la muerte de Juan XXIII, se preguntó Pablo VI por el punto de partida, la ruta y la meta del «viaje» conciliar y respondió públicamente con unas palabras impresionantes, de idéntica actualidad entonces, hoy y siempre: «Cristo es nuestro principio; Cristo es nuestro guía y nuestro camino; Cristo es nuestra esperanza y nuestro fin... Que no brille sobre esta asamblea otra luz sino Cristo, luz del mundo; que ninguna otra verdad atraiga nuestras mentes fuera de las palabras del Señor, nuestro único Maestro; que ninguna otra aspiración nos anime si no es el deseo de serle absolutamente fieles; que ninguna otra confianza nos sostenga sino aquella que fortalece, mediante su palabra, nuestra frágil debilidad: «Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). ¡Ojalá en esta hora solemne podamos elevar a nuestro Señor Jesucristo una alabanza digna de El!». La fe en el Señor nos otorga serenidad esperanzada, magnanimidad para sostener con dignidad las pruebas, y renovación incesante de los esfuerzos por el Evangelio.

Al concluir estas palabras de evocación del Vaticano II quiero saludar desde aquí a los Obispos de nuestra Conferencia que participaron en el Concilio y gracias a Dios viven todavía.

IV. Algunas inquietudes y tareas

La Iglesia quiere continuar siendo en medio de nuestra sociedad fermento de solidaridad, concordia y esperanza. El Concilio Vaticano II, recibido por la Iglesia en España desde el principio con fidelidad y determinación, la capacitó para colaborar eficazmente, en medio de innumerables dificultades, prestando un buen servicio al periodo de nuestra historia que conocemos como la «transición». Estamos convencidos de que la sociedad necesita actualizar y profundizar las actitudes de aquella situación crucial para que sean respondidos adecuadamente los desafíos de nuestro tiempo, respetando la justicia y la solidaridad, la libertad y la unidad, la verdad histórica y las legítimas aspiraciones de un futuro mejor para todos. Aquellas actitudes de reconciliación, de curación de heridas, de empeño por construir entre todos una sociedad justa y respetuosa de las legítimas diferencias, culta y solidaria, tienen que tomar constantemente forma y cuerpo en acuerdos al servicio del bien común.

La familia es la célula primera de la sociedad; ésta será en gran medida lo que sea aquélla. La Conferencia Episcopal ha defendido a la familia y seguirá defendiéndola; hemos querido ayudar y estamos decididos a continuar prestando a la familia nuestra dedicación pastoral. Estamos convencidos de que la familia se constituye por el matrimonio, que es la unión estable de un varón y una mujer, contraída por amor, para la mutua complementariedad y para transmitir la vida. No conviene al bien de la sociedad lo que contribuya de una forma u otra al oscurecimiento o a la

«desinstitucionalización» del matrimonio. La Iglesia, iluminada por el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, acoge y promueve la voluntad original de Dios sobre el matrimonio, que está inscrita desde el principio en la misma condición humana (cf. Mc 10,6-9). La Iglesia quiere anunciar con palabras y hechos el Evangelio del amor y de la fidelidad, del perdón y de la paz, de la generosidad y de la esperanza sobre el matrimonio y la familia. Apreciamos la gracia inmensa de la familia y también nos hacemos cargo de las dificultades que la envuelven.

La Iglesia no busca sólo su bien y futuro; busca también el bien y el porvenir de la sociedad. Por ejemplo, no deseamos sólo -y lo deseamos hondamente- que en la Ley Orgánica de Educación, que se está tramitando en el Parlamento, sea reconocida adecuadamente la asignatura de religión católica, según el derecho que asiste a los padres de que sus hijos sean educados conforme a sus convicciones morales y religiosas; un derecho que la Constitución reconoce y que articulan los Acuerdos firmados entre la Santa Sede y el Estado Español; queremos también y en la medida de nuestras fuerzas nos comprometemos a que la educación, tan vital siempre, tan complicada actualmente y tan postrada en nuestra situación presente, sea mejorada, ya que en ella se decide en buena medida el presente y el futuro de nuestra sociedad, de todos nosotros. A tal fin es de importancia básica el reconocimiento justo y generoso de la libertad de enseñanza, tanto para que los padres puedan elegir, como para que la sociedad pueda llevar adelante sus iniciativas educativas con el sostenimiento de centros de enseñanza y la creación de aquellos que sean necesarios para responder a la justa demanda de los padres. Esperamos que sea posible todavía el pacto educativo que se solicita con tanta insistencia y con tanta razón desde casi todos los sectores de la sociedad y de la comunidad educativa.

En una de las anáforas eucarísticas podemos rezar: «Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido. Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando». Como la Iglesia es, según la enseñanza del Concilio, «signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (*Lumen gentium*, 1), sabemos que en su interior debe reflejarse un estilo de vida filial con Dios y fraternal entre los cristianos, y en medio del mundo debe ayudar a que la humanidad sea una familia. Cáritas con su multitud de obras que manifiestan la creatividad del amor; Manos Unidas con una trayectoria larga de sensibilización y apoyo a proyectos humanizadores en el Tercer Mundo; las Hijas de la Caridad, galardonadas recientemente con el premio Príncipe de Asturias a la Concordia; muchas congregaciones religiosas dedicadas al servicio de los enfermos, ancianos, pobres y marginados; numerosos misioneros que acreditan la palabra del Evangelio con admirables obras de promoción social; tantos voluntarios que colaboran sacrificadamente en innumerables iniciativas caritativas y sociales, como el Proyecto Hombre y la acogida a los inmigrantes, etc; todas estas realidades son rasgos que

pertenecen al rostro de la Iglesia. En la raíz de todas estas formas de vivir y de actuar está la fe en Jesucristo, que vino a servir y a entregar la vida, y la compasión del buen samaritano que se acerca a los heridos de la vida. ¡Cómo deseamos que cada uno de nosotros y la Iglesia entera seamos diariamente testigos fehacientes del Evangelio del amor, de la paz y de la esperanza!

Conclusión

El próximo día 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, terminará el Año de la Inmaculada, con el que hemos celebrado en España el CL Aniversario de la proclamación de este dogma mariano. La Inmaculada Concepción es, desde los tiempos del rey Carlos III, por decisión del Papa Clemente XIII, la Patrona de España. A ella, nuestra Madre, y a su Corazón Inmaculado, renovamos públicamente nuestra consagración en Zaragoza el pasado día 22 de mayo. Que ella guíe nuestros trabajos en estos días. Que ella bendiga con la paz de su Hijo a todas nuestras comunidades y a España entera.

NOTAS

1. LXX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, «*La fidelidad de Dios dura siempre*». *Mirada de fe al siglo XX*, nº 10, BOCEE 62 (1999).

DECLARACIÓN DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA EN APOYO A LA CAMPAÑA SOBRE LA DEUDA EXTERNA, PROMOVIDA POR LAS ORGANIZACIONES ECLESIALES MANOS UNIDAS, CÁRITAS, CONFER, JUSTICIA Y PAZ Y REDES.

Introducción

Con ocasión del Jubileo del año 2000, el Santo Padre pedía acciones concretas que mostrasen al mundo la voluntad de reconciliación de todos los cristianos y que sirviesen para que los más pobres tuviesen acceso a unas condiciones de vida digna. Con ese motivo, organizaciones de la Iglesia como Cáritas, Manos Unidas, CONFER, Justicia y Paz se unieron para promover, junto con otras organizaciones para el desarrollo, una campaña a favor de la condonación de la deuda de los países del Tercer Mundo que llevaba por título «Deuda Externa, ¿Deuda eterna?».

Cinco años después constatamos que, en este mundo globalizado en el que vivimos, la deuda total acumulada por los países subdesarrollados ha crecido ininterrumpidamente, a pesar del progresivo aumento de los pagos, y sus efectos son cada vez más evidentes en la acentuación de las desigualdades y la concentración de las riquezas. Podemos afirmar con dolor que «la deuda sigue siendo un ‘pesado lastre’ que compromete las economías de pueblos enteros, frenando su progreso social y político»¹; y es uno de los factores que repercute de manera más negativa en la vida de más de mil millones de personas e impide alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio propuestos por la comunidad internacional. En la raíz de estos males está ciertamente el pecado².

Este año de la Eucaristía, que acabamos de celebrar, nos impulsa a todos los cristianos a sensibilizarnos con los problemas de nuestros hermanos, en la medida en que profundizamos el Misterio de comunión y de amor que es la Eucaristía. Por eso los Obispos reunidos en el reciente Sínodo, juntamente con el Santo Padre Benedicto XVI, manifestaban: «Continuaremos participando activamente en el esfuerzo común para crear las condiciones duraderas de un progreso real para toda la familia humana, en el que a nadie falte el pan de cada día. (...) Los sufrimientos humanos no pueden ser extraños a la celebración del misterio eucarístico, que nos compromete a todos a trabajar por la justicia y la transformación del mundo de manera activa y consciente, a partir de la enseñanza social de la Iglesia, que promueve la centralidad y dignidad de la persona»³.

En fidelidad a Jesucristo

La Iglesia, fiel al Evangelio y al mandamiento del Señor, tiene una larga historia en compromisos a favor de los más pobres, algo de lo que da testimonio la comunidad cristiana, la vida y las obras de tantos creyentes en Jesucristo que han hecho y siguen haciendo de la misericordia y de la justicia social, el centro de su vida.

Continuando este dinamismo, propio de la caridad cristiana y del compromiso solidario que conlleva, la Iglesia se siente interpelada por ese grave problema que experimentan los países más pobres para lograr el desarrollo integral de sus ciuda-

danos. No podemos permanecer indiferentes ante el sufrimiento de tantas personas, que incluso ven amenazada su propia vida debido a las situaciones que resultan del mantenimiento y el apremio de pago de esa deuda externa contraída por los gobernantes de su país.

El Papa Juan Pablo II, de feliz memoria, insistió en varias ocasiones en la urgencia de condonar total o parcialmente la deuda externa, como un acto de justicia, puesto que son los pobres los que más sufren a causa de la indeterminación y el retraso de las medidas que puedan liberarlos de esa carga⁴. Y propuso la necesidad de crear una nueva *cultura de la solidaridad*⁵, una de cuyas acciones, ya emprendidas y apoyadas por la Iglesia, es el objetivo del Milenio, consistente en reducir a la mitad el número de personas que vive en la pobreza para el año 2015⁶.

Apoyo a la campaña « Sin duda. Sin deuda. Nuestro compromiso con los Objetivos del Milenio nos lo exige».

En coherencia con este planteamiento y ante la situación de desamparo y de pobreza creciente, en la que se instalan los países más pobres del Tercer Mundo, las organizaciones de la Iglesia Católica que promovieron la anterior campaña de la condonación de la Deuda han planteado una nueva campaña con el fin de sensibilizar a la opinión pública del grave problema y pedir a los Gobiernos un compromiso más decidido.

Hoy, día 25 de noviembre, se hace pública, en nuestro país, la campaña «*Sin duda. Sin deuda. Nuestro compromiso con los Objetivos del Milenio nos lo exige*», promovida por Manos Unidas, Cáritas, CONFER, Justicia y Paz y REDES⁷, con el apoyo de numerosas comunidades cristianas y de otras organizaciones e instituciones. Deseamos hacer público de nuevo el apoyo de la Conferencia Episcopal Española a esta campaña.

Consideramos nuestro deber pronunciarnos, una vez más, solicitando medidas para eliminar la deuda, dado que la condonación de la misma, tanto de forma total como parcial, es una condición previa para que los países más pobres puedan luchar eficazmente contra la miseria y la pobreza.

Seguimos creyendo que es urgente convertir la obligación de pago en inversión, en programas y proyectos de desarrollo integral: humano, cultural, espiritual, sanitario, agrícola, educativo y promoción de la mujer, entre otros.

Se impone hoy, con más urgencia que en el pasado, la necesidad de *cultivar la conciencia de valores morales universales*, para afrontar los problemas del presente, cuya nota común es la dimensión planetaria que van asumiendo⁸. Lo pedimos en nombre de la justicia y de la solidaridad que une a todos los seres humanos y a todos los pueblos creados por un mismo y único Dios, a su imagen y semejanza y con idéntica dignidad.

Llamamiento a las autoridades y a las comunidades cristianas

Elogiamos y estimulamos los pasos que han comenzado a darse para la condonación total o parcial de la deuda externa entre los países acreedores.

Seguimos insistiendo «en el llamamiento a las Autoridades de nuestro país y a los responsables de las instituciones financieras. Les pedimos que pongan en práctica medidas, objetivamente generosas, que den como resultado, no aparente ni ficticio, el levantamiento del peso de la deuda externa»⁹. Hay que evitar que esta condonación, total o parcial, revierta en la compra de armamento o en beneficio económico de los gobernantes de los países destinatarios o sea utilizada en obras socialmente innecesarias que persiguen exclusivamente el prestigio y el afianzamiento de estos gobiernos o vayan destinadas a acciones contrarias al orden moral como campañas contra la natalidad; al mismo tiempo habrá que garantizar y controlar su empleo en servicio de la comunidad, especialmente de sus capas económicamente menos favorecidas¹⁰. La cooperación «debe expresar un compromiso concreto y tangible de solidaridad, de tal modo que haga de los pobres protagonistas de su desarrollo»¹¹

Alentamos a quienes hacen esfuerzos generosos a favor de los más pobres: misioneros que consagran sus vidas a caminar codo a codo con ellos compartiendo sus gozos y sus penas; profesionales y empresarios que dedican parte de su tiempo y de sus bienes a trabajar en proyectos de desarrollo; jóvenes y personas de buena voluntad que preocupados por la suerte de los hermanos del Tercer Mundo dedican parte de su vida a trabajar en organizaciones que favorecen el verdadero desarrollo. Y pedimos a todos los católicos que «pongamos en práctica la manera de hacer de Jesús, que dio de comer a las muchedumbres hambrientas con los panes y peces de la bendición»¹², que adoptemos comportamientos de vida sobria, nos comprometamos a favor de los hermanos más necesitados y que nos unamos a los esfuerzos de la campaña que acaba de iniciarse.

Madrid, 25 de noviembre 2005

NOTAS

1. Juan Pablo II. *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1998*.
2. Cf. Juan Pablo II. *Encíclica Sollicitudo rei socialis*, 36
3. *Mensaje Final* «La Eucaristía, pan vivo para la paz del mundo», de la XI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (22-X-2005), 5 y 17.
4. Alocución del 23 de septiembre de 1999 a los impulsores de la campaña Jubileo 2000; cf. Llamamiento del Presidente del Consejo Pontificio justicia y paz, Cardenal R. Etchegaray, 18 septiembre 1997
5. Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2000*, 17.
6. Cf. Juan Pablo II. *Pobreza y globalización*, Mensaje al cardenal Renato Raffaele Martino, Presidente del Pontificio Consejo «Justicia y Paz», 5 de julio de 2004.
7. Red de ONGD de las Congregaciones Religiosas que tienen por objetivo la educación, el desarrollo y la solidaridad con el Tercer Mundo
8. Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2000*, 18
9. Conferencia Episcopal Española, *Declaración acerca de la condonación de la Deuda Externa* (26 noviembre de 1999)
10. *Ibid.*
11. Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2000*, 17
12. Conferencia Episcopal Española. LXXXIII Asamblea Plenaria. *La caridad de Cristo nos apremia*, 12 (2005)

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE

ÁNGELUS

Martes 1 de noviembre de 2005
Solemnidad de Todos los Santos

Queridos hermanos y hermanas:

Celebramos hoy la solemnidad de Todos los Santos, que nos hace gustar la alegría de formar parte de la gran familia de los amigos de Dios o, como escribe san Pablo, de «participar en la herencia de los santos en la luz» (*Col 1, 12*). La liturgia vuelve a proponer la expresión, llena de asombro, del apóstol san Juan: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (*1 Jn 3, 1*). Sí, ser santos significa realizar plenamente lo que ya somos en cuanto elevados, en Cristo Jesús, a la dignidad de hijos adoptivos de Dios (cf. *Ef 1, 5; Rm 8, 14-17*). Con la encarnación del Hijo, con su muerte y resurrección, Dios quiso reconciliar consigo a la humanidad y hacerle partícipe de su misma vida. Quien cree en Cristo, Hijo de Dios, renace «de lo alto», es regenerado por obra del Espíritu Santo (cf. *Jn 3, 1-8*). Este misterio se realiza en el sacramento del bautismo, mediante el cual la madre Iglesia da a luz a los «santos».

La vida nueva, recibida en el bautismo, no está sometida a la corrupción y al poder de la muerte. Para quien vive en Cristo, la muerte es el paso de la peregrinación terrena a la patria del cielo, donde el Padre acoge a todos sus hijos, «de toda nación, raza, pueblo y lengua», como leemos hoy en el libro del Apocalipsis (*Ap 7, 9*). Por eso, es muy significativo y apropiado que, después de la fiesta de Todos los Santos, la liturgia nos haga celebrar mañana la conmemoración de todos los Fieles Difuntos. La «comunión de los santos», que profesamos en el Credo, es una realidad que se construye aquí en la tierra, pero que se manifestará plenamente cuando veamos a Dios «tal cual es» (*1 Jn 3, 2*). Es la realidad de una familia unida por profundos vínculos de solidaridad espiritual, que une a los fieles difuntos a cuantos son peregrinos en el mundo. Un vínculo misterioso pero real, alimentado por la oración y la participación en el sacramento de la Eucaristía. En el Cuerpo místico de Cristo las almas de los fieles se encuentran, superando la barrera de la muerte, oran unas por otras y realizan en la caridad un íntimo intercambio de dones. En esta dimensión de fe se comprende también la práctica de ofrecer por los difuntos oraciones de sufragio, de modo especial el sacrificio eucarístico, memorial de la Pascua de Cristo, que abrió a los creyentes el paso a la vida eterna.

Uniéndome espiritualmente a cuantos van a los cementerios para rezar por sus difuntos, también yo, mañana por la tarde, acudiré a orar a la cripta vaticana, ante las tumbas de los Papas, que forman una corona en torno al sepulcro del apóstol san

Pedro, y recordaré de modo especial al amado Juan Pablo II. Queridos amigos, ojalá que la tradicional visita de estos días a las tumbas de nuestros difuntos sea una ocasión para pensar sin temor en el misterio de la muerte y mantener la incesante vigilancia que nos prepara para afrontarlo con serenidad. Que en esto nos ayude la Virgen María, Reina de los santos, a la que ahora nos dirigimos con confianza filial.

ÁNGELUS

Domingo 6 de noviembre de 2005

El 18 de noviembre de 1965 el concilio ecuménico Vaticano II aprobó la Constitución Dogmática *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, que constituye uno de los pilares de todo el edificio conciliar. Este documento trata de la Revelación y de su transmisión, de la inspiración y de la interpretación de la sagrada Escritura y de su importancia fundamental para la vida de la Iglesia.

Recogiendo los frutos de la renovación teológica precedente, el Vaticano II pone en el centro a Cristo, presentándolo como «mediador y plenitud de toda la Revelación» (n. 2). En efecto, el Señor Jesús, Verbo hecho carne, muerto y resucitado, realizó la obra de salvación, por medio de gestos y palabras, y manifestó plenamente el rostro y la voluntad de Dios, de modo que hasta su vuelta gloriosa no se debe esperar ninguna nueva revelación pública (cf. n. 3). Los Apóstoles y sus sucesores, los obispos, son los depositarios del mensaje que Cristo encomendó a su Iglesia, para que se transmitiera íntegro a todas las generaciones. La sagrada Escritura del Antiguo y el Nuevo Testamento y la sagrada Tradición contienen este mensaje, cuya comprensión progresa en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo. Esta misma Tradición permite conocer el canon íntegro de los Libros sagrados y hace que se comprendan correctamente y sean operantes; así, Dios, que habló a los patriarcas y a los profetas, no cesa de hablar a la Iglesia y, por medio de ella, al mundo (cf. n. 8).

La Iglesia no vive de sí misma, sino del Evangelio; y en su camino se orienta siempre según el Evangelio. La Constitución conciliar *Dei Verbum* ha dado un fuerte impulso a la valoración de la palabra de Dios; de allí ha derivado una profunda renovación de la vida de la comunidad eclesial, sobre todo en la predicación, en la catequesis, en la teología, en la espiritualidad y en las relaciones ecuménicas. En efecto, la palabra de Dios, por la acción del Espíritu Santo, guía a los creyentes hacia la plenitud de la verdad (cf. *Jn* 16, 13). Entre los múltiples frutos de esta primavera bíblica me complace mencionar la difusión de la antigua práctica de la *lectio divina*, o «lectura espiritual» de la sagrada Escritura. Consiste en reflexionar largo tiempo sobre un texto bíblico, leyéndolo y releyéndolo, casi «rumiándolo», como dicen los Padres, y exprimiendo, por decirlo así, todo su «jugo», para que alimente la

meditación y la contemplación y llegue a regar como linfa la vida concreta. Para la *lectio divina* es necesario que la mente y el corazón estén iluminados por el Espíritu Santo, es decir, por el mismo que inspiró las Escrituras; por eso, es preciso ponerse en actitud de «escucha devota».

Esta es la actitud típica de María santísima, como lo muestra emblemáticamente el icono de la Anunciación: la Virgen acoge al Mensajero celestial mientras medita en las sagradas Escrituras, representadas generalmente por un libro que María tiene en sus manos, en su regazo o sobre un atril. Esta es también la imagen de la Iglesia que ofrece el mismo Concilio en la Constitución *Dei Verbum*: «Escucha con devoción la palabra de Dios...» (n. 1). Oremos para que, como María, la Iglesia sea dócil esclava de la Palabra divina y la proclame siempre con firme confianza, de modo que «todo el mundo, (...) oyendo crea, creyendo espere y esperando ame» (*ib.*).

ÁNGELUS

Domingo 13 de noviembre de 2005

Queridos hermanos y hermanas:

Esta mañana, en la basílica de San Pedro, han sido proclamados beatos los siervos de Dios Carlos de Foucauld, presbítero; María Pía Mastena, fundadora de las Religiosas de la Santa Faz; y María Crucificada Curcio, fundadora de la congregación de las Religiosas Carmelitas Misioneras de Santa Teresa del Niño Jesús. Se suman a la numerosa multitud de beatos que, durante el pontificado de Juan Pablo II, fueron propuestos a la veneración de las comunidades eclesiales en las que vivieron, con la certeza de lo que el concilio ecuménico Vaticano II subrayó con fuerza, es decir, que todos los bautizados están llamados a la perfección de la vida cristiana: sacerdotes, religiosos y laicos, cada uno según su carisma y su vocación específica.

En efecto, el Concilio prestó gran atención al papel de los fieles laicos, dedicándoles todo un capítulo —el cuarto— de la Constitución *Lumen gentium* sobre la Iglesia, para definir su vocación y su misión, enraizadas en el bautismo y en la confirmación, y orientadas a «buscar el reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios» (n. 31). El 18 de noviembre de 1965, los padres aprobaron un decreto específico sobre el apostolado de los laicos, *Apostolicam actuositatem*. En él se subraya, ante todo, que «la fecundidad del apostolado de los laicos depende de su unión vital con Cristo» (n. 4), es decir, de una sólida espiritualidad, alimentada por la participación activa en la liturgia y expresada en el estilo de las bienaventuranzas evangélicas.

Además, para los laicos son de gran importancia la competencia profesional, el sentido de la familia, el sentido cívico y las virtudes sociales. Aunque es verdad que están llamados individualmente a dar su testimonio personal, particularmente valio-

so allí donde la libertad de la Iglesia encuentra obstáculos, sin embargo, el Concilio insiste en la importancia del apostolado organizado, necesario para influir en la mentalidad general, en las condiciones sociales y en las instituciones (cf. *ib.*, 18). A este respecto, los padres impulsaron las múltiples asociaciones de laicos, insistiendo también en su formación para el apostolado. Al tema de la vocación y la misión de los laicos el amado Papa Juan Pablo II quiso dedicar la Asamblea sinodal de 1987, tras la cual se publicó la Exhortación Apostólica *Christifideles laici*.

Antes de concluir, quisiera recordar que el pasado domingo, en la catedral de Vicenza, fue beatificada una madre de familia, Eurosia Fabris, llamada «mamá Rosa», modelo de vida cristiana en su estado laical. A todos los que ya están en la patria celestial, a todos nuestros santos y, en primer lugar, a María santísima y a su esposo san José, les encomendamos todo el pueblo de Dios, para que crezca en cada bautizado la conciencia de estar llamado a trabajar con tesón y con fruto en la viña del Señor.

ÁNGELUS

20 de noviembre de 2005
Solemnidad de Cristo Rey

¡Queridos hermanos y hermanas!

Hoy, último domingo del año litúrgico, se celebra la solemnidad de Cristo Rey del universo. Desde el anuncio de su nacimiento, el Hijo unigénito del Padre, nacido de la Virgen María, es definido «rey», en el sentido mesiánico, es decir, heredero del trono de David, según las promesas de los profetas sobre un reino que no tendrá fin (Cf. Lucas 1, 32-33). La realeza de Cristo quedó totalmente escondida hasta sus treinta años, pasados en una existencia ordinaria en Nazaret. Después, durante la vida pública, Jesús inauguró el nuevo Reino, que «no es de este mundo» (Juan 18, 36), y lo realizó plenamente al final con su muerte y resurrección. Al aparecerse, resucitado, a los apóstoles, les dijo: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mateo 28, 18): este poder surge del amor, que Dios ha manifestado plenamente en el sacrificio de su Hijo. El Reino de Cristo es don ofrecido a los hombres de todo tiempo para que quien crea en el Verbo encarnado «no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3, 16). Por este motivo, precisamente en el último libro de la Biblia, el Apocalipsis, proclama: «Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin» (22, 13).

«Cristo, alfa y omega», así se titula el párrafo con el que se concluye la primera parte de la Constitución Pastoral «*Gaudium et spes*» del Concilio Vaticano II, promulgada hace cuarenta años. En esa bella página, que retoma algunas palabras del

siervo de Dios, el Papa Pablo VI, leemos: «El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones». Y añade: «Vivificados y reunidos en su Espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, la cual coincide plenamente con su amoroso designio: «Restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra» (Efesios 1, 10)» (número 45). A la luz de la centralidad de Cristo, la «*Gaudium et spes*» interpreta la condición del hombre contemporáneo, su vocación y dignidad, al igual que los ámbitos de su vida: la familia, la cultura, la economía, la política, la comunidad internacional. Ésta es la misión de la Iglesia ayer, hoy y siempre: anunciar y testimoniar a Cristo, para que el hombre, cada hombre, pueda realizar plenamente su vocación.

Que la Virgen maría, asociada por Dios de manera singular a la realeza de su Hijo, nos permita reconocerlo como Señor de nuestra vida para cooperar fielmente en la venida de su Reino de amor, de justicia y de paz.

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 2 de noviembre de 2005

Felicidad del justo

1. Después de celebrar ayer la solemne fiesta de Todos los Santos del cielo, hoy conmemoramos a todos los Fieles Difuntos. La liturgia nos invita a orar por nuestros seres queridos que han fallecido, dirigiendo nuestro pensamiento al misterio de la muerte, herencia común de todos los hombres.

Iluminados por la fe, contemplamos el enigma humano de la muerte con serenidad y esperanza. Según la Escritura, más que un final, es un nuevo nacimiento, es el paso obligado a través del cual pueden llegar a la vida plena los que conforman su vida terrena según las indicaciones de la palabra de Dios.

El salmo 111, composición de índole sapiencial, nos presenta la figura de estos justos, los cuales temen al Señor, reconocen su trascendencia y se adhieren con confianza y amor a su voluntad a la espera de encontrarse con él después de la muerte.

A esos fieles está reservada una «bienaventuranza»: «Dichoso el que teme al Señor» (v. 1). El salmista precisa inmediatamente en qué consiste ese temor: se manifiesta en la docilidad a los mandamientos de Dios. Llama dichoso a aquel que «ama de corazón sus mandatos» y los cumple, hallando en ellos alegría y paz.

2. La docilidad a Dios es, por tanto, raíz de esperanza y armonía interior y exterior. El cumplimiento de la ley moral es fuente de profunda paz de la conciencia. Más aún, según la visión bíblica de la «retribución», sobre el justo se extiende el manto de la bendición divina, que da estabilidad y éxito a sus obras y a las de sus descendientes: «Su linaje será poderoso en la tierra, la descendencia del justo será bendita. En su casa habrá riquezas y abundancia» (vv. 2-3; cf. v. 9). Ciertamente, a esta visión optimista se oponen las observaciones amargas del justo Job, que experimenta el misterio del dolor, se siente injustamente castigado y sometido a pruebas aparentemente sin sentido. Job representa a muchas personas justas, que sufren duras pruebas en el mundo. Así pues, conviene leer este salmo en el contexto global de la sagrada Escritura, hasta la cruz y la resurrección del Señor. La Revelación abarca la realidad de la vida humana en todos sus aspectos.

Con todo, sigue siendo válida la confianza que el salmista quiere transmitir y hacer experimentar a quienes han escogido seguir el camino de una conducta moral intachable, contra cualquier alternativa de éxito ilusorio obtenido mediante la injusticia y la inmoralidad.

3. El centro de esta fidelidad a la palabra divina consiste en una opción fundamental, es decir, la caridad con los pobres y necesitados: «Dichoso el que se apiada y presta (...). Reparte limosna a los pobres» (vv. 5. 9). Por consiguiente, el fiel es generoso: respetando la norma bíblica, concede préstamos a los hermanos que pasan necesidad, sin intereses (cf. *Dt* 15, 7-11) y sin caer en la infamia de la usura, que arruina la vida de los pobres.

El justo, acogiendo la advertencia constante de los profetas, se pone de parte de los marginados y los sostiene con ayudas abundantes. «Reparte limosna a los pobres», se dice en el versículo 9, expresando así una admirable generosidad, completamente desinteresada.

4. El salmo 111, juntamente con el retrato del hombre fiel y caritativo, «justo, clemente y compasivo», presenta al final, en un solo versículo (cf. v. 10), también el perfil del malvado. Este individuo asiste al éxito del justo recomiéndose de rabia y envidia. Es el tormento de quien tiene una mala conciencia, a diferencia del hombre generoso cuyo «corazón está firme» y «seguro» (vv. 7-8).

Nosotros fijamos nuestra mirada en el rostro sereno del hombre fiel, que «reparte limosna a los pobres» y, para nuestra reflexión conclusiva, acudimos a las palabras de Clemente Alejandrino, el Padre de la Iglesia del siglo II, que comenta una afirmación difícil del Señor. En la parábola sobre el administrador injusto aparece la expresión según la cual debemos hacer el bien con «dinero injusto».

Aquí surge la pregunta: el dinero, la riqueza, ¿son de por sí injustos? o ¿qué quiere decir el Señor? Clemente Alejandrino lo explica muy bien en su homilía titulada «¿Cuál rico se salvará?» Y dice: Jesús «declara injusta por naturaleza cualquier posesión que uno conserva para sí mismo como bien propio y no la pone al servicio de los necesitados; pero declara también que partiendo de esta injusticia se puede realizar una obra justa y saludable, ayudando a alguno de los pequeños que tienen una morada eterna junto al Padre (cf. *Mt* 10, 42; 18, 10)» (31, 6: *Collana di Testi Patristici*, CXLVIII, Roma 1999, pp. 56-57).

Y, dirigiéndose al lector, Clemente añade: «Mira, en primer lugar, que no te ha mandado esperar a que te rueguen o te supliquen, te pide que busques tú mismo a los que son dignos de ser escuchados, en cuanto discípulos del Salvador» (31, 7: *ib.*, p. 57).

Luego, recurriendo a otro texto bíblico, comenta: «Así pues, es hermosa la afirmación del Apóstol: «Dios ama a quien da con alegría» (2 *Co* 9, 7), a quien goza dando y no siembra con mezquindad, para no recoger del mismo modo, sino que comparte sin tristeza, sin hacer distinciones y sin dolor; esto es auténticamente hacer el bien» (31, 8: *ib.*).

En el día de la conmemoración de los difuntos, como dije al principio, todos estamos llamados a confrontarnos con el enigma de la muerte y, por tanto, con la cuestión de cómo vivir bien, cómo encontrar la felicidad. Y este salmo responde: dichoso el hombre que da; dichoso el hombre que no utiliza la vida para sí mismo, sino que da; dichoso el hombre que es «justo, clemente y compasivo»; dichoso el hombre que vive amando a Dios y al prójimo. Así vivimos bien y así no debemos tener miedo a la muerte, porque tenemos la felicidad que viene de Dios y que dura para siempre.

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 9 de noviembre de 2005

Himno pascual

1. Ha sido llamado «el gran Hallel», es decir, la alabanza solemne y grandiosa que el judaísmo entonaba durante la liturgia pascual. Hablamos del salmo 135, cuya primera parte acabamos de escuchar, según la división propuesta por la *liturgia de las Vísperas* (cf. vv. 1-9).

Reflexionemos ante todo en el estribillo: «Es eterna su misericordia». En esa frase destaca la palabra «misericordia», que en realidad es una traducción legítima, pero limitada, del vocablo originario hebreo *hesed*. En efecto, este vocablo forma parte del lenguaje característico que usa la Biblia para hablar de la relación que existe entre Dios y su pueblo. El término trata de definir las actitudes que se establecen dentro de esa relación: la fidelidad, la lealtad, el amor y, evidentemente, la misericordia de Dios.

Aquí tenemos la representación sintética del vínculo profundo e interpersonal que instaura el Creador con su criatura. Dentro de esa relación, Dios no aparece en la Biblia como un Señor impasible e implacable, ni como un ser oscuro e indescifrable, semejante al hado, contra cuya fuerza misteriosa es inútil luchar. Al contrario, él se manifiesta como una persona que ama a sus criaturas, vela por ellas, las sigue en el camino de la historia y sufre por las infidelidades que a menudo el pueblo opone a su *hesed*, a su amor misericordioso y paterno.

2. El primer signo visible de esta caridad divina —dice el salmista— ha de buscarse en la creación. Luego entrará en escena la historia. La mirada, llena de admiración y asombro, se detiene ante todo en la creación: los cielos, la tierra, las aguas, el sol, la luna y las estrellas.

Antes de descubrir al Dios que se revela en la historia de un pueblo, hay una revelación cósmica, al alcance de todos, ofrecida a toda la humanidad por el único Creador, «Dios de los dioses» y «Señor de los señores» (vv. 2-3).

Como había cantado el salmo 18, «el cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregonando la obra de sus manos: el día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra» (vv. 2-3). Así pues, existe un mensaje divino, grabado secretamente en la creación y signo del *hesed*, de la fidelidad amorosa de Dios, que da a sus criaturas el ser y la vida, el agua y el alimento, la luz y el tiempo.

Hay que tener ojos limpios para captar esta revelación divina, recordando lo que dice el *libro de la Sabiduría*: «De la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor» (*Sb* 13, 5; cf. *Rm* 1, 20). Así, la alabanza orante brota de la contemplación de las «maravillas» de Dios (cf. *Sal* 135, 4), expuestas en la creación, y se transforma en gozoso himno de alabanza y acción de gracias al Señor.

3. Por consiguiente, de las obras creadas se asciende hasta la grandeza de Dios, hasta su misericordia amorosa. Es lo que nos enseñan los Padres de la Iglesia, en cuya voz resuena la constante *Tradición* cristiana.

Así, san Basilio Magno, en una de las páginas iniciales de su primera homilía sobre el *Exameron*, en la que comenta el relato de la creación según el capítulo primero del libro del *Génesis*, se detiene a considerar la acción sabia de Dios, y llega a reconocer en la bondad divina el centro propulsor de la creación. He aquí algunas expresiones tomadas de la larga reflexión del santo obispo de Cesarea de Capadocia:

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra». Mi palabra se rinde abrumada por el asombro ante este pensamiento» (1, 2, 1: *Sulla Genesi*, en *Omellie sull'Esamerone*, Milán 1990, pp. 9. 11). En efecto, aunque algunos, «engañados por el ateísmo que llevaban en su interior, imaginaron que el universo no tenía guía ni orden, como si estuviera gobernado por la casualidad», el escritor sagrado «en seguida nos ha iluminado la mente con el nombre de Dios al inicio del relato, diciendo: «En el principio creó Dios». Y ¡qué belleza hay en este orden!» (1, 2, 4: *ib.*, p. 11). «Así pues, si el mundo tiene un principio y ha sido creado, busca al que lo ha creado, busca al que le ha dado inicio, al que es su Creador. (...) Moisés nos ha prevenido con su enseñanza imprimiendo en nuestras almas como sello y filacteria el santísimo nombre de Dios, cuando dijo: «En el principio creó Dios». La naturaleza bienaventurada, la bondad sin envidia, el que es objeto de amor por parte de todos los seres racionales, la belleza más deseable que ninguna otra, el principio de los seres, la fuente de la vida, la luz intelectual, la sabiduría inaccesible, es decir, Dios «en el principio creó los cielos y la tierra»» (1, 2, 6-7: *ib.*, p. 13).

Creo que las palabras de este Santo Padre del siglo IV tienen una actualidad sorprendente cuando dice: «Algunos, engañados por el ateísmo que llevaban en su interior, imaginaron que el universo no tenía guía ni orden, como si estuviera gobernado por la casualidad». ¡Cuántos son hoy los que piensan así! Engañados por el ateísmo, consideran y tratan de demostrar que es científico pensar que todo carece de guía y de orden, como si estuviera gobernado por la casualidad. El Señor, con la sagrada Escritura, despierta la razón que duerme y nos dice: «En el inicio está la Palabra creadora. Y la Palabra creadora que está en el inicio -la Palabra que lo ha creado todo, que ha creado este proyecto inteligente que es el cosmos- es también amor».

Por consiguiente, dejémonos despertar por esta Palabra de Dios; pidamos que esta Palabra ilumine también nuestra mente, para que podamos captar el mensaje de la creación —inscrito también en nuestro corazón—: que el principio de todo es la Sabiduría creadora, y que esta Sabiduría es amor, es bondad; «es eterna su misericordia».

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 16 de noviembre de 2005

Acción de gracias por la salvación realizada por Dios

1. Nuestra reflexión vuelve al himno de alabanza del salmo 135 que la *liturgia de las Vísperas* propone en dos etapas sucesivas, siguiendo una distinción específica que la composición ofrece a nivel temático. En efecto, la celebración de las obras del Señor se delinea entre dos ámbitos, el del espacio y el del tiempo.

En la primera parte (cf. vv. 1-9), que fue objeto de nuestra meditación precedente, desempeñaba un papel destacado la acción divina en la creación, que dio origen a las maravillas del universo. Así, en esa parte del salmo se proclama la fe en Dios creador, que se revela a través de sus criaturas cósmicas. Ahora, en cambio, el gozoso canto del salmista, llamado por la tradición judía «el gran Hallel», o sea, la alabanza más elevada dirigida al Señor, nos conduce a un horizonte diverso, el de la historia. La primera parte, por tanto, trata de la creación como reflejo de la belleza de Dios, la segunda habla de la historia y del bien que Dios ha realizado por nosotros en el curso del tiempo.

Sabemos que la revelación bíblica proclama repetidamente que la presencia de Dios salvador se manifiesta de modo particular en la historia de la salvación (cf. *Dt* 26, 5-9; *Jos* 24, 1-13).

2. Así pues, pasan ante los ojos del orante las acciones liberadoras del Señor, que tienen su centro en el acontecimiento fundamental del éxodo de Egipto. A este está profundamente vinculado el arduo viaje por el desierto del Sinaí, cuya última etapa es la tierra prometida, el don divino que Israel sigue experimentando en todas las páginas de la Biblia.

El célebre paso a través del mar Rojo, «dividido en dos partes», casi desgarrado y domado como un monstruo vencido (cf. *Sal* 135, 13), hace surgir el pueblo libre y llamado a una misión y a un destino glorioso (cf. vv. 14-15; *Ex* 15, 1-21), que encuentra su relectura cristiana en la plena liberación del mal con la gracia bautismal (cf. *I Co* 10, 1-4). Se abre, además, el itinerario por el desierto: allí el Señor es representado como un guerrero que, prosiguiendo la obra de liberación iniciada en el paso del mar Rojo, defiende a su pueblo, hiriendo a sus adversarios. Por tanto, desierto y mar representan el paso a través del mal y la opresión, para recibir el don de la libertad y de la tierra prometida (cf. *Sal* 135, 16-20).

3. Al final, el Salmo alude al país que la Biblia exalta de modo entusiasta como «tierra buena, tierra de torrentes, de fuentes y hontanares (...), tierra de trigo y de cebada, de viñas, higueras y granados, tierra de olivares, de aceite y de miel, tierra donde el pan que comas no te será racionado y donde no carecerás de nada; tierra donde las piedras tienen hierro y de cuyas montañas extraerás el bronce» (*Dt* 8, 7-9).

Esta celebración exaltante, que va más allá de la realidad de aquella tierra, quiere ensalzar el don divino dirigiendo nuestra expectativa hacia el don más alto de la vida

eterna con Dios. Un don que permite al pueblo ser libre, un don que nace —como se sigue repitiendo en la antífona que articula cada versículo— del *hesed* del Señor, es decir, de su «misericordia», de su fidelidad al compromiso asumido en la alianza con Israel, de su amor, que sigue revelándose a través del «recuerdo» (cf. *Sal* 135, 23). En el tiempo de la «humillación», o sea, de las sucesivas pruebas y opresiones, Israel descubrirá siempre la mano salvadora del Dios de la libertad y del amor. También en el tiempo del hambre y de la miseria el Señor entrará en escena para ofrecer el alimento a toda la humanidad, confirmando su identidad de creador (cf. v. 25).

4. Por consiguiente, en el salmo 135 se entrelazan dos modalidades de la única revelación divina, la cósmica (cf. vv. 4-9) y la histórica (cf. vv. 10-25). Ciertamente, el Señor es trascendente como creador y dueño absoluto del ser; pero también está cerca de sus criaturas, entrando en el espacio y en el tiempo. No se queda fuera, en el cielo lejano. Más aún, su presencia en medio de nosotros alcanza su ápice en la encarnación de Cristo.

Esto es lo que la relectura cristiana del salmo proclama de modo límpido, como testimonian los Padres de la Iglesia, que ven la cumbre de la historia de la salvación y el signo supremo del amor misericordioso del Padre en el don del Hijo, como salvador y redentor de la humanidad (cf. *Jn* 3, 16).

Así, san Cipriano, mártir del siglo III, al inicio de su tratado sobre *Las obras de caridad y la limosna*, contempla con asombro las obras que Dios realizó en Cristo su Hijo en favor de su pueblo, prorrumpiendo por último en un apasionado reconocimiento de su misericordia. «Amadísimos hermanos, muchos y grandes son los beneficios de Dios, que la bondad generosa y copiosa de Dios Padre y de Cristo ha realizado y siempre realizará para nuestra salvación; en efecto, para preservarnos, darnos una nueva vida y poder redimirnos, el Padre envió al Hijo; el Hijo, que había sido enviado, quiso ser llamado también Hijo del hombre, para hacernos hijos de Dios: se humilló, para elevar al pueblo que antes yacía en la tierra, fue herido para curar nuestras heridas, se hizo esclavo para conducirnos a la libertad a nosotros, que éramos esclavos. Aceptó morir, para poder ofrecer a los mortales la inmortalidad. Estos son los numerosos y grandes dones de la divina misericordia» (1: *Trattati: Collana di Testi Patristici*, CLXXV, Roma 2004, p. 108).

Con estas palabras el santo Doctor de la Iglesia desarrolla el Salmo con una enumeración de los beneficios que Dios nos ha hecho, añadiendo a lo que el Salmista no conocía todavía, pero que ya esperaba, el verdadero don que Dios nos ha hecho: el don del Hijo, el don de la Encarnación, en la que Dios se nos dio a nosotros y permanece con nosotros, en la Eucaristía y en su Palabra, cada día, hasta el final de la historia. El peligro nuestro está en que la memoria del mal, de los males sufridos, a menudo sea más fuerte que el recuerdo del bien. El Salmo sirve para despertar en nosotros también el recuerdo del bien, de tanto bien como el Señor nos ha hecho y nos hace, y para que podamos ver si nuestro corazón se hace más atento: en verdad, la misericordia de Dios es eterna, está presente día tras día.

CARTA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI AL PRESIDENTE DE LA COMISIÓN PARA LAS RELACIONES RELIGIOSAS CON EL JUDAÍSMO CON OCASIÓN DEL XL ANIVERSARIO DE LA «NOSTRA AETATE»

Al venerable hermano Cardenal WALTER KASPER, Presidente de la Comisión para las relaciones religiosas con el judaísmo

Han pasado cuarenta años desde que mi predecesor el Papa Pablo VI promulgó la Declaración *Nostra aetate* del concilio Vaticano II sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, que inauguró una nueva era en las relaciones con el pueblo judío y constituyó la base para un sincero diálogo teológico. Este aniversario nos brinda muchos motivos para expresar nuestra gratitud a Dios todopoderoso por el testimonio de todos los que, a pesar de una historia compleja y a menudo dolorosa, y especialmente después de la trágica experiencia de la *Shoah*, inspirada por una ideología racista neopagana, han trabajado valientemente para promover la reconciliación y una mayor comprensión entre cristianos y judíos.

Al establecer los fundamentos de una renovada relación entre el pueblo judío y la Iglesia, la Declaración *Nostra aetate* puso de relieve la necesidad de superar los prejuicios, las incomprensiones, la indiferencia y el lenguaje de hostilidad y desprecio del pasado. La Declaración ha sido la ocasión para una comprensión, un respeto mutuo y una cooperación mayores y, a menudo, para una amistad entre católicos y judíos. También los ha impulsado a reconocer sus raíces espirituales comunes y a apreciar su rico patrimonio de fe en el único Dios, creador del cielo y la tierra, que estableció su alianza con el pueblo elegido, reveló sus mandamientos y enseñó la esperanza en las promesas mesiánicas que dieron confianza y consuelo en las dificultades de la vida

En este aniversario, al repasar cuatro décadas de fructíferos contactos entre la Iglesia y el pueblo judío, debemos renovar nuestro compromiso con el trabajo que aún queda por realizar. A este respecto, desde los primeros días de mi pontificado, y de modo particular durante mi reciente visita a la sinagoga de Colonia, expresé mi firme determinación de seguir las huellas trazadas por mi amado predecesor el Papa Juan Pablo II. El diálogo entre judíos y cristianos debe seguir enriqueciendo y profundizando los vínculos de amistad que se han desarrollado, mientras que la predicación y la catequesis deben esforzarse por asegurar que nuestras relaciones mutuas se presenten a la luz de los principios enunciados por el Concilio. Con vistas al futuro, albergo la esperanza de que tanto en el diálogo teológico como en los contactos diarios y en la colaboración, los cristianos y los judíos den un testimonio común cada vez más convincente del único Dios y de sus mandamientos, de la santidad de vida, de la promoción de la dignidad humana, de los derechos de la familia y de la necesidad de construir un mundo de justicia, de reconciliación y de paz para las futuras generaciones.

En este aniversario, le aseguro mi oración por usted, por los miembros de la Comisión y por todos los que trabajan por promover una comprensión y una cooperación cada vez mayores entre cristianos y judíos de acuerdo con el espíritu de la Declaración *Nostra aetate*. Sobre todos vosotros invoco cordialmente las bendiciones divinas de sabiduría, alegría y paz.

Vaticano, 26 de octubre de 2005

DISCURSO DEL PAPA BENEDICTO XVI A UNA DELEGACIÓN DE LA FEDERACIÓN LUTERANA MUNDIAL

Lunes 7 de noviembre de 2005

Querido obispo Hanson;
queridos amigos luteranos:

Con gran alegría os doy la bienvenida a vosotros, representantes de la Federación luterana mundial con ocasión de vuestra visita oficial a Roma. Recuerdo con gratitud la presencia de vuestra delegación tanto en el funeral del Papa Juan Pablo II como en la solemne inauguración de mi ministerio como Obispo de Roma.

Desde hace muchos años la Iglesia católica y la Federación luterana mundial mantienen estrechos contactos y participan en un intenso diálogo ecuménico. Este intercambio de ideas ha sido muy fructífero y prometedor. En efecto, uno de los resultados de este fecundo diálogo es la *Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación*, que constituye una notable piedra miliar en nuestro camino común hacia la plena unidad visible. Es un logro importante. Para construir partiendo de él, debemos aceptar que persisten diferencias con respecto a la cuestión central de la justificación; es necesario afrontarlas juntos del modo en que la gracia de Dios se comunica en la Iglesia y a través de ella.

Como afirmé durante mi reciente visita a Colonia, espero que en el futuro el progreso de nuestro diálogo sobre estas cuestiones no sólo se sitúe en un contexto de cuestiones «institucionales», sino que también tenga en cuenta la verdadera fuente de todo ministerio en la Iglesia. En efecto, la Iglesia tiene la misión de *testimoniar* la verdad de Jesucristo, Palabra encarnada. Palabra y testimonio van juntos: la Palabra requiere y da forma al testimonio; la autenticidad del testimonio deriva de la fidelidad total a la Palabra, como se expresó y vivió en la comunidad apostólica de fe bajo la guía del Espíritu Santo.

La Comisión internacional luterano-católica para la unidad concluirá pronto su cuarta fase de diálogo y publicará sus resultados en un documento sobre la apostolicidad de la Iglesia. Todos somos conscientes de que nuestro diálogo fraterno no sólo necesita afrontar la verificación de la acogida de estas formulaciones de la doctrina que comparten nuestras respectivas comunidades; sino también un clima cada vez más generalizado de incertidumbre en relación con verdades cristianas y principios éticos que antes eran indiscutibles. En ciertos casos, este patrimonio común está minado por nuevos enfoques hermenéuticos.

Nuestro camino ecuménico común seguirá encontrando dificultades, y requerirá un diálogo paciente. Sin embargo, me alienta la sólida tradición de estudios serios e intercambios que han caracterizado las relaciones entre luteranos y católicos a lo

largo de los años. Nos estimula el hecho de que nuestra búsqueda de la unidad está guiada por la presencia del Señor resucitado y por el poder inagotable de su Espíritu, «que sopla donde quiere» (*Jn* 3, 8).

Mientras nos preparamos para celebrar el V centenario de los acontecimientos de 1517, deberíamos intensificar nuestros esfuerzos para comprender más profundamente lo que tenemos en común y lo que nos divide, así como los dones que podemos ofrecernos unos a otros.

Perseverando en este camino, oramos para que el rostro de Cristo brille cada vez con más claridad en sus discípulos, de modo que todos sean uno, para que el mundo crea (cf. *Jn* 17, 21).

Demostremos gracias a Dios por todo lo que se ha logrado hasta ahora en las relaciones entre luteranos y católicos, y oremos para que caminemos juntos hacia la unidad que el Señor quiere.

DISCURSO DEL PAPA BENEDICTO XVI AL FINAL DE LA CEREMONIA DE BEATIFICACIÓN DE TRES SIERVOS DE DIOS

Domingo 13 de noviembre de 2005

Queridos hermanos y hermanas:

En este XXXIII domingo del tiempo ordinario tenemos la alegría de venerar a tres nuevos beatos: el sacerdote Carlos de Foucauld, María Pía Mastena, fundadora de la congregación de las Religiosas de la Santa Faz, y María Crucificada Curcio, fundadora de las Religiosas Carmelitas de Santa Teresa del Niño Jesús, tres personas que, de diversas formas, consagraron su existencia a Cristo y proponen de nuevo a todo cristiano el ideal sublime de la santidad. Os saludo cordialmente a todos vosotros, queridos amigos, que habéis venido de varias partes del mundo para participar en esta solemne manifestación de fe. De modo especial, saludo al cardenal José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las causas de los santos, y le doy las gracias por haber presidido la celebración eucarística, durante la cual ha dado lectura a la Carta apostólica con la que he inscrito a estos siervos de Dios en el catálogo de los beatos.

Queridos hermanos y hermanas en Cristo, demos gracias por el testimonio ofrecido por Carlos de Foucauld. Mediante su vida contemplativa y escondida en Nazaret, encontró la verdad de la humanidad de Jesús, invitándonos a contemplar el misterio de la Encarnación. Allí aprendió mucho sobre el Señor, a quien quiso seguir con humildad y pobreza. Descubrió que Jesús, que vino a congregarnos en nuestra humanidad, nos invita a la fraternidad universal, que él vivió más tarde en el Sahara, y al amor del que Cristo nos dio ejemplo. Como sacerdote, puso la Eucaristía y el Evangelio en el centro de su existencia, las dos mesas, de la palabra de Dios y del Pan, fuente de la vida cristiana y de la misión.

Dirijo un saludo cordial a cuantos han venido aquí para rendir homenaje a la beata María Pía Mastena. De modo especial, saludo a los peregrinos de su pueblo natal, Bovolone, y de la ciudad de San Fior, donde se conservan sus restos mortales, así como a los fieles provenientes de varias diócesis italianas, de Brasil y de Indonesia. Cuán actual es el carisma de la beata María Pía que, conquistada por la faz de Cristo, asimiló los sentimientos de dulce solicitud del Hijo de Dios hacia la humanidad desfigurada por el pecado, realizó gestos de compasión y luego proyectó un Instituto con la finalidad de «propagar, reparar y restablecer la imagen del dulce Jesús en las almas». Que esta nueva beata obtenga el don de un constante anhelo de santidad a todos los que la veneran con afecto y devoción.

Saludo ahora a los peregrinos que, de varias regiones de Italia y del mundo, han venido para honrar a la beata María Crucificada Curcio. A todos y a cada uno dirijo mi cordial saludo, especialmente a quienes forman parte de la familia espiritual de las Religiosas Carmelitas Misioneras de Santa Teresa del Niño Jesús. Esta nueva beata puso en el centro de su vida, la presencia de Jesús misericordioso, encontrado

y adorado en el sacramento de la Eucaristía. Una auténtica pasión por las almas caracterizó la vida de la madre María Crucificada, que cultivaba con fuerza la «reparación espiritual» para corresponder al amor de Jesús por nosotros. Su existencia fue una oración continua, incluso cuando iba a servir a la gente, especialmente a las jóvenes pobres y necesitadas. Que desde el cielo la beata María Crucificada Curcio siga velando sobre la congregación que fundó y sobre todos sus devotos.

Queridos hermanos y hermanas, demos gracias al Señor por el don de estos nuevos beatos y esforcémonos por imitar sus ejemplos de santidad. Que su intercesión nos obtenga vivir en la fidelidad a Cristo y a su Iglesia. Acompaño estos deseos con la seguridad de un recuerdo cordial en la oración, a la vez que os imparto a todos vosotros aquí presentes y a vuestros seres queridos la bendición apostólica.

DISCURSO DEL SANTO PADRE A LOS PARTICIPANTES EN LA CONFERENCIA SOBRE EL GENOMA HUMANO CELEBRADA EN EL VATICANO

La Iglesia ante las nuevas fronteras de la ciencia médica

*Señor cardenal,
venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio,
Ilustres señoras y señores:*

Dirijo a todos mi cordial saludo, agradeciendo en particular al señor cardenal Javier Lozano Barragán las gentiles palabras de saludo expresadas en nombre de los presentes. Saludo de manera especial a los obispos y sacerdotes que participan en esta conferencia, al igual que a los relatores, que en estos días han ofrecido una contribución cualificada sobre los problemas afrontados: sus reflexiones y sugerencias serán objeto de atenta evaluación por parte de las competentes instancias eclesiales.

Poniéndome en la perspectiva pastoral propia del Consejo Pontificio que ha organizado esta conferencia, me gusta constatar que hoy, sobre todo en el ámbito de las nuevas aportaciones de la ciencia médica, se ofrece a la Iglesia una ulterior posibilidad de desarrollar una preciosa obra de iluminación de las conciencias para que todo nuevo descubrimiento científico pueda servir al bien integral de la persona, en el constante respeto de su dignidad. Al subrayar la importancia de esta tarea pastoral, quisiera pronunciar ante todo una palabra de aliento a quien se encarga de promoverla. El mundo actual está marcado por el proceso de secularización que, a través de complejas vicisitudes culturales y sociales, no sólo ha reivindicado una justa autonomía de la ciencia y de la organización social, sino que con frecuencia ha cancelado el vínculo de las realidades temporales con su Creador, llegando incluso a descuidar la salvaguardia de la dignidad trascendente del ser humano y el respeto de su misma vida. Hoy, sin embargo, la secularización, en la forma del secularismo radical, no satisface a los espíritus más conscientes y atentos. Esto significa que se abren espacios posibles y quizás nuevos para un diálogo fecundo con la sociedad y no sólo con los fieles, especialmente sobre temas importantes, como los que afectan a la vida.

Esto es posible porque en las poblaciones de larga tradición cristiana permanecen todavía semillas de humanismo que no han sido tocadas por las disputas de la filosofía nihilista, semillas que tienden a reforzarse en la medida en que los desafíos se hacen más graves. De hecho, el creyente sabe que el Evangelio está en sintonía intrínseca con los valores inscritos en la naturaleza humana. La imagen de Dios está tan profundamente impresa en el espíritu del hombre que con gran dificultad la voz

de la conciencia puede ser totalmente acallada. Con la parábola del sembrador, Jesús nos recuerda en el Evangelio que siempre hay terreno bueno en el que la semilla penetra, germina y da fruto. Incluso hombres que ya no se reconocen como miembros de la Iglesia o que han perdido incluso la luz de la fe siguen prestando atención a los valores humanos y a las contribuciones positivas que el Evangelio puede ofrecer al bien personal y social.

Es fácil darse cuenta de esto sobre todo al reflexionar sobre el objeto de vuestra conferencia: los hombres de nuestro tiempo, sensibilizados por las terribles vicisitudes que han cubierto de luto el siglo XX y el mismo inicio de éste, son capaces de comprender que la dignidad del hombre no se identifica con los genes de su ADN y que no disminuye con la eventual presencia de diversidades físicas o de defectos genéticos. El principio de la «no discriminación» en virtud de factores físicos o genéticos ha entrado profundamente en las conciencias y está enunciado formalmente en las Cartas sobre los derechos del hombre. Este principio tiene su fundamento más auténtico en la dignidad propia de cada ser humano por el hecho de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios (Cf. Génesis 1, 26).

El análisis sereno de los datos científicos, por otra parte, lleva a reconocer la presencia de esta dignidad en toda fase de la vida humana, comenzando por el primer momento de la fecundación. La Iglesia anuncia y propone estas verdades no sólo con la autoridad del Evangelio, sino también con la fuerza que deriva de la razón, y precisamente por este motivo siente el deber de interpelar a cada hombre de buena voluntad con la certeza de que la acogida de estas verdades necesariamente beneficiará a los individuos y a la sociedad. Es necesario, de hecho, defenderse de los riesgos de una ciencia y de una tecnología que se consideren completamente autónomas de las normas morales inscritas en la naturaleza del ser humano.

En la Iglesia, no faltan organismos profesionales y academias capaces de evaluar las novedades en el ámbito científico, en particular, en el mundo de la biomedicina; están además los organismos doctrinales específicamente encargados de definir los valores morales que hay que salvaguardar y de formular las normas exigidas para su eficaz tutela; por último, hay dicasterios pastorales, como el Consejo Pontificio para los Agentes Sanitarios, a los que les corresponde elaborar las metodologías oportunas para asegurar una incisiva presencia de la Iglesia a nivel pastoral. Esta tercera dimensión no es sólo preciosa para una humanización cada vez más adecuada de la medicina, sino también para asegurar una respuesta eficaz a las expectativas de una eficaz ayuda espiritual por parte de las diferentes personas. Es necesario, por tanto, dar un nuevo empuje a la pastoral de la salud. Esto implica una renovación y una profundización en la propuesta pastoral misma, que tenga en cuenta el crecimiento de los conocimientos difundidos por los medios de comunicación en la sociedad y el más elevado nivel de educación de las personas a las que se dirige. No se puede

olvidar que, cada vez con más frecuencia, no sólo los legisladores sino los mismos ciudadanos están llamados a expresar su pensamiento sobre problemas científicamente cualificados y difíciles. Si falta una educación adecuada o una formación adecuada de las conciencias, pueden prevalecer con frecuencia, en la orientación de la opinión pública, falsos valores o informaciones desviadas.

Esta es la tarea imprescindible de una pastoral actualizada de la salud: adecuar la formación de los pastores y de los educadores para hacer que sean capaces de asumir las propias responsabilidades coherentemente con la propia fe y, al mismo tiempo, en diálogo respetuoso y leal con los no creyentes. En particular, en el campo de la aplicación de la genética, a las familias les pueden faltar hoy informaciones adecuadas y experimentar dificultades para mantener la autonomía moral necesaria para ser fieles a sus propias opciones de vida. En este sector, por tanto, se necesita una formación de las conciencias profunda y clara. Los actuales descubrimientos científicos afectan a la vida de las familias, comprometiéndolas en opciones imprevisibles y delicadas, que es necesario afrontar con responsabilidad. Esto permite entrever hasta qué punto la gestión de este sector de compromiso es tan compleja y exigente.

Ante estas exigencias aumentadas de la pastoral, la Iglesia sigue confiando en la luz del Evangelio y en la fuerza de la Gracia, exhorta a los responsables a estudiar la metodología adecuada para ayudar a las personas, a las familias y a la sociedad, armonizando fidelidad y diálogo, profundización teológica y capacidad de mediación. Para ello, cuenta en particular con la contribución de quienes se preocupan por los valores sobre los que se rige la convivencia, como vosotros, que estáis aquí reunidos para participar en esta conferencia internacional. Aprovecho con gusto esta circunstancia para expresar a todos mi aprecio agradecido por la contribución ofrecida a un sector tan importante para el futuro de la humanidad. Con estos sentimientos, invoco del Señor abundantes luces sobre vuestro trabajo y, como testimonio de estima y de afecto, imparto a todos una especial Bendición.

DISCURSO A REPRESENTANTES DE LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA ALIMENTACIÓN Y LA AGRICULTURA (FAO)

Señores primeros ministros, señor presidente, señor director general, gentiles señoras y señoras:

Tengo el gusto de dirigiros un cordial saludo a todos vosotros, representantes de los Estados miembros de la FAO, que participáis en las sesiones de trabajo de la XXXIII conferencia de la Organización. Es la primera vez que me encuentro con vosotros y para mí es la oportunidad para conocer de cerca vuestro trabajo al servicio de un gran ideal: liberar a la humanidad del hambre. Dirijo a todos mi saludo deferente, en particular al director general, el señor Jacques Diouf. Le manifiesto mis mejores deseos para el inicio de su nuevo mandato.

Esta oportunidad es particularmente propicia para expresar mi sincero aprecio por las iniciativas que la FAO, en sus diferentes organismos, realiza desde hace sesenta años, defendiendo con competencia y profesionalidad la causa del hombre, comenzando precisamente por el derecho básico de cada persona a no pasar hambre. La humanidad vive en este momento unas de las paradojas más preocupantes: por una parte se alcanzan nuevas y positivas metas en el campo económico, científico y tecnológico, y por otra se constata el crecimiento continuo de la pobreza. Estoy seguro de que la experiencia que habéis adquirido hasta ahora puede ayudar a suscitar una metodología capaz de afrontar con éxito la lucha contra el hambre y la pobreza con ese realismo concreto que inspira las intervenciones de vuestra benemérita organización. En estos años, ha decidido abrir nuevos horizontes a la actividad de cooperación, encontrando en el «diálogo entre las culturas» un medio capaz de favorecer mejores condiciones de desarrollo y de seguridad alimentaria. Hoy más que nunca se necesitan instrumentos capaces de vencer las recurrentes tentaciones de conflicto entre las distintas visiones culturales, étnicas y religiosas. Es necesario fundar las relaciones internacionales en el respeto de la persona y de los principios cardinales de la convivencia, en la fidelidad a los pactos y en el recíproco reconocimiento de los pueblos como miembros de la única familia humana. Es necesario reconocer que el progreso técnico es necesario, pero no lo es todo, porque el verdadero progreso es el que salvaguarda la dignidad del ser humano en su integridad y consiente a cada pueblo compartir los propios recursos espirituales y materiales en beneficio de todos.

En este contexto quisiera recordar la importancia de ayudar a las comunidades indígenas, que con demasiada frecuencia son objeto de apropiaciones indebidas que persiguen únicamente el beneficio, como recientemente ha subrayado vuestra organización al redactar las «Directivas sobre el derecho a la alimentación». No hay que olvidar que mientras algunas áreas están sometidas a medidas y controles internacionales, millones de personas son condenadas a sufrir de hambre hasta la muerte en

zonas donde están en curso sangrientos conflictos olvidados por la opinión pública, porque son considerados como conflictos internos, étnicos o tribales. En estos casos se registra la sistemática eliminación de vidas humanas, el desarraigo de las personas de su tierra, obligadas —con el objetivo de huir de una muerte cierta— a abandonar los precarios refugios de los campos de refugiados.

Suscita confianza la iniciativa de la FAO de convocar a los Estados miembros para discutir sobre el tema de la reforma agraria y el desarrollo rural. Se trata de un ámbito que no es nuevo al que la Iglesia siempre ha dirigido su atención, preocupándose en particular de los pequeños agricultores rurales, que representan una parte importante de la población activa, especialmente en los países en vías de desarrollo. Un camino que quizás habría que recorrer podría ser el de asegurar a las poblaciones rurales los recursos e instrumentos indispensables, comenzando por la formación y educación, así como estructuras organizativas que tutelen a las pequeñas empresas familiares y a las cooperativas (Cf. «*Gaudium et spes*», 71).

En pocos días, en Hong Kong, muchos de los participantes en vuestras sesiones de trabajo se sentarán en la mesa de las negociaciones sobre el comercio internacional y, en particular, sobre los productos agrícolas. La Santa Sede espera que, en el ámbito del comercio internacional y el sector agrícola, prevalezca siempre la solidaridad hacia quienes están en desventaja y se abandonen de una vez los intereses locales y las lógicas del poder. No se puede olvidar que la vulnerabilidad del mundo rural tiene repercusiones sobre la subsistencia individual y de las familias de los pequeños agricultores, si se les niega el acceso al mercado. Actuar coherentemente significa, por tanto, reconocer el papel insustituible de la familia rural, custodia de valores y canal natural de solidaridad en las relaciones entre las generaciones. Por este motivo, es necesario sostener también el papel de la mujer rural, y asegurar que se les asegure a los niños, además de la alimentación, los elementos básicos para su educación.

Señoras y señores, estas reflexiones, que me he permitido presentar a vuestra consideración, si bien tienen en cuenta las muchas dificultades que existen, surgen de la convicción de que en el corazón de todos tiene que darse una disponibilidad concreta para ayudar a quienes les falta en el mundo el pan de cada día. Vuestros esfuerzos testimonian la fuerza de la convicción de que hay que luchar valientemente contra el hambre. Que el Omnipotente ilumine vuestras decisiones y os haga perseverar en esta insustituible búsqueda de servicio al bien común. A todos os renuevo mi saludo, deseando pleno éxito a vuestra Conferencia.

HOMILÍA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI**MISA DE SUFRAGIO POR LOS CARDENALES Y OBISPOS FALLECIDOS DURANTE EL AÑO***Viernes 11 de noviembre de 2005*

*Señores cardenales;
venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio;
queridos hermanos y hermanas:*

El mes de noviembre recibe su peculiar tonalidad espiritual de las dos jornadas con que se abre: la solemnidad de Todos los Santos y la conmemoración de los Fieles Difuntos. El misterio de la comunión de los santos ilumina de modo particular este mes y toda la parte final del Año litúrgico, orientando la meditación sobre el destino terreno del hombre a la luz de la Pascua de Cristo. En ella tiene su fundamento la esperanza que, como dice san Pablo, es tal que «no defrauda» (*Rm* 5, 5). La celebración de hoy se sitúa precisamente en este contexto, en el que la fe sublima sentimientos inscritos profundamente en el alma humana. La gran familia de la Iglesia encuentra en estos días un tiempo de gracia, y lo vive, según su vocación, uniéndose en oración al Señor y ofreciendo su sacrificio redentor en sufragio de los fieles difuntos. De modo particular, hoy lo ofrecemos por los cardenales y los obispos que nos han dejado en este último año.

Durante mucho tiempo formé parte del Colegio cardenalicio, del que fui también decano dos años y medio. Por tanto, me siento particularmente vinculado a esta singular comunidad, que tuve el honor de presidir también en los días inolvidables que siguieron a la muerte del amado Papa Juan Pablo II. Él nos ha dejado, entre otros ejemplos luminosos, el ejemplo valiosísimo de la oración, y también en este momento recogemos su herencia espiritual, conscientes de que su intercesión continúa aún más intensa desde el cielo. Durante los últimos doce meses cinco venerados hermanos cardenales han pasado «a la otra orilla»: Juan Carlos Aramburu, Jan Pieter Schotte, Corrado Bafile, Jaime Sin y, hace menos de un mes, Giuseppe Caprio. Encomendamos hoy al Señor sus almas y las de los arzobispos y obispos que, en este mismo período, han concluido su jornada terrena. Elevemos juntos la oración por cada uno de ellos, a la luz de la palabra que Dios nos ha dirigido en esta liturgia.

El pasaje del libro del Sirácida contiene en primer lugar una exhortación a la constancia en la prueba y, por tanto, una invitación a la confianza en Dios. Al hombre que atraviesa las vicisitudes de la vida, la Sabiduría le recomienda: «Pégate a él — al Señor—, no lo abandones, y al final serás enaltecido» (*Si* 2, 3). Quien se pone al servicio del Señor y gasta su vida en el ministerio eclesial no está exento de pruebas, más aún, se encuentra con las más insidiosas, como ampliamente demuestra la experiencia de los santos. Pero vivir en el temor de Dios libera el corazón de todo miedo y lo sumerge en el abismo de su amor. «Los que teméis al Señor confiad en él; (...) esperad bienes, gozo perpetuo y salvación» (*Si* 2, 8-9).

Esta invitación a la confianza se une directamente con el inicio del pasaje del evangelio según san Juan que se acaba de proclamar: «Que no tiemble vuestro corazón —dice Jesús a los Apóstoles en la última Cena—: creed en Dios y creed también en mí» (*Jn* 14, 1). El corazón humano, siempre inquieto hasta que encuentra un puerto seguro en su peregrinación, halla aquí finalmente la roca firme donde detenerse y descansar. Quien se fía de Jesús, pone su confianza en Dios mismo.

En efecto, Jesús es verdadero hombre, pero en él podemos tener fe plena e incondicional, porque —como afirma él mismo poco después dirigiéndose a Felipe— él está en el Padre y el Padre en él (cf. *Jn* 14, 10). De esta forma, verdaderamente Dios ha salido a nuestro encuentro. Nosotros, seres humanos, necesitamos un amigo, un hermano que nos tome de la mano y nos acompañe hasta la «casa del Padre» (*Jn* 14, 2); necesitamos a uno que conozca bien el camino. Y Dios, en su amor «sobreabundante» (*Ef* 2, 4), mandó a su Hijo, no sólo a indicárnoslo, sino también a hacerse él mismo «el camino» (*Jn* 14, 6).

«Nadie va al Padre, sino por mí» (*Jn* 14, 6), afirma Jesús. Ese «nadie» no admite excepciones; pero, mirando bien, corresponde a otra palabra, que Jesús pronunció también en la última Cena cuando, tomando el cáliz, dijo: «Esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados» (*Mt* 26, 28). También los «lugares» en la casa del Padre son «muchos», en el sentido de que junto a Dios hay espacio para «todos» (cf. *Jn* 14, 2). Jesús es el camino abierto a «todos»; no existen otros. Y los que parecen ser «otros», en la medida en que son auténticos, conducen a él, de lo contrario, no llevan a la vida. Por tanto, es inestimable el don que el Padre ha hecho a la humanidad enviando a su Hijo unigénito. A este don corresponde una responsabilidad, que es tanto mayor cuanto más íntima es la relación que se establece con Jesús. «Al que mucho se le dio —dice el Señor—, mucho se le exigirá; al que mucho se le confió, más se le exigirá» (*Lc* 12, 48). Por este motivo, a la vez que damos gracias a Dios por todos los beneficios que concedió a nuestros hermanos difuntos, ofrecemos por ellos los méritos de la pasión y muerte de Cristo, para que colmen las lagunas debidas a la fragilidad humana.

El salmo responsorial (*Sal* 121) y la segunda lectura (*1 Jn* 3, 1-2) ensanchan nuestro corazón con el asombro de la esperanza, a la que estamos llamados. El salmista nos la hace cantar como himno a Jerusalén, invitándonos a imitar espiritualmente a los peregrinos que «subían» a la ciudad santa y, después de un largo camino, llegaban llenos de alegría a sus puertas: «Qué alegría cuando me dijeron: «Vamos a la casa del Señor». Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén» (*Sal* 121, 1-2). El apóstol san Juan, en su primera carta, la expresa comunicándonos la certeza, rebozante de gratitud, de haber llegado a ser hijos de Dios y, al mismo tiempo, la esperanza de la manifestación plena de esta realidad: «Ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. (...) Cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es» (*1 Jn* 3, 2).

Venerados y queridos hermanos, con el corazón dirigido a este misterio de salvación, ofrezcamos la divina Eucaristía por los purpurados y los prelados que

recientemente nos han precedido en el último paso hacia la vida eterna. Invoquemos la intercesión de san Pedro y de la bienaventurada Virgen María, para que los acojan en la casa del Padre, con la esperanza confiada de poder unirnos a ellos un día para gozar la plenitud de la vida y de la paz.

Amén.

MENSAJE DEL PAPA BENEDICTO XVI A UN CONGRESO INTERNACIONAL SOBRE EL TEÓLOGO HANS URS VON BALTHASAR

Señores cardenales;

venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio;

ilustres señoras y señores:

Con gran placer me uno espiritualmente a vosotros en la celebración del centenario del nacimiento de Hans Urs von Balthasar, insigne teólogo suizo, al que tuve la alegría de conocer y tratar. Creo que su reflexión teológica conserva intacta hasta hoy una gran actualidad e impulsa aún a muchos a adentrarse cada vez más en la profundidad del misterio de la fe, llevados de la mano por un guía tan autorizado. En una ocasión como esta es fácil caer en la tentación de volver a los recuerdos personales, a causa de la sincera amistad que nos unía y por los numerosos trabajos que emprendimos juntos, afrontando los numerosos desafíos de aquellos años. La fundación de la revista *Communio*, inmediatamente después del concilio Vaticano II, es el signo más evidente de nuestro compromiso común en la investigación teológica. Sin embargo, ahora no quiero hablar de recuerdos, sino más bien de la riqueza de la teología de von Balthasar.

Había hecho del misterio de la Encarnación el objeto privilegiado de su estudio, pues veía en el *triduum paschale* —como tituló significativamente uno de sus escritos— la forma más expresiva de esta inmersión de Dios en la historia del hombre. En efecto, en la muerte y resurrección de Jesús se revela plenamente el misterio del amor trinitario de Dios. La realidad de la fe encuentra aquí su *belleza* insuperable. En el *drama* del misterio pascual Dios vive plenamente el hacerse hombre, pero, al mismo tiempo, llena de significado el actuar del hombre y da contenido al compromiso del cristiano en el mundo. En esto Von Balthasar veía la *lógica* de la revelación: Dios se hace hombre para que el hombre pueda vivir la comunión de vida con Dios. En Cristo se ofrece la verdad última y definitiva a la pregunta por el sentido que cada uno se plantea. La estética teológica, la dramática y la lógica constituyen la trilogía donde estos conceptos encuentran amplio espacio y aplicación convencida. Puedo atestiguar que su vida fue una búsqueda genuina de la verdad, que entendía como una búsqueda de la Vida verdadera. Buscó por doquier las huellas de la presencia de Dios y de su verdad: en la filosofía, en la literatura, en las religiones, llegando siempre a romper los circuitos que a menudo mantienen a la razón prisionera de sí misma, y la abrió a los espacios de lo infinito.

Hans Urs von Balthasar fue un teólogo que puso su investigación al servicio de la Iglesia, porque estaba convencido de que la teología debía tener como connotación la eclesialidad. La teología, tal como la concebía, debía conjugarse con la espiritualidad, pues sólo así podía ser profunda y eficaz. Precisamente reflexionando sobre este aspecto, escribió: «La teología científica, ¿comienza sólo con Pedro Lombardo?

Y, sin embargo, ¿quién ha hablado del cristianismo más adecuadamente que san Cirilo de Jerusalén, Orígenes en sus homilías, san Gregorio Nacianceno y el maestro de la reverencia teológica: el Areopagita? ¿Quién osaría poner objeciones a alguno de los Padres? Entonces se sabía lo que era el estilo teológico, la unidad natural, obvia, tanto entre la actitud de fe y la científica como entre la objetividad y la reverencia. La teología, mientras era obra de santos, fue teología orante. Por eso, su conversión en oración, su fecundidad por la oración y su poder de generarla han sido inmensamente grandes» (*Verbum Caro. Saggi teologici* I, Brescia 1970, p. 228). Son palabras que nos llevan a reconsiderar el lugar que corresponde a la investigación en la teología. Su exigencia de carácter científico no se sacrifica cuando se pone a la escucha religiosa de la palabra de Dios, que vive con la vida de la Iglesia y tiene la fuerza de su Magisterio. La espiritualidad no atenúa el valor científico, sino que imprime al estudio teológico el método correcto para poder llegar a una interpretación coherente.

Una teología así concebida llevó a Von Balthasar a una profunda lectura existencial. Por eso, uno de los temas centrales que le gustaba estudiar era el de mostrar la necesidad de la conversión. El cambio del corazón era para él un punto central; en efecto, sólo de este modo la mente se libera de los límites que le impiden acceder al misterio y los ojos se vuelven capaces de fijar la mirada en el rostro de Cristo.

En una palabra, comprendió profundamente que la teología sólo puede desarrollarse con la oración que capta la presencia de Dios y se abandona a él con obediencia. Este es un camino que vale la pena recorrer hasta el final. Esto exige evitar senderos unilaterales, que sólo alejan de la meta, y compromete a no seguir modas que fragmentan el interés por lo esencial.

El ejemplo que Von Balthasar nos ha dejado es más bien el de un verdadero teólogo, que en la contemplación había descubierto la acción coherente con vistas al testimonio cristiano en el mundo. En esta significativa circunstancia lo recordamos como un hombre de fe, un sacerdote que en la obediencia y en el ocultamiento no buscó nunca el éxito personal sino que, con pleno espíritu ignaciano, deseó siempre la mayor gloria de Dios.

Con estos sentimientos, os deseo a todos que continuéis con interés y entusiasmo el estudio de la obra de Von Balthasar y encontréis los caminos para su aplicación eficaz. Sobre vosotros y sobre los trabajos del congreso imploro del Señor abundantes dones de luz, en prenda de los cuales imparto a todos una especial bendición.

Vaticano, 6 de octubre de 2005

CRÓNICA DIOCESANA

MES DE NOVIEMBRE

- Día 3:** Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 4:** Ciclo de Conferencias de Liturgia que tienen lugar en el Liceo de Ourense con la primera de ellas titulada «Vivencia y Espiritualidad de la Eucaristía», pronunciada por la Hna. Lic. Dña. Concepción González; Ex Secretaria de la Comisión Episcopal de Liturgia y Visitadora de la Congregación de las Pías Discípulas del Divino Maestro. Natural de Santabaia de Anfeoz (Ourense).
- Día 7:** Ciclo de Conferencias de Liturgia la segunda de ellas titulada «El domingo, día del Señor y señor de los días. ¿Cómo vivirlo por parte de los cristianos?», pronunciada por el Dr. D. Aurelio García Macías; Secretario de la Asociación de Profesores de Liturgia y párroco de una Unidad Pastoral de la ciudad de Valladolid.
- Día 9:** Retiro espiritual extraordinario para los Sacerdotes en el Seminario Mayor. Ciclo de Conferencias de Liturgia la tercera de ellas titulada «La tercera edición del Misal Romano, fuente de la Eucaristía del siglo XXI», pronunciada por el Dr. D. Ramiro González Cougil; Delegado Episcopal de Liturgia de la Diócesis de Ourense y profesor de la Asignatura de Liturgia en el Instituto Teológico «Divino Maestro».
- Día 11:** San Martín de Tours, Patrono de la Catedral, de la Ciudad y de la Diócesis de Ourense.
- Día 12:** Fiesta del Divino Maestro, Patrono del Instituto Teológico «Divino Maestro».
- Día 15:** VI Jornadas para Rectores de Santuarios de las Diócesis de Galicia en el Santuario de Nuestra Señora de los Milagros – Baños de Molgas.
- Día 17:** Presentación del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica en el salón de actos del Liceo Recreo de Ourense.
- Día 19:** Cursillo «Parroquia Evanxelizadora», en el Seminario Mayor, dirigido por el Ilmo. Sr. D. Fernando Gonzalo-Bilbao Fernández, Vicario General de la Diócesis de Vitoria.

Días 23-24: I Jornadas de educación para el desarrollo, en el Aula Magna del edificio Politécnico del Campus de Ourense , organizadas por Cáritas diocesana de Ourense, el Campus de Ourense, y la Dirección General de Cooperación Exterior de la Xunta de Galicia.

Día 26: Celebración de la Vigilia de Adviento. En la parroquia del Sagrado Corazón de Ourense a las 20 horas. Presidida por el Sr. Obispo, Monseñor Luis Quinteiro Fiuza.

NUESTRA PORTADA:

Sagrario de Santa Tecla de Abeleda.

Anónimo Barroco, siglo XVIII.

Madera policromada.

El sacrificio de Isaac es figura del Sacrificio de Jesús, el Cordero sin mancha que con su muerte quita el pecado del mundo.

Por eso es tema iconográfico para los sagrarios, depósito sagrado del cuerpo vivo de Jesús. Así como Isaac ofrecido por Abraham es el comienzo de un pueblo de salvación, Jesús, vencedor de la muerte es el Primero del nuevo pueblo de salvación que es la Iglesia.

El relieve del retablo de Santa Tecla, recientemente restaurado es una afirmación de fe en el la presencia de Aquel que ofrecido en el ara del Altar vive para siempre y nos da la Vida.

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción y Administración: OBISPADO DE OURENSE

Teléfono: 988 36 61 41

Fotocomposición e Impresión: GRUPO SANMARTIN, S. L.

Depósito Legal: OR-13/1958